

LA MUJER

BAJO EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO

LA Sociedad de Economía Política celebró en París, el día 5 del pasado mes de junio, una de sus importantes reuniones, bajo la presidencia de Mr. León Say. La discusión versó sobre un tema interesantísimo, magistralmente tratado por los reputados oradores y economistas que terciaron en el debate.

Julio Simón y Federico Passy son los iniciadores del tema, que puede ser expuesto en la siguiente forma:

¿Dónde debe estar la mujer, bajo el punto de vista económico; en el hogar de la familia ó en el taller?

Tenemos la seguridad de que la inmensa mayoría de nuestros lectores no vacila en afirmar, según el criterio generalmente admitido, que la mujer es, ante todo y sobre todo, el alma de la familia, el más firme sostén de la paz y de la ventura domésticas. Dentro de la casa es donde ejerce su alta magistratura de madre y de esposa. En el silencio, en la tranquilidad del hogar, se realizan todos sus fines, se satisfacen todas sus aspiraciones, se cumplen, en suma, todos sus más puros y legítimos ideales.

Hacer que la inseparable compañera del hombre abandone los cuidados de su casa, sin razón que lo justifique, con el pretexto de procurar nuevos recursos á la familia, es hacer una

falsa, una absurda aplicación de la división del trabajo. El trabajo de la mujer es siempre, en sus formas y fases distintas, el trabajo doméstico. Es, como dice muy oportunamente Mr. Federico Passy, el orden de la familia, la vigilancia y el cuidado de los hijos, el arreglo de los vestidos, la economía, la limpieza, la elegancia (por modesta que sea) de la casa, que sólo de esta suerte merece el nombre de hogar.

Y no se diga que estas son meras tradiciones que se arraigan en las costumbres y que los espíritus reaccionarios defienden en su odio inveterado contra cierto linaje de progresos. Los hombres, no sólo se casan á impulsos de una pasión irresistible ó movidos por un entusiasmo ciego que les haga separarse en absoluto de los consejos de la razón y de las lecciones de la experiencia. Muchos de ellos, al decidirse á echar sobre sus hombros el peso de una familia, lo hacen ansiosos de mejorar sus medios de existencia, buscando el esmero, la solicitud que en vano pretenden encontrar en su azarosa vida de solteros. Es preciso, por lo tanto, que al variar de estado no sufra el hombre una terrible decepción, encontrándose con mayores obligaciones y menos comodidades que en otro tiempo. Necesita que la mujer cuide de su hogar, que esté atenta á sus obligaciones domésticas, que le facilite, en suma, los medios de vivir y disfrutar dentro de su casa, mejor y más barato que fuera de ella.

El ilustre Julio Simón no sólo quiere que la mujer dedique su actividad á las funciones que le son propias, sino que afirma la conveniencia de que cosa y guise; y Mr. Federico Passy, defendiendo las teorías que dejamos expuestas, presenta el siguiente ejemplo:

«Dos casas se encuentran en iguales condiciones; el mismo trabajo, el mismo salario los maridos, el mismo alquiler, el mismo número de hijos, la misma edad en éstos, etc., etc. En una casa la mujer se dedica á sus quehaceres domésticos y no percibe sueldo alguno; en la otra va al trabajo y añade á las 3 pesetas 50 céntimos del marido un jornal de 1 peseta 50 céntimos. Aquí se ve la miseria, la casa sucia, los niños abandonados y descalzos; en la otra casa, no la holgura seguramente, pero sí cierta apariencia de ella. Todo está lim-

pio y bien dispuesto, las camas hechas, los niños perfectamente atendidos, la comida arreglada, la salud, el buen humor, la dignidad. ¿Y por qué? La contestación no puede ser más sencilla. Porque el jornal de la mujer que trabaja fuera de casa no puede compensar la pérdida causada por su ausencia en el hogar; porque mientras en un lado los niños saltan, rompen y desconciertan la casa, en otro, una mano diligente todo lo tiene en orden y no permite que nada se pierda.»

Mr. Federico Passy afirma que bajo el punto de vista económico, así como bajo el punto de vista moral, la mujer ha nacido para vivir dentro de la familia. Julio Simón ha dicho: «el día en que el taller esté lleno y la taberna vacía, se habrá vencido á la miseria;» y Mr. Federico Passy añade: «Si llegamos á conseguir algún día que no haya mujer sin hogar, ni hogar sin mujer, la victoria será completa.»

Pero fuerza es confesar que este es un solo aspecto de la cuestión. Al tratar de la conveniencia de que la mujer prefiera el cuidado de su casa y el de sus hijos á ninguna otra obligación, dicho se está que partimos de la base de que esta familia cuenta con los recursos, más ó menos importantes, del jefe de la misma. Mas es lo cierto, que hay muchas mujeres que no están casadas y necesitan para vivir de su propio trabajo; tales son las solteras y las viudas que forzosamente han de procurar el sustento de sus hijos.

Es por lo tanto absurdo pensar en la supresión de la obrera, y por obrera debemos entender no solamente á la que acude á un almacén ó á una fábrica á cumplir una misión reproductiva. Debemos entender por tal á toda aquella que tiene que salir al trabajo fuera de su hogar; la que da lecciones de música ó de pintura ó de baile, la cajera que tiene su trabajo en el contador de un almacén, etc. Igual significación debe tener en este caso la mujer que sirve un empleo como telegrafista, telefonista, la bordadora, la partera y la que se ocupe en medicina (el día que esto suceda), puesto que todas ellas se encuentran en la necesidad de abandonar su casa.

Lo que es preciso es averiguar el modo de reducir el número de mujeres obligadas al abandono de su casa por la ne-

cesidad de vivir, ya sea aminorando su trabajo y aumentando su retribución, ya por otros medios que por distintos caminos conduzcan al propio fin.

En primer término, es preciso reconocer la insuficiencia del salario femenino. Mr. Federico Passy sostiene que la desigualdad en la retribución del trabajo es un principio que pugna con la ciencia económica y con la moral. «El trabajo —dice— no tiene sexo, vale lo que vale, cualquiera que sea la mano que lo ejecuta. Es cierto que hay algunos en que las mujeres no pueden rivalizar con el hombre; pero también hay otros en que le supera; que sea justo pagarle menos por aquéllos, más por éstos, es cosa sobre la cual no hay nada que decir; tal es la ley de la oferta y la demanda. Pero que por el mismo trabajo, como se ve todos los días, no cobre la mujer más que la mitad ó la tercera parte, es inadmisibles; y que el mismo Estado, no ya el particular, tase el trabajo de distinto modo en sus tarifas, según se trate de un hombre ó de una mujer, es una falta; falta que tiene su origen en una falsa idea de la inferioridad de la mujer y que tiende por sus consecuencias á mantener, en el hecho, en la práctica esta inferioridad, con todas sus malas consecuencias.»

El mal en que fija su atención Mr. Federico Passy tiene, en efecto, deplorables resultados. La mujer abandonada á su propio esfuerzo, mal retribuída é injustamente juzgada en la mayor parte de los casos, se ve reducida á buscar peligrosas compensaciones; y por esto mismo disminuye su salario, puesto que nadie ignora que dispone de medios eficaces, aunque no legítimos, para reparar esta pérdida.

Existe, en efecto, en nuestras ideas, en nuestras leyes y en nuestras costumbres, algo que tiende á determinar la inferioridad de la mujer con respecto al hombre.

No creemos nosotros, ciertamente, como algunos modernos apóstoles del progreso, que la mujer debe ser investida de todos los derechos políticos, ni que deba figurar entre los diputados, senadores y Ministros. La simple obligación de pagar impuestos no le da realmente derecho para tanto, porque estos se pagan, entre otras cosas, para ser protegido

en sus bienes y en su persona; para tener á su disposición caminos y calles practicables y alumbradas, para poder estar en su casa á salvo de provocaciones y salir sin que nadie use contra nosotros la agresión ni el insulto. Esta protección y estos servicios son necesarios á las mujeres del mismo modo que á los hombres; mas de todas suertes y cualesquiera que sean las ideas que tengamos en lo que se refiere á este punto, es preciso no extremar el juicio, porque entonces deja de ser tal y se convierte en pasión, y esta es mala consejera cuando se trata de hacer buena y cumplida justicia.

Mr. Federico Passy se lamenta del desdén con que, no ya en el orden político, sino en el civil, se mira á la mujer. A su juicio no tienen justificación las exclusiones y las injusticias de que ha sido y continúa siendo víctima, en este concepto. «Todo conspira—dice—para darle un papel inferior bajo el punto de vista moral y legal, haciéndole desmerecer en el sentido económico.»

«Es preciso buscar por todos los medios el modo de dignificar, elevar y dar todo el respeto que se merece á la mujer; este es el carácter más verdadero de la civilización.»

Un distinguido economista, Mr. Paul Leroy-Beaulieu, considera un tanto exagerado el principio de que la mujer que adquiere ó recibe un jornal fuera de su casa hace perder más de lo que gana. La obrera que percibe un sueldo de 2 ó 3 pesetas reporta una utilidad que no debe desdeñarse. Conviene, para resolver la cuestión con juicio imparcial y recto, no exagerar los cuidados que exige la vida doméstica. Muchas mujeres tienen tiempo, cuando han terminado sus faenas en el taller, de preparar la comida, coser la ropa, etc. Es muy frecuente también que en tanto que la obrera cumple su misión en el taller ó en la fábrica, quede en la casa una anciana que se ocupe en los negocios domésticos, y conviene tener presente que por más que fuese apetecible que la mujer trabajase sin salir de su hogar, el empeño es harto difícil, pues las tendencias del siglo caminan hacia la grande industria. A juicio de Mr. Paul Leroy-Beaulieu, según se desprende de todas estas razones, es necesario conciliar los

trabajos del taller con los del hogar, abreviando la jornada del sábado, como se practica en Inglaterra.

«Mr. Passy—dice el orador—ha hablado en favor de la igualdad de salarios del hombre y la mujer; pero no se ha fijado sin duda en que el valor del trabajo depende del que ó de la que lo hace, y la tasa de los salarios se determina por la ley de la oferta y la demanda. Es así que de una parte el trabajo femenino es menos apreciado que el masculino, y que de ordinario no tiene el mismo valor intrínseco, pues es muy raro que una mujer haga el mismo trabajo que un hombre ó lo haga tan bien; luego es harto fácil conocer la clave del fenómeno. Se paga menos caro una obrera que un obrero por la misma razón que se retribuye á una criada menos que á un criado.»

El criterio de Mr. Leroy-Beaulieu es realmente digno de tenerse en cuenta. Dadas las circunstancias en que actualmente nos encontramos, es preciso aceptar para la mujer todo cuanto se le ofrece, esforzándonos al propio tiempo por mejorar su condición. Las necesidades de la grande industria lo exigen así, y únicamente cabe la esperanza de que llegue un día en que el trabajo dentro de la casa pueda reemplazar gradualmente al trabajo del taller.

Según el testimonio de Mr. Passy, Mr. Jean Dollfus ha imaginado enviar á alguna de sus moradas obreras, por medio de transmisiones, fracciones de fuerza motriz, á fin de que las mujeres sin salir de su casa puedan tener un oficio que mejore su situación. En cierto número de sitios así se hace, y existen lugares é industrias en las que se alquila sobre una máquina, un caballo, medio caballo, un cuarto de caballo de fuerza, según las necesidades. Lo que se hace con el agua y el vapor es más sencillo de hacer con los motores de gas. Como razón más fuerte, la electricidad abre á los ojos del economista, como á los ojos del físico, una carrera en cierto modo indefinida.

Mr. Cheysson cree, de acuerdo con todos los demás oradores, que la mujer es necesaria y útil, más que en ninguna otra parte, dentro del hogar.

Afirma que la pequeña industria conserva en nuestros

tiempos una importancia que en general es desconocida. En la agricultura gana terreno, en la industria manufacturera resiste con éxito en la confección de los artículos de gusto y de lujo. En París, según los datos de la Cámara de Comercio, el número de obreros que trabajan á domicilio era de 62.000 en 1860, y de 100.000 en 1872. La estadística de 1881 da á la pequeña industria un personal de obreros doble del de la grande industria (3.000.000 de los cuales 1 corresponde á las mujeres).

La pequeña industria no ha perdido terreno, como es fácil observar, y hasta puede esperar, con seguridad relativa, el socorro decisivo del pequeño motor, si la opinión pública comprende, como en otras partes, la importancia social del taller doméstico.

En Suecia el tejido á brazo, en los distritos rurales, ha sido reforzado por los propietarios de filaturas mecánicas. Desde 1767 la Sociedad Patriótica ha sido instituída en Stokolmo para defender y multiplicar los trabajos que puedan ser reservados á la saludable actividad de la familia. Desde entonces su campo de acción se ha agrandado considerablemente, gracias al concurso de las administraciones provinciales y de las sociedades de bien público repartidas por todo el país. En Italia se ha fundado, bajo el patronato de la Reina Margarita, una gran sociedad para restaurar la industria del punto de Venecia. Esta misma industria de los encajes ha sido introducida en otras partes.

Se encontraría gran número de aplicaciones análogas, y se retardaría, por lo tanto, la decadencia de la pequeña industria si se quisieran emplear los medios que tanto han prosperado en otras partes, á saber: 1.º La propaganda por la prensa y la palabra. 2.º Un sistema de enseñanza teórico y práctico convenientemente apropiado que abriese á las mujeres puertas que hoy tienen cerradas por su ignorancia. 3.º Exposiciones especiales con primas y recompensas.

Esto por lo que respecta á la obrera de la pequeña industria, que es al mismo tiempo esposa y madre, y trabaja dentro de su hogar; y en cuanto á la de la manufactura, ¿no hay nada que hacer por ella?

Mr. Cheysson cree que es necesario adoptar serias medidas en este punto, en su favor, tanto por lo que afecta á las costumbres como en lo que se relaciona con la ley misma.

La ley no debe prohibir el trabajo á la mujer, pero sí debe prevenir los abusos. Mucho se ha hecho ya en este sentido, pero aún queda bastante por hacer. En Bélgica, á partir de un decreto de 1813, las niñas eran admitidas en los trabajos subterráneos de las minas desde la edad de diez años. Un acuerdo de 22 de mayo de 1884 acaba de elevar este límite á catorce años. En Francia la ley del 19 de mayo de 1874, que ha venido á prohibir absolutamente el trabajo de las mujeres y de las niñas de cualquier edad que sean, en el fondo de las minas, no ha hecho otra cosa que consagrar la honrosa iniciativa tomada por los explotadores de las minas de carbón de piedra.

En Suiza y en Alemania, desde las leyes de 23 de marzo de 1877 y de 17 de julio de 1878, se obliga á las obreras que están en cinta á suspender sus trabajos durante un cierto plazo antes y después de su embarazo. En Francia han existido proyectos votados por la Cámara de Diputados, pero que no han recibido confirmación en el Senado, limitando la duración del trabajo en las mujeres á once horas por día, y á seis días por semana, como el de los mineros de diez y ocho años; y á ejemplo de Inglaterra, prohibiendo á las mujeres, en ciertos establecimientos, el trabajo de noche.

La ley del 19 de marzo de 1874 manda á los jefes de las fábricas velar por el mantenimiento de las buenas costumbres y por la decencia pública en los talleres (art. 15). Esta recomendación general podría ser apoyada por medidas de policía, teniendo en cuenta la separación de sexos, las horas y las puertas de salida, etc. En fin, la ley, añade Mr. Cheysson debía, por la reforma del art. 340 del Código civil francés y por la introducción del delito de seducción en el Código penal, proteger eficazmente á la obrera contra los odiosos abusos de autoridad, que son, dentro del taller, elementos activos de desmoralización.

Además de estos deberes de la ley, el Estado tiene que cumplir los suyos. Puesto que emplea gran número de muje-

res en sus manufacturas, debe dar el ejemplo, por su cuidado, solicitud y vigilancia; y tal vez pudiera darlo también en lo que respecta á la cuestión de fijar los salarios, inspirándose en los consejos de Mr. Passy.

El orador desearía asimismo que, á semejanza de lo que se hace en alguna otra parte, el Estado no aceptase como obreras más que á las viudas y solteras (salvo excepción motivada), á menos que se lograra organizar los talleres de modo que fuesen compatibles con los deberes domésticos que atañen á la familia.

En resumen; la pequeña industria no ha muerto, y será más próspera que nunca por la invención del motor doméstico; y aun hoy día, apesar de las circunstancias del momento, los inconvenientes del trabajo de la obrera pueden ser atenuados en parte, por la acción combinada de las costumbres y de la ley.

También toma parte en la discusión Mr. Fournier de Flaix afirmando la conveniencia de que la mujer busque medios de subsistencia en los talleres, toda vez que éstos son una de las formas inevitables del trabajo en las sociedades modernas. Así en la producción agrícola como en la industrial, la condición de la mujer ha mejorado sensiblemente desde hace cincuenta años, según ha podido comprobarse por la progresión de los salarios. Las tareas á que se ve sometida la obrera en este concepto, no le impiden tampoco consagrarse á sus deberes como madre de familia, y se observa, que al mismo tiempo que la recompensa es mayor, la condición de las mujeres dentro del mismo taller es más ventajosa, siendo por ende perfectamente compatibles, en la mayor parte de los casos, sus deberes de obrera con sus obligaciones como madre y como esposa.

Mr. Fournier de Flaix sostiene que en realidad el trabajo es una de las formas de la emancipación de la mujer. Conforme va ésta aumentando su salario, adquiere una importancia mayor á los ojos del marido, del padre y de los hermanos.

La compañera del hombre está obligada como éste al trabajo, y sus deberes de esposa y de madre no son bastantes á

dispensarla de él. Al menos de esta suerte asegura cada vez más su independencia. El taller y el salario abren ante sus ojos nuevos horizontes, y lejos de ser contrarios á la familia, vienen en su ayuda, puesto que la recompensa y el fruto son cada día mayores.

Tales son en su esencia las ideas expuestas por monsieur Fournier.

*
*
*

El tema es interesante bajo todos sus aspectos y los oradores que han intervenido en el debate han dado elocuentes pruebas de su erudición y de su interés en pro de las clases obreras. La mujer, que entre las gentes acomodadas es pura y simplemente esposa y madre, aparece, cuando del proletariado se trata, como un factor á veces necesario de la industria.

De todas las opiniones sustentadas por los economistas citados, se deduce lógicamente que la mujer es útil, bajo el punto de vista económico, en el hogar de la familia y en el taller ó en la fábrica. De una parte, están el interés de los hijos, el arreglo de casa, el orden y la economía de la vida doméstica; de otra, el creciente aumento de las necesidades, la carestía de los artículos de primera necesidad, la independencia, la dignidad misma de la mujer, que nunca ocupará un lugar privilegiado dentro de la familia obrera, mientras no contribuya activa y poderosamente al sostenimiento de sus necesidades.

La cuestión es más difícil de resolver de lo que á primera vista parece, y no de otra manera se explican los encontrados pareceres de Mr. Passy y Mr. Leroy-Beaulieu, de Mr. Julio Simón y Mr. Fournier de Flaix. La mujer debe permanecer dentro del hogar ajena á toda clase de trabajo industrial, en tanto las ganancias y las utilidades del marido sean bastantes á sufragar los gastos de la familia; ¿pero y en el caso contrario?

En absoluto no puede admitirse la teoría de que la mujer fuera de su casa hace perder más de lo que gana en el taller.

El problema está en hacer compatibles los deberes de la madre y de la esposa con los de la obrera y esto no es tampoco sencillo y practicable en todos los casos.

Es, pues, imprescindible buscar para la mujer un trabajo que esté en relación con sus condiciones especiales; y con respecto al pensamiento de Mr. Jean Dollfus, sobre transmisiones de fuerza á las moradas obreras, no es prudente forjarse muchas ilusiones, porque en último término, la idea tiene más de ingeniosa que de práctica. Hasta la fecha, lo que ha dado y da excelentes resultados es la división del trabajo, no la división de los trabajadores. La fuerza se pierde más á medida que más se aleja del punto donde se produce; el empleo de la electricidad no es todavía un hecho; en esta forma, y por último, las funciones de vigilancia, tan necesarias al fabricante, se ven de todo punto interrumpidas, desde el momento en que sus obreras campan por sus respetos en el aislamiento de sus casas.

La esperanza que debe animarnos con respecto al estado actual de la cuestión, no es precisamente el motor doméstico (que sabe Dios cuándo dará el resultado apetecido), sino la necesidad imperiosa en que nos encontramos de no prescindir de la pequeña industria que, como decía muy oportunamente Mr. Cheysson, multiplica en vez de reducir sus fuerzas, al compás de los grandes progresos de nuestros días.

Ni nos encontramos en el caso de proclamar en absoluto la necesidad de que la mujer abandone todos sus instintos de tal, relegando al más completo olvido sus deberes domésticos, ni podemos admitir, sin algunas limitaciones, la conveniencia de que no salga de su casa para nada, contentándose con administrar un caudal que á veces puede ser tan pequeño, que todos sus desvelos sean insuficientes para evitar los horrores del hambre y de la miseria.

Bajo el punto de vista económico, la mujer puede ser igualmente útil en el interior de su casa ó en la comunidad del taller. Fijar de un modo exacto y categórico cual de los dos extremos es preferible, es asunto harto difícil tratándose de la familia obrera, en la cual son tan comunes las necesidades y las escaseces. Lo que sí hay de cierto es que el

principio de que la mujer atienda única y exclusivamente á su hogar, comprende á todas las clases sociales, y el que todo lo fía á la acumulación y multiplicidad de los salarios, sólo puede ser aplicable á la clase proletaria ó jornalera, en ciertos casos.

Y dicho se está, que aunque el tema iniciado por los señores Passy y Julio Simón nos haya dado á conocer los juicios de tantos y tan ilustrados economistas, al preguntar á cualquier hombre sensato: «¿dónde debe estar la mujer bajo el punto de vista económico, en el hogar de la familia ó en el taller?» Contestará, si no quiere cometer imperdonables ligerezas, una cosa que desde luego no basta á satisfacer las aspiraciones de la Sociedad de Economía Política.

«Según y cómo.»

AUGUSTO CHARRO-HIDALGO.

25 julio 1884.





SUJETO DE LA HISTORIA

CONCLUSIÓN (1)

IV.

EXISTEN otra clase de relaciones que es preciso tener presentes para determinar las limitaciones de la actividad humana, considerada como elemento subjetivo en la Historia. Tales son las que sostiene el hombre con sus semejantes, quienes pueden coartar con más ó menos fuerza la libertad de albedrío, comunicando á la voluntad inclinaciones, casi irresistibles, á obrar en determinados sentidos, y dando margen á profundas alteraciones, no sólo en el carácter del hombre individual, sino también del organismo social. A esta categoría pertenecen la influencia de la raza, la del individuo sobre el todo de la sociedad, la de ésta sobre los miembros que la constituyen, y, finalmente, la de las sociedades parciales entre sí.

«En el siglo XIX, dice Laurent, la raza ha reemplazado al clima y á la naturaleza en las especulaciones filosóficas acerca de la Historia, hasta el punto de referirse á ella hasta los más grandes intereses de la humanidad, la religión y la libertad.» Y así es, en efecto. Sucede con la raza lo que con

(1) Véase la pág. 459 del tomo LI.

el clima. Se exagera su influencia, haciéndola responsable de hechos, en cuya realización han intervenido variados agentes. Se ve, pues, aquí el empeño de explicarlo todo por un sistema. Diríase que á medida que se van descubriendo nuevos factores de la Historia, se pretende que vengán á reemplazar á los antiguos, los cuales quedan de tal modo postergados, que su influencia, poco antes reconocida universalmente, empieza á mirarse como una preocupación ridícula. No es necesario que refutemos las exageraciones de Renán y demás apóstoles de este sistema, cuya tendencia fatalista se descubre con sólo enunciarlo. Que la raza es un factor importante en la Historia, no puede ponerse en duda. Sabido es, en efecto, que cada una de las agrupaciones en que se divide la especie humana, se distingue por rasgos comunes, no sólo referentes á la coloración de la piel y á la configuración del cráneo, sino también al carácter, á las costumbres y al estado social. Una cosa semejante sucede con las familias históricas. Diríase que cada una de ellas ha venido al mundo para realizar una especial misión. Así la raza latina es la viva encarnación del principio de unidad, al paso que la raza germánica lo es del principio de variedad.

Pero si es imposible negar que la raza constituye una de las limitaciones de la actividad humana, ¿habremos de sostener que de ella depende exclusivamente el destino de la humanidad? Esto sería un fatalismo tan desconsolador como el de la naturaleza, y equivaldría por ende á anular la libertad de albedrío, haciendo obrar al hombre, no por voluntad propia, sino á impulsos de irresistibles inclinaciones. Este sistema, tal como lo han formulado sus más ardientes partidarios, es, pues, inadmisibile. Desde luego salta á la vista que la exclusiva influencia de la raza destruye la unidad específica del hombre, pues si unas razas tienen, como pretende Renán, superioridad nativa sobre las otras, ó, lo que es lo mismo, si son originariamente distintas, inútil es hablar de la identidad de la naturaleza humana, y del común origen de todos los hombres, sean blancos ó negros, sean indo-europeos ó semitas. Es cierto que la trascendental cuestión de la unidad ó diversidad de orígenes del género humano no

está aún resuelta por la ciencia; mas esto nada abona en pro del sistema que combatimos. Si nuestra especie es una, claro está que la raza desempeña un papel muy secundario, puesto que su diferenciación se debe á multitud de causas, muchas de ellas externas, como el clima y la naturaleza del terreno; de donde se deduce que á estas causas habrá que atribuir, en último término, todo lo que á la raza suele atribuirse. Según esto, el negro no será salvaje por el hecho de ser negro, sino porque un cúmulo de circunstancias le han impedido seguir á sus hermanos en la senda del progreso y de la civilización. Y esto es ciertamente lo que la observación nos enseña y el buen sentido nos dicta. El pueblo más salvaje puede ser educado en la vida intelectual y moral, y en prueba de ello se observa que á medida que los europeos van estableciéndose en los países incultos, se difunden las luces de la civilización, allí donde poco antes reinaban las tinieblas de la barbarie.

Pero supongamos, aunque sea mucho suponer, que las familias que han ido sucesivamente apareciendo en la escena de la Historia sean de diverso origen; y aun así nada induciría á creer que la acción de la raza sea tan avasalladora como suponen algunos. Ya en los tiempos prehistóricos, es decir, cuando el referido influjo era más irresistible que nunca, se nota dentro de cada familia un trabajo de diferenciación, prueba inequívoca de que el elemento de raza se doblega á impulsos de otros agentes más poderosos. La raza dolieocéfala de Canstad, se caracteriza por rasgos típicos comunes, que muestran la identidad de origen de sus diferentes tribus; pero esto no excluye la variedad interior. Todos están conformes en señalar una importancia, no sólo arqueológica, sino también sociológica á los diversos tipos de la industria primitiva, y sabido es que la industria del hombre de Canstad tiene dos fases, la de Saint-Acheul y la de Monstier, y que dentro de la primera se distinguen cuatro tipos inferiores, Saint-Acheul, Hoorn, Clermont y Abdevill, todo lo cual significa que la sociedad contemporánea del Mamuth, apesar de su identidad de raza, estaba dividida en agrupaciones, cuyos usos y estado social eran diferentes. Y como este mismo hecho se observa, en mayor escala aún, en las familias de

Cromagnon y de Furfoz, puede deducirse la consecuencia de que ya en las más remotas edades á que alcanzan las investigaciones científicas, la unidad de raza ha sido quebrantada de hecho por motivos diversos, lo cual viene á dar un mentís al pretendido poder de este elemento.

Pasando á los tiempos históricos, esta diferenciación se acentúa de un modo notable. Tres grandes familias aparecen en la escena de la Historia: la cusita, la semita y la aria ó indo-europea. Renán da á las dos últimas una superioridad inmensa sobre la primera: les llama *nobles*, y aun añade que los arios aventajan á los semitas, quienes después de cumplida su misión, decaen rápidamente, quedando aquéllos dueños exclusivos de los destinos de la humanidad. No puede dudarse de la exactitud de esta aseveración, pero nada prueba en favor del sistema. Con ella sólo consigue Renán exponer un hecho muy conocido, pues nadie ignora que la familia aria ha representado en los fastos de la humanidad un papel más descollante que la semita y la cananea. ¿Se podrá deducir de aquí que todo se convierte en cuestión de raza? Es indudable que no. De lo contrario, la diferenciación de pueblos dentro de cada raza sería á todas luces imposible. Los árabes, aquellos valientes sectarios que difundieron por el mundo las doctrinas del Profeta, en nada se parecen á los hebreos, y, sin embargo, unos y otros son de familia semítica. En vista de esto, ¿no hay motivo para creer que existen otras causas, independientes de la sangre heredada, que influyen sobre los destinos de los pueblos?

La familia indo-europea todavía nos ofrece ejemplos más notables aún en confirmación de esta tesis. La ciencia ha podido determinar el punto de partida de los arios. La región en que por primera vez los encuentra la Historia, es la que hoy llamamos Turquestán, y que entre los antiguos se designaba con los nombres de Sogdiana, Margiana y Bactriana. Por otra parte, merced al estudio comparativo de las lenguas, se ha venido en conocimiento que los pueblos indo-germánicos hablaban el mismo idioma, tenían la misma religión, hacían una vida idéntica, y estaban organizados social y políticamente de la misma manera. Esto sucedía antes que se

iniciara el movimiento de emigración. Pero llegó una época en que esa gran familia comenzó á dispersarse en todas direcciones. Los Pelasgos se dirigieron hacia el Asia Menor, y andando el tiempo, poblaron las penínsulas helénica, italiana é ibérica, es decir, el Mediodía de Europa. Los Celtas, que siguieron inmediatamente á los Pelasgos, tomaron, según parece, la dirección Norte, poco antes de llegar al Asia Menor, y después de costear el Mar Negro, se internaron en los países del centro europeo, bajando algunos al Sur para disputar á la familia pelásgica los países de que acababa de posesionarse. Después se verifica el movimiento de emigración de los slavo-germánicos, quienes marchando hacia el Noroeste, invadieron las heladas regiones de la Scitia asiática y de la Scitia europea, y vinieron á ocupar más tarde el Norte y centro de Europa; mientras los Ario-iranios y los Ario-indios, como impulsados por un hado fatal, que obligaba á todas estas tribus á abandonar su patria y á lanzarse por el mundo en busca de aventuras, se separaban por diferencias religiosas que con motivo de la reforma de Zoroastro se convirtieron en hostilidad manifiesta, dirigiéndose los primeros hacia la Persia y la Media, y penetrando los segundos en la India, á fin de arrojar á los Cusitas de los fértiles países regados por el Indo y el Ganges.

Tal fué la dispersión de los Arios. ¿Qué sucedió entonces? Lo que era lógico y natural que sucediese; lo que todo el mundo comprende que debía acontecer, aun los mismos que dan á la raza más importancia que la que tiene. Los Arios empezaron á olvidar su común origen. Usos, costumbres, religión, organización social y política, todo cambió, adoptando cada pueblo un nuevo régimen, en armonía con los países que habitaban y las necesidades que hubieron de crearse. Llegó una época en que aquellas tribus no hubieran podido reconocerse como hermanas. Dígase si nó qué hay de común entre el ario de la India gangética y el ario de las selvas de la Germania. En el mismo grupo de los Javanas, nombre genérico con que se designan los pueblos arios que, siguiendo una dirección general hacia el Occidente, vinieron á poblar la Europa, existen familias, como la slava, la ger-

mana y la latina, muy diferentes por su carácter y por la misión que están llamadas á cumplir en la Historia general de la humanidad. ¿Dónde está, pues, la eternidad del elemento de raza? Si dentro de cada familia histórica se opera un trabajo de diferenciación tan notable, que las agrupaciones secundarias difieren á veces entre sí tanto como las razas mismas, ¿quién osará afirmar que los destinos de la humanidad están encomendados á este elemento?

Digamos, pues, aquí lo que hemos dicho respecto á la naturaleza. La raza limita la libertad de albedrío, pero no la destruye. Su esfera propia se ensancha y se estrecha, como la de los factores externos, y su acción está en razón inversa del grado de cultura; lo cual muestra que el hombre es tanto más libre cuanto más avanza en la difícil carrera del progreso.

Además del elemento de raza, hay que considerar, dentro de la categoría de las relaciones del hombre con sus semejantes, la influencia del individuo sobre el todo de la sociedad. He aquí una de las principales fuentes de limitación de la actividad humana, y una de las circunstancias que es preciso no olvidar nunca, si ha de haber exactitud y buen criterio en la apreciación de los acontecimientos históricos. La Historia nos muestra, en efecto, cuánto poder ejerce la iniciativa individual en la suerte de los pueblos, unas veces favoreciendo el desarrollo de la civilización, otras oponiendo una barrera á su marcha progresiva. Este influjo es también relativo, dependiendo casi siempre del grado de cultura á que han llegado las naciones. Un pueblo civilizado, difícilmente sufre imposiciones de voluntades individuales, al paso que una nación bárbara, fácilmente renuncia su libertad, abdicándola en manos de un hombre, que se erige en árbitro de sus destinos y en órgano único de la voluntad de sus gobernados.

La fuerza incontrastable que tiene en nuestros tiempos la opinión pública, que ejerciendo presión sobre los gobernantes, opone un dique á sus caprichos y arbitrariedades, es un hecho que viene en apoyo de nuestra tesis. Si se quiere otra prueba más, obsérvese asimismo que las masas inconscien-

tes se dejan arrastrar más fácilmente que las clases ilustradas, por el prestigio de un nombre.

Pero si á semejanza de las influencias naturales, la esfera de la acción individual sobre el todo de la sociedad carece de límites fijos, que se alejan ó se aproximan según la cultura de las naciones, no se infiera de aquí que pueda reducirse á la nulidad, ni aun en el caso de llegar los pueblos á un peldaño muy avanzado en la escala de la civilización. Las influencias de esta clase se han dejado sentir siempre, y á no dudarlo, seguirán ejerciendo su imperio, aunque con diferente fuerza.

Dice Hégel, que las ideas gobiernan el mundo; pero esas ideas necesitan de un intérprete, sin el cuál serían letra muerta. De aquí la influencia que en todos tiempos han ejercido los hombres de gobierno, los filósofos y los fundadores de sistemas religiosos.

Cuando una sociedad atraviesa por una época de crisis, y experimenta esa especie de malestar, que es signo infalible de necesidades apremiantes no satisfechas, aparecen una ó varias individualidades, que erigiéndose en órganos de la comunidad, traducen por medio de leyes positivas ó por actos de gobierno sus aspiraciones y sus ideales. Tal es lo que hicieron Solón en Atenas y Licurgo en Esparta. Pero hay más aún. A veces, la iniciativa de esta clase es tan poderosa, que lejos de encauzar la corriente de la opinión, la desvía, señalándole nuevos derroteros. Esta misión está encomendada á los filósofos y á los fundadores de religiones. El poder que tienen esas individualidades sobre el todo de la sociedad, es tan inmenso, que á él se deben no pocas de las grandes revoluciones que conmueven hondamente los fundamentos del edificio social, y vienen á señalar, como otras tantas etapas, en la vida de la humanidad. Así Buhda influyó con su doctrina, no sólo sobre el individuo, como pretende Saint-Hilaire, sino también sobre las sociedades, sembrando los gérmenes de la idea de igualdad en un mundo regido por las castas, y preparando la grande obra de asociación humana, mediante lazos de unión entre pueblos separados por las distancias y divididos por sangrientas rivalidades. El

cristianismo y el mahometismo nos ofrecen ejemplos más notables aún de este fenómeno. Jesucristo con sus divinas máximas, echa las bases de una civilización, la más brillante de cuantas existieron en los tiempos antiguos. Mahoma con su nueva doctrina, convierte á un enjambre de tribus en una nación belicosa, que desbordándose cual devastador torrente por el Asia, el Africa y la Europa, trató de imponer el islamismo á todas las naciones de la tierra.

Otra fuente de limitación de la actividad humana es el influjo que el todo de la sociedad ejerce sobre el individuo. El hombre no ha nacido para vivir aislado, sino unido con sus semejantes, para formar con ellos una superior agrupación orgánica, que no es hija de un pacto entre los miembros que la constituyen, sino efecto necesario de la misma naturaleza humana. Esto no significa que el hombre pierda su personalidad, convirtiéndose en parte integrante de un todo, ó en simple función de un mecanismo, como lo es un miembro respecto al cuerpo de los seres organizados; pues ante todo expresa una entidad que tiene valor propio independientemente del cuerpo social, y que aún puede sustraerse á su influencia, huyendo del trato de las gentes y retirándose á un lugar solitario, á imitación de los *sannyasin* de la sociedad brahmánica, ó de los anacoretas del Oriente en los primeros siglos del cristianismo. Mas fuera de estos casos, que no sólo constituyen la excepción de la regla, sino que pueden mirarse como verdaderas monstruosidades, en el sentido de que son contrarias á la naturaleza de nuestra especie, eminentemente social, el hombre tiene que experimentar el influjo de la sociedad, que unas veces favorece el desarrollo de sus facultades, otras pone trabas á su libre desenvolvimiento; de donde se infiere que si en tesis general las limitaciones de la actividad humana, por efecto de la influencia del todo de la sociedad sobre los miembros que la componen, son necesarias, dado que sin ellas la libertad degeneraría en licencia, y á la fuerza del derecho reemplazaría el derecho de la fuerza, adolecen de graves inconvenientes, cuando, abusando la asociación de su superioridad respecto al individuo, le priva de los derechos imprescriptibles, y le sacrifica á miras ambicio-

sas y á bastardos fines. Y que no siempre la sociedad ha cumplido con su propia misión de constituirse en salvaguardia de la libertad de los asociados, lo muestran muchos pueblos antiguos, donde el individuo carecía de valor personal, y no era respetado en su calidad de hombre.

Desde otro punto de vista podemos examinar esta clase de influencias. La sociedad, una vez fuertemente constituida, se erige como en educadora de sus miembros, comunicando á éstos sus creencias, sus aspiraciones, sus sentimientos. Obsérvase, en efecto, que no sólo las inteligencias medianas, sino aun los mismos genios, son impotentes para resistir á ese poder oculto y misterioso. ¡Cuántos racionalistas de hoy habrían sido ortodoxos hasta el fanatismo, si hubiesen nacido en plena Edad Media; y cuántos católicos de entonces engrasarían en nuestros tiempos los filas de los libre pensadores. Cierto que no pocas individualidades marchan contra la corriente de su tiempo, y no participan de las ideas reinantes y de las creencias comunes; pero esto, sobre constituir una excepción de la regla general, sólo significa que la influencia del todo de la sociedad no es tan avasalladora hasta el punto de anular la libertad de pensar.

Si la educación de la inteligencia se resiente del influjo que estamos analizando, lo propio sucede con la del corazón. Los sentimientos y las pasiones son casi siempre hijas de la sociedad en que se vive. Exigir á un hombre virtudes que no son de su época, es pedir una cosa poco menos que imposible. Alejandro, el más humano de los conquistadores contemporáneos, aparece como un monstruo, si se le juzga con el criterio de nuestro siglo. El Emperador Tito, que mereció el honroso mote de *amor y delicias del género humano*, cometió actos vandálicos que hubiesen horrorizado hoy á los hombres más empedernidos; lo cual muestra palpablemente que el criterio absoluto, en la apreciación de los personajes, es absurdo, y que la Historia tiene que ser indulgente con aquéllos que, no sabiendo en ciertas ocasiones elevarse por encima de sus contemporáneos, incurrieron en sus errores y extravíos. Entonces la censura debe dirigirse, más que al hombre, á la época; más que al individuo, á la sociedad en que ha

nacido; y no se nos objete que esta doctrina conduce al fatalismo, y viene á fundar una moral acomodaticia, que todo lo justifica, porque la acusación sería infundada. Ser indulgente con el error no vale tanto como justificarlo. Tener en cuenta lo que pueda atenuar la responsabilidad del que delinque no es lo mismo que absolver al delincuente. ¿Acaso el juez no tiene presentes las circunstancias que atenúan la culpabilidad del acusado? Pues otro tanto debe hacer el tribunal de la Historia, si sus fallos han de estar conformes con los principios de la equidad y de la justicia.

Otro de los hechos que está dentro de la categoría de las relaciones del hombre con sus semejantes, es el influjo mutuo de las sociedades. Constituídas éstas en entidades independientes, no por esto deben vivir con existencias separadas, puesto que son al propio tiempo miembros de un todo, cuya misión es trabajar de consuno en el ideal de la humanidad. De aquí que su importancia, considerada como elemento subjetivo, dependa de la actividad de sus relaciones. Un pueblo que se encierra dentro del estrecho círculo de sus fronteras, ofrece poco ó ningún interés; porque si la Historia tiene como fin el conocimiento de las leyes, siendo, por lo tanto, no la suma ó grosera yuxtaposición de historias particulares, sino la exposición del total desenvolvimiento humano, aunque manifestado por parciales desenvolvimientos, dedúcese la consecuencia de que los hechos que puedan ofrecernos los anales de una nación, que no toma parte en la corriente general, carecen de interés y hasta son indignos de que se consignen en las páginas del gran libro. Por eso la China ha sido eliminada de la historia antigua del Oriente por distinguidos autores modernos (1); por eso la India, tan importante mientras ejerció influjo en el espíritu humano, bajo el doble aspecto social y religioso, pierde todo su valor desde que, constituída definitivamente la sociedad brahmánica, se aisló del resto del mundo.

Tarea inútil sería ciertamente la que emprenderíamos, si nos extendiésemos en prolijas consideraciones acerca de los

(1) Masperó, Lenormant y Smit. Laurent tampoco se ocupan de este pueblo.

múltiples resultados asaz conocidos que produce la influencia mutua de las sociedades parciales. Costumbres, religión, instituciones sociales y políticas, todo se resiente de este influjo. Los pueblos orientales nos ofrecen ejemplos notables de esta verdad. Mientras vivieron en el aislamiento, sus instituciones tuvieron cierto sello de inmutabilidad; cuando se relacionaron por medio de la guerra, todo se hizo en ellos inestable, como consecuencia de tan continuos choques de razas, mezclas de pueblos, invasiones y contra-invasiones.

El perfeccionamiento en forma de progreso, es igualmente un efecto de este orden de relaciones. Los pueblos, por privilegiados que sean, no se bastan á sí mismos; necesitan del concurso de los demás para desarrollar sus facultades. Por eso el aislamiento tiende siempre á inmovilizarlos, al paso que las relaciones internacionales les hacen marchar por la senda de su mejoramiento: Esto que decimos de las sociedades parciales, puede hacerse extensivo á la humanidad en general. Sabido es que la ley del progreso humano no es aplicable á todos y á cada uno de los pueblos, los cuales ofrecen no pocos casos de estacionamiento y hasta de retroceso, sino que sólo se observa en la serie de sucesivas civilizaciones, en el sentido de que la civilización griega es superior á la oriental, la romana superior á la griega, y la europea superior á todas las que le precedieron; y como este hecho se debe, á no dudarlo, á la influencia de las instituciones anteriores sobre las posteriores, descansando así la ley del progreso en la ley de continuidad, toda vez que los pueblos, de la misma manera que los individuos, transmiten lo que hacen en forma de herencia á las futuras generaciones, y ponen en manos de éstas los medios necesarios para realizar nuevos adelantos, dedúcese de aquí que el progreso, como ley general en la Historia, es imposible si las naciones hubieran vivido completamente divorciadas.

La propagación de la cultura, y los múltiples resultados que produce, son también una consecuencia de las relaciones internacionales. Los pueblos que viven aislados, no sólo se privan de los adelantos verificados por las sociedades próximas, sino que privan á éstas del beneficio que pudieran re-

portarles sus creaciones y sus inventos. Los chinos conocieron desde muy antiguo la propiedad de la aguja imantada, la pólvora y hasta la imprenta, y sin embargo, el resto de la humanidad no pudo sacar provecho de tan importantes invenciones. Los fenicios, por el contrario, extendieron por todas partes las luces de la civilización; llevaron á tierras ignoradas y á playas desconocidas sus vastos conocimientos en agricultura y artes, y propagaron cual un objeto de exportación, como dice Renán, el alfabeto por ellos inventado, del cual se derivan los que se usaron en la antigüedad y se usan en nuestros tiempos. El mozaísmo, mientras estuvo encerrado en la Palestina, apenas ejerció influjo en los destinos de la humanidad; pero cuando por la cautividad de Babilonia, y más que todo por las grandes revoluciones que sobrevinieron á la muerte de Alejandro, hubieron de dispersarse los hebreos por el mundo, no hubo un rincón sobre la superficie de la tierra donde los israelitas no echasen las semillas del cristianismo con la predicación de la venida del Mesías.

De esta manera el comercio de los pueblos viene á ser el principal de los factores del progreso, pudiendo considerarse al propio tiempo como fuente de limitación de la actividad, toda vez que las sociedades, en virtud de dicho comercio, pierden algo de su espontaneidad, y se dejan arrastrar por el impulso de solicitudes extrañas. La Historia viene en apoyo de esta conclusión. Podrá suceder que mediante el aislamiento consiga una nación sustraerse á la influencia de las sociedades próximas, desarrollando, como ha hecho la China, una civilización original; mas fuera de este caso, puede sentarse como principio que todo edificio social, no sólo consta de materiales propios, sino también de extraños; es decir, que las instituciones de los pueblos no son producto exclusivo del genio nacional, entrando por mucho en su elaboración elementos importados del extranjero.

Mirada la cuestión desde este punto de vista, no cabe duda que el poder que una sociedad ejerce sobre otra está también en razón inversa del grado de cultura de esta última. Por eso en las naciones adelantadas suele haber más originalidad que

en los pueblos atrasados, los cuales se contentan con copiar lo que crean las primeras. Por eso, cuando dos sociedades se ponen en contacto, se verifica una influencia mutua; pero siempre es superior la que ejerce la más culta sobre la menos civilizada. Así, cuando los hicsos invadieron el Egipto llevándolo todo á sangre y fuego, creeríase que las tribus nómadas de la Siria, suficientemente bárbaras para no comprender el valor de la brillante cultura de los egipcios, estaban llamadas á destruirla, como lo habían hecho con sus templos y con sus ciudades, y sin embargo, pasado algún tiempo, los vencedores sucumbían á la civilización de los vencidos, adoptando los usos, las costumbres y el idioma de éstos. Los accads ó turanios, que habitaban en tiempos remotos el Sudoeste de Asia, se vieron sometidos por los de sumir, gentes de raza semítica, que siendo bárbaros respecto á los vencidos, lejos de imponer á éstos sus instituciones, aceptaron el gobierno, la escritura, las ciencias, y hasta las divinidades de la población indígena. Un hecho semejante se observa en Europa en la época de las invasiones germánicas. La raza visigoda en España, apesar de ser la vencedora, se dejó dominar por la civilización hispano-romana. Lo propio sucedió en Italia y en la antigua Galia. Hoy mismo tenemos datos sobrados que prueban la exactitud de este aserto. La civilización europea, merced á su incontestable superioridad, se está abriendo paso por entre los obstáculos que le oponen la barbarie y el salvajismo, y aun cuando quizás esté muy lejano el día en que su universalidad sea un hecho, es de presumir que con el tiempo consiga iluminar con sus brillantes resplandores hasta los ámbitos más apartados de la tierra.

Esta consideración nos muestra palpablemente que los pueblos menos cultos son los que más necesitan de extrañas influencias si han de avanzar por el camino del progreso. Concebimos en efecto que una nación ya civilizada prosiga desarrollando los elementos de su prosperidad, sin más auxilio que el de sus propias fuerzas, al paso que nos cuesta concebir el que una tribu salvaje franquee por sí sola los umbrales de la civilización.

Cuestión es esta, sin embargo, muy espinosa, y sobre la

cuál aún no ha pronunciado la ciencia su última palabra. Obsérvase que muchas tribus son hoy lo que eran hace siglos. ¿Podrá deducirse de aquí la tesis general de que todo pueblo salvaje necesita para civilizarse del contacto de un pueblo civilizado? En manera alguna. La arqueología prehistórica nos enseña que el hombre de la edad de piedra no estaba más adelantado que los australis de nuestros tiempos. Y sin embargo, consiguió pasar de la piedra tallada á la piedra pulimentada, de la piedra pulimentada al bronce, del bronce al hierro, de la vida de cazador á la de pastor, y del pastoreo á la agricultura, á la industria, á las artes y á las ciencias. Se dirá que todo esto es pura hipótesis, y así es en efecto; pero hipótesis no aventurada, hipótesis que cada día se acerca más al rango de verdad científica, y que más bien será confirmada que no desmentida por ulteriores observaciones y futuros descubrimientos.

Por otra parte, relaciones verídicas de numerosos viajeros nos muestran la existencia de un progreso en las tribus salvajes de diferentes países del mundo. Los naturales de las islas Andamán en el Océano Indico han adoptado no há mucho el uso de los botes. Dice Mac Gilibray que las piraguas de corteza que usaban antiguamente algunos pueblos australianos han sido reemplazadas con ventaja por troncos huecos de árboles. Los bachapins empezaban á trabajar el hierro cuando arribó á su país Burchel. En algunos pueblos no sólo se observa el progreso material, sino también el moral. Si hemos de creer á Cook, los moradores del archipiélago taitiano acababan de abandonar el canibalismo cuando fueron visitados por el ilustre viajero. Sin duda que estos progresos son lentos. ¿No lo fueron los de la edad prehistórica? Si la cuna de nuestra brillante civilización es tan humilde, ¿qué nos autoriza el afirmar que los salvajes de hoy sean impotentes para civilizarse por sí mismos? (1) Empero estas observaciones no destruyen lo que más arriba hemos expuesto. Una tribu salvaje reducida á sus solas fuerzas podrá ca-

(1) Lubok, *Orígenes de la civilización*.

minar por la senda del mejoramiento, pues que el hombre es por naturaleza un sér perfectible; pero no cabe duda que necesita más que las razas ya civilizadas del concurso de extrañas influencias.

Tales son, aunque sumariamente analizadas, las relaciones que ligan al hombre considerado como elemento subjetivo en la Historia. De lo expuesto resulta que en el desenvolvimiento de la humanidad hay que distinguir dos esferas, la de las leyes y la de los hechos. La primera es del dominio de la Providencia, que sin mezclarse en las determinaciones de la actividad, dicta las leyes, y con su acción incesante es causa de su exacto cumplimiento. La segunda lo es del libre albedrío, aunque limitado por un conjunto de relaciones que imprimen á las instituciones de la civilización cierto sello de necesidad, no contradictoria, sino compatible con la libertad.

Mas si esta independencia de las dos esferas significa la no intervención de la Providencia en el ejercicio de la actividad, en manera alguna quiere decir que el hombre no contribuya con sus actos en la realización de las leyes generales. Tamaña afirmación sería á todas luces absurda. El hombre no es el autor de las leyes; reducido á sus solas fuerzas, tampoco puede realizar su cumplimiento; pero es el agente de las mismas, pues que sus actos pueden influir, como hemos visto, en la marcha progresiva de los pueblos. Esos grandes conquistadores que llevan en pos de sí fecundos gérmenes de civilización y de cultura; esos descubridores de nuevos mundos á cuyo contacto numerosas razas despiertan del letargo de la ignorancia; esos pensadores eminentes que con sus doctrinas conmueven los fundamentos del edificio social y señalan á la humanidad nuevos rumbos y más dilatados horizontes; esos hombres de gobierno que dirigen con acierto la nave del Estado, conduciéndola á seguro puerto, apesar de los escollos que encuentra y de las tempestades que contra ella se desencadenan, son pruebas evidentes de esta verdad.

No siempre, sin embargo, los actos humanos favorecen el desenvolvimiento de la civilización. Moralmente hablando, el hombre tiene el deber de contribuir á la marcha progresiva; pero así como infringe los preceptos morales, también puede ser un obstáculo al cumplimiento de los destinos de la humanidad, oponiéndose con todas sus fuerzas á la corriente del progreso. La esclavitud, profunda llaga social de los pueblos antiguos, se perpetuó merced á las doctrinas de algunos pensadores, que consideraban tan degradante estado como obra de la naturaleza (1). Las persecuciones decretadas por los Emperadores romanos contra el cristianismo, paralizaron la acción benéfica que la divina religión del Crucificado hubiera podido ejercer desde el momento mismo de su aparición; de todo lo cual se deduce que la actividad humana juega un papel importante en el progreso, y por consiguiente en las leyes de la Historia, unas veces favoreciendo, otras retardando su desarrollo.

Contra esta verdad innegable ha levantado su bandera una escuela hoy en boga, que eliminando á Dios y á la personalidad humana de las páginas del gran libro, pretende refundir en un sistema el ateísmo, el materialismo y el fatalismo. ¿Qué papel representa el hombre en la escena de la Historia, según las atrevidas inducciones de la sociología científica? Ninguno. La personalidad humana se anonada ante la inflexibilidad de las leyes.

La evolución sigue en todos los órdenes el mismo proceso. Todo se reduce, como dice Spencer, «á una integración de materia acompañada de una disipación de movimiento, durante las cuales, tanto la materia como el movimiento aún no disipado, pasan de una homogeneidad indefinida é incoherente, á una heterogeneidad definida y coherente.» Este hecho se verifica en todo el cosmos. La materia, tanto orgánica como inorgánica, procede siempre de lo sencillo y rudimentario á lo complicado y heterogéneo. La evolución social obedece al mismo principio. Sus fases tienen una precisión ma-

(1) Platón, *República*.—Aristóteles, *Política*.

temática; marchan de lo simple á lo complejo, de las instituciones de las tribus primitivas al complicado mecanismo de las entidades políticas de la Europa moderna. Si alguno creyera que la sociedad es dueña de sus destinos; si alguno imaginara que mediante sus propios esfuerzos consiguen los pueblos fomentar su prosperidad y bienestar, y que á la iniciativa individual se deben no pocos adelantos en los diferentes ramos de la civilización, estaría en un error. Ni el individuo ni la sociedad hacen nada, porque nada pueden hacer. Son seres pasivos que obedecen á las leyes eternas; son como la mónera que por un trabajo constante de selección y renovación va dando origen á los diferentes grupos orgánicos, desde los más rudimentarios hasta el hombre; son como la nebulosa difusa, que por una integración de materia, hace surgir los mundos siderales y los sistemas planetarios. Este es el fatalismo en toda su descarada desnudez; ciertamente que para llegar á él no valía la pena el inventar un sistema, que llamándose nuevo, trata de resucitar añejas concepciones. ¿Qué le resta que hacer al hombre? Nada. Sufrir con resignación la suerte que le espera. Es en vano que ejercite su actividad, porque sus esfuerzos se estrellan contra la inflexibilidad de las leyes eternas. Esto que decimos del individuo, podemos hacer extensivo á las entidades sociales. Las naciones hacen muy mal en trabajar por su engrandecimiento. «Lo que debe ser es,» dice Augusto Conte (1), y si ese engrandecimiento no debe ser, todos los esfuerzos para conseguirlo valdrían tanto como los que pudiera hacer un astro para volver al estado de materia cósmica indefinida, ó los que hiciera el sér más complicado de la escala zoológica para trasformarse en mónera.

Si el hombre desaparece como factor de la Historia, no mejor suerte cabe á la divinidad. ¿Suponen las leyes un legislador? El positivismo no se toma la molestia de hacerse esta pregunta. Nada le importa saber si el edificio necesita ó no de arquitecto que lo dirija; las leyes se cumplen y no hay para qué investigar la razón de tan sorprendente milagro; mila-

(1) A. Conte, *Curso de filosofía positiva*.

gro sorprendente decimos; porque, en efecto, lo es el hecho de existir un código sin legislador que le haya dictado y que se encargue de su cumplimiento.

El positivismo sienta el principio de la identidad de las leyes físicas y de las leyes históricas. ¿Acaso, dice, no formamos parte del conjunto universal de los seres? Habría que hablar mucho acerca de esta pretendida identidad; pero aun dado que fuese así, no existe razón suficiente para borrar á Dios de la Historia, así como no hay motivo alguno para eliminarle del mundo de la materia. Dios es el legislador del universo, como lo es de la sociedad humana. Si Dios no existiese, dice Voltaire, habría que inventarlo. Esta frase encierra una verdad profunda. Sin Dios nada se explica ni se concibe nada; con Dios todo se concibe y se explica todo. Esas leyes inflexibles á que obedece la materia inorgánica, al pasar del estado de homogeneidad indefinida al estado de heterogeneidad definida, han tenido que ser dictadas por un sér sobrenatural. Esto mismo puede decirse de la Historia. Si sus leyes son permanentes y necesarias; si se cumplen apesar de los extravíos del hombre y de los numerosos obstáculos que á veces se oponen á su realización, habrá que reconocer la intervención constante de la Divinidad, que traza el camino que ha de seguir la sociedad humana, como traza las órbitas que han de recorrer los mundos planetarios.

Por otra parte, esa pretendida identidad no pasa de ser una hipótesis. Desde luego que el hombre no es un *ens extramundanum*, y está sujeto á las leyes de generación, crecimiento y muerte comunes á la naturaleza viva. Pero hay en él algo que le diferencia de los demás seres. Ese algo, como dice Edgar Quinet, es la locomoción en el tiempo, es «el transformarse con el tiempo, no sólo en cuanto al individuo, sino en cuanto á la especie; es crecer de generación en generación, secretar en torno suyo la corteza social, histórica, arquitectónica, un mundo de tradiciones sucesivas; en una palabra, es tener él sólo una historia que aumenta y se nutre de sí mismo, al paso que en los demás seres organizados no hay ni puede haber más que una descripción.» Estas consideraciones no pueden ser más exactas. El sér humano es el úni-

co que sin variar en esencia ha recorrido una escala gradual, cuyo primer peldaño es el estado salvaje, y el último, el estado de civilización. ¡Qué inmensa distancia entre el troglodita contemporáneo del *ursus spæleus* y el europeo de nuestros tiempos! ¿Sucede lo mismo con las demás especies animales? Es indudable que no. La abeja de hoy construye sus panales como la abeja de hace mil años; el ave fabrica en la actualidad sus nidos como los fabricaba en los tiempos más remotos. Este mismo estancamiento se observa en la llamada evolución super-orgánica. La sociedad de algunos insectos ha tenido siempre la misma organización; ningún cambio, ni la más insignificante mejora, se ha introducido en sus funciones (1). El hombre, por el contrario, sin dejar de ser hombre, experimenta múltiples variaciones; la especie humana, sin perder el carácter esencial de la humanidad, pasa por etapas y civilizaciones sucesivas, que se llaman edades paleolítica, neolítica, de los metales, civilizaciones oriental, griega, romana, europea. ¿A qué se debe tan sorprendente fenómeno? La ciencia sociológica contesta que la sociedad humana obedece á leyes tan necesarias é inflexibles como las que rigen al cosmos. ¡Cosa singular! El positivismo saca sus conclusiones de los hechos de observación, mediante un procedimiento rigurosamente inductivo, y sin embargo, va más allá de lo que puede enseñarnos, no ya la experiencia actual, sino quizás la experiencia posible. La inducción, y sobre todo la inducción analógica, no basta para sentar como verdad inconcusa la inflexibilidad de una ley, tratándose de fenómenos tan complejos como los fenómenos sociológicos. ¿Quién puede asegurar que nuevos datos no han de venir á destruir la infalibilidad de los principios? Pueblos ha habido que, saliendo del estado incivil, han ingresado en el de civilización, sin pasar por toda esa larga serie de metamorfosis que constituyen la escala evolutiva. Este solo hecho ¿no da un mentís á la identidad de las leyes históricas

(1) Spencer habla de los grados diferentes de cooperación que han alcanzado las sociedades de las hormigas; pero se refiere, no á una especie determinada, sino á diversas especies.

y de las que rigen á los organismos inferiores y al mundo corpóreo?

No es, pues, suficiente el método inductivo para construir una ciencia sociológica. Cuando el positivismo afirma la inflexibilidad de una ley, rebasa los límites de la observación, y se cierne en las regiones de lo ideal, por más que crea hallarse en el mundo de la realidad. Así se explica el hecho, al parecer anómalo, de coincidir en muchos puntos el hegelianismo y el positivismo, siquiera se les considere como los polos opuestos de una esfera. Hégel dice: «lo que es debe ser:» Augusto Conte añade: «lo que deber ser es.» Tenemos la misma fórmula, aunque invertidos los términos. ¿Quién es más idealista? La pregunta extrañará á cualquiera; pero hay sobrada razón para formularla. Ni uno ni otro han podido sacar este principio de la fuente de la experiencia. No existe más diferencia, sino que el primero tiene la franqueza de confesar que su punto de partida es la idea, al paso que el segundo finge analizar los fenómenos, cuando en realidad de lo que trata es de ajustar esos fenómenos á ideas también preconcebidas.

He aquí por qué es preciso refundir, cuando de sociología se trata, los dos procedimientos opuestos. Hemos dicho que la Historia es una ciencia de observación, en que los hechos sirven de datos para la investigación de las leyes generales, toda vez que las determinaciones de la actividad son agentes poderosos del progreso. Pero esas determinaciones no bastan para sentar la eternidad de un principio, porque no es posible el inducir de la simple analogía de hechos observados, que ningún otro hecho nos ha de obligar á una rectificación de nuestras afirmaciones.

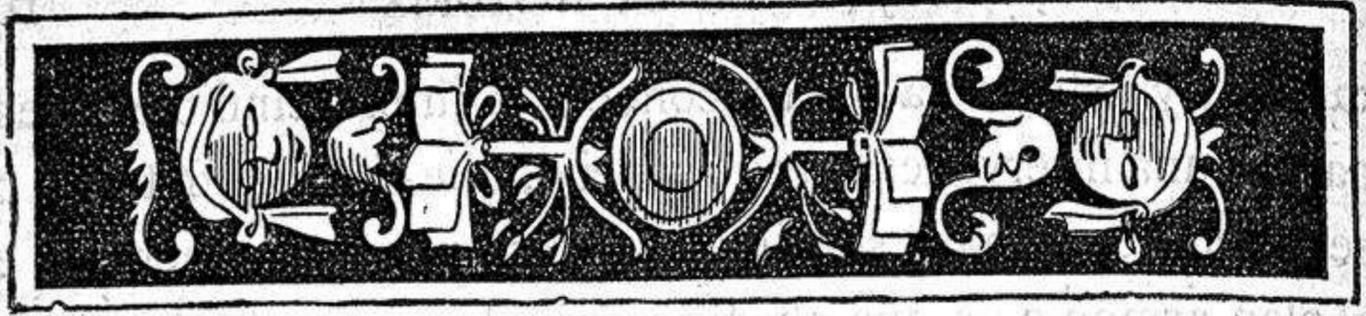
¿Cómo, pues, reconocer la constancia de las leyes históricas? Nada más fácil dentro de la escuela providencialista. En el desenvolvimiento de la civilización hay, como hemos visto, un plan que se desarrolla de un modo sorprendente. Verdad es que no podemos concebirlo *à priori*, pues no es dable al hombre el penetrar de una sola mirada los designios del Eterno. Pero el plan existe; por la vía inductiva, por la observación misma de los hechos podemos venir en su conoci-

miento, y esto basta para reconocer la imprescindible necesidad de una intervención providencial, que si en los detalles no se descubre, se hace sensible en los resultados generales, en el plan armónico á que obedecen, sin darse cuenta de ello los hombres, los pueblos, los sistemas, la especie entera. Dios, pues, rige los destinos de la humanidad, y como no se concibe que la abandone nunca á los caprichos del azar ó á las veleidades de los hombres, sus miras tienen que manifestarse por leyes necesarias é inflexibles. En vano el hombre se rebela contra sus soberanos designios; en vano, haciendo mal uso de su libre albedrío, introduce la perturbación y el desorden allí donde deben reinar el orden y la armonía más perfectas; sus esfuerzos son inútiles, porque como dice Bancroft, «el orden del universo es un poema divino, existente de toda eternidad y que no puede ser interrumpido por las interpolaciones humanas.»

He aquí la única creencia que puede arraigar en nosotros el convencimiento de la necesidad de las leyes históricas, que como manifestaciones de la voluntad divina, tienen que ser eternas. Por eso, cuando presenciarnos uno de esos grandes cataclismos, que á la manera de las revoluciones geológicas, vienen á cambiar la faz de las sociedades; cuando somos testigos de una de esas sacudidas violentas que amenazan reducirlo todo á un montón de escombros, sin que al parecer haya nada preparado para sustituir con materiales nuevos el edificio antiguo destruído hasta en sus cimientos, lejos de entregarnos á la desesperación, debemos conservar la firme é inquebrantable creencia de que la perturbación es pasajera, y de que todo sigue caminando á los destinos señalados por el Eterno.

RAMÓN L. DE VICUÑA.





DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

Continuación (I).

No queriendo ni debiendo ofrecerle dificultades fuera de propósito ni dejarle en dudas, respóndole al punto para acusarle recibo de esta carta suya; y le digo que sus deseos no se verán frustrados; que alimente esperanzas de que podremos conseguir la rendición de Ancona sin exponer todas las naves al fuego enemigo; y que si me tocara aventurarlas todas sería siempre por haberme obligado á ello la fuerza de los acontecimientos; puesto que estoy plenamente convencido de que en nuestra guerra presente depende todo de la supremacía en el Adriático; la cual tiene por absoluta base la división de mi mando, no pudiéndose contar con una flota disuelta como es la napolitana, ninguno de cuyos buques ha podido unirse á nosotros todavía por más solícita que está para ello la oficialidad de todas las clases. Le informo de que en los ataques de tierra de estos días los buques de la división han tomado parte, atacando la plaza por mar y teniendo por blanco principal el Gardetto y sus adyacencias, primero el *Governolo*, después el *Carlos Alberto*, y ahora el *Victor Manuel*, y que

1) Véase la pág. 65 de este tomo.

concluiremos por entrar todos en vez, volviendo á comenzar después el turno, hasta que llegue el momento del ataque decisivo, que se dará luego que la plaza se halle estrechada más de cerca por nuestras tropas; de manera que si se logra forzar la entrada del puerto, podamos dar la mano á las tropas del General Cialdini y trasportarlas al muelle con nuestras lanchas, para que en unión de nuestros destacamentos de desembarco y de la compañía de tiradores, que hay en nuestra división, mandada por el bravo capitán César Rossi, procuren apoderarse de las alturas, para atacar al enemigo por la espalda. Paso después á encomiar á los comandantes, á los estados mayores y á los equipajes de la división; y lo hago en los términos que siguen, los cuales transcribo textualmente de la copia de mi carta á S. E. el Ministro para mayor testimonio de mis sentimientos respecto de ellos y de sus méritos. He aquí mis palabras:

«Estoy tan contento, Excelencia, de la firme actitud en el fuego, así de los comandantes y de los estados mayores, como de las fuerzas de los buques de la división que tengo el honor de mandar, actitud de la cual dieron espléndida prueba el día 18 del próximo pasado, en el cual se obró por toda la escuadra, y que ahora se confirma en las acciones parciales, que no puedo menos de manifestarle aquí mi plena satisfacción en apoyo de cuanto ya tuve el honor de escribirle al intento. En verdad que me sería difícil, Excelencia, determinar quién se distingue más; ¡tan bien se portan todos! V. E. tendrá á bien disculpar la orgullosa complacencia que experimento al hablar del mérito de los que me secundan tan perfectamente en el cumplimiento de esta misión mía. Por nada del mundo sería capaz de exaltarlos, si no fueran completamente dignos de ello: la alabanza que les otorgo no es sino el cumplimiento de un deber.»

Paso después á pedirle el grado de capitán de corbeta para el teniente de navío el barón Fernando Actón, único de los oficiales de la marina antes napolitana, que ha venido á la división, y que es, en verdad, merecedor de ello.

Complázcome después en referirle que el desembarco del parque de sitio prosigue con regularidad, superándose, á fuerza de buen deseo, las dificultades que se encuentran, y le digo

que el solo tropiezo que me ocurre es la merma del carbón en los buques, la cual comienza á clamar seriamente, dado que me veo obligado á tener siempre en movimiento alguna de las naves, y no puedo estar con las calderas enteramente apagadas en las que permanecen ancladas; y aquí le informo del envío de la *Constitución* á Manfredonia y del *Governolo* á Trieste. Concluyo advirtiéndole que vamos consumiendo muy de prisa las municiones de guerra y que convendrá enviarnos algunas.

A las siete y media llega el *Monzambano* de Recanati para traerme la signiente misiva de S. E. el comandante en jefe:

«Del cuartel general de Loreto á 23 de setiembre de 1860.

Al Sr. Conde de PERSANO, contralmirante jefe de la Real escuadra delante de Ancona.

Después de mañana, por la mañana, todas las tropas habrán cercado la plaza desde el mar á la iglesia del Posatore y todo alrededor de Castro hasta Piedra de la Cruz.

El General Cialdini, que tiene ya las tropas muy avanzadas, se apoderará del puesto del Posatore, desde donde con 30 piezas entre rayadas de á 8, lisas de á 16 y obuses de 15 centímetros batirá la ciudadela y el campo atrincherado.

El verdadero ataque se hará por la parte del monte Pelago por las tropas del General De la Roca juntamente con el pequeño parque de sitio.

El ataque principiará contra monte Pelago, después contra monte Pulito, para atacar en seguida simultáneamente la Luneta de San Esteban y el monte Gardetto.

El General De la Roca estará pasado mañana en Piedra de la Cruz, y desde allí le hará á V. S. las señales convenidas para el alborear del día siguiente 26 del actual.

Si por ventura tengo que cambiar alguna cosa, se lo haré saber mañana por medio del *Monzambano*, el cual le lleva este pliego, y al cual V. S. tendrá á bien entregarle la relacion de lo que hoy se haya operado por los buques á sus órdenes, á fin de que pueda yo tenerla mañana con el mismo vapor.

Pasado mañana, 25, á mediodía, sírvase V. S. trasladarse á la Torretta, adonde irá también el General Cialdini, para que combinemos la fuerza de tiradores que se haya de embarcar para los ataques por mar al lazareto y al muelle.

Entre el cuartel general, que estará en la granja Ricotti, llamada Favorita, debajo de Castro, y el del General Cialdini

en el Colle-Piacevole, granja Leonardi, y el del General De la Roca en Piedra de la Cruz, se establecerá un hilo telegráfico, que se prolongará después por el Colle-Piacevole hasta la Torretta.

En la Torretta habrá una estación telegráfica para uso de V. S., donde será bueno que tenga un aviso ó una barca, que pueda llevar súbito á bordo de la *María Adelaida* las órdenes, que tenga yo que comunicarle.

Le advierto que junto con los tiradores el General Cialdini le dará una compañía de ingenieros, si no al momento, con seguridad antes del ataque.

El ingeniero Baldini, persona muy práctica en el conocimiento de Ancona, irá á bordo de la *María Adelaida*, para darle todos los informes que puedan convenirle, después de lo cual podrá desembarcarle en la Torretta.

Bueno sería que pudiese mandar un oficial de marina cerca del General De la Roca con el número de señales que crea necesarias para establecer una inteligencia con dicho General.—El General en jefe, M. FANTI.»

El comandante del *Monzambano* me informa que la operación del desembarco del parque de sitio está casi á punto de terminarse, noticia por demás agradable, dado que me libra de una gran preocupación, la del temor en que vivía de algún imprevisto accidente fortuito, que no sólo retardara su ejecución, sino que pudiera sumergir las barcas, que estaban cargadas con un peso tan grave como es el de los cañones de gran calibre.

A las diez de la noche el *Víctor Manuel* vuelve á la división, y conforme á la señal recibida, recobra su puesto en la línea de anclaje.

24. Vuelvo á enviar el *Monzambano* á Recanati á las órdenes del General en jefe, al cual le acuso recibo de su carta fecha de ayer, y le refiero los particulares de los movimientos contra la plaza verificados por el *Governolo*, por el *Carlos Alberto* y por el *Víctor Manuel*, correspondiendo así á la invitación que me hacía de enviarle semejante relación, de la cual me aprovecho para hacer los debidos encomios de los comandantes y tripulaciones de aquellos buques. Añado que proseguiremos operando del mismo modo cada día hasta la rendición, dándose el relevo alternativamente entre las naves

de la división. Terminó haciéndole saber que, según su deseo, me encontraré mañana 25 á mediodía en la Torretta, para los conciertos indicados en su citado pliego oficial; que entretanto el *Monzambano* llevaba un segundo piloto y dos marineros con lo necesario para las señales á fin de que se trasladaran al cuartel general del comandante De la Roca y ponerse así en comunicación con este General.

Envío al oficial de Estado Mayor Maldini á la Torretta para la correspondencia telegráfica con el comandante en jefe, poniendo una lancha á su disposición para comunicar con la *María Adelaida*.

Recibo con el *Monzambano* otra carta oficial del mando en jefe. Hela aquí:

«Del cuartel general de Loreto á 24 de setiembre de 1860.
Al Almirante Conde Persano, comandante de la escuadra de S. M. delante de Ancona:

Las señales convenidas que le he escrito á V. S. que se harían en Piedra de la Cruz lo serán en Monte Acuto, y esto por los primeros días; que al avanzar las llevaremos probablemente á Piedra de la Cruz.

Solamente ayer han partido de Génova tres cañoneras.

Ayer tuve ocasión de enviar un ayudante mío á Ancona y he sabido que sus tiros son más bien algo largos.

He recibido su relación, y no esperaba menos del comportamiento de la brava marina que manda.

El oficial subalterno ha partido ya con las señales para el cuartel general del General De la Roca.

Hoy mismo podrá tener el *Tanaro* y la *Dora*, los cuales no he menester ya, y otro tanto digo del *Monzambano*, puesto que de hoy en adelante corresponderé con V. S. por la Torretta.—El General en jefe, M. FANTI.»

Llega la *Dora* y refiere que el parque de sitio está desembarcado.

Poco después del medio día, habiendo nuestras tropas estrechado más de cerca á la plaza, comienzan á atacarla con mayor vehemencia y bravura, sin darle un momento de reposo. Yo me abstengo de enviar naves de la división á tomar parte en el ataque por la bendita penuria de carbón en que nos hallamos: si éste llegase á faltarnos enteramente (y en tal extremo nos hallamos), nos amenazaría un grave riesgo. Ve-

remos cuánto habrán podido tomar el *Governolo* y la *Constitución*, cuyo regreso espero con verdadera ansiedad.

Visito en Sinigaglia al comisario regio para las provincias de las Marcas, diputado Valerio; encuéntrole tal como me le había descrito S. E. el Presidente del Consejo, Conde de Cavour en su carta de 7 de julio, que inserté en la primera parte de este diario. Regreso á mi nave seguro de él en todo y por todo. Envío la *Dora* á Sinigaglia, poniéndola á sus órdenes por haberme manifestado deseos de tener á su disposición para todo evento un buque de la marina real.

El avance atrevido del General Cialdini contra la plaza, hasta el punto de haber ocupado ya la Luneta de Monte Scrima, desde la cual contrabate gallardamente la ciudadela, hace que me ocurra el pensamiento de darle la mano por el puerto con un golpe arriesgado en las horas de la noche. Mi designio era forzar por sorpresa con barcas (1) armadas la entrada del puerto; y en caso de lograrlo prender fuego al momento á todos los pontones y barracas que haya allí custodiados, poniéndolo todo en confusión; mientras que yo, á una señal convenida de cohetes, me lanzaría adelante con toda la división, y aprovechándome del trastorno inevitable producido por la temeraria empresa, reforzaría la expedición enviando en su ayuda cuantos más botes pudiera, á fin de que cerca del lazareto se pusieran en comunicación con el valiente General que ya casi tocaba allí. Después de lo cual, embarcadas aquellas fuerzas que él hubiese reputado necesarias, se hubieran trasportado al muelle como refuerzo los destacamentos de desembarco y la compañía de tiradores que estaban en los buques de la división, los cuales pondría al momento en tierra para que sin tardanza corriesen á atacar

(1) Para los que no son del oficio, paréceme oportuno explicar que en marina la barca es la mayor de las varias adiciones al servicio de las naves, tomando las demás el nombre genérico de lanchas y distinguiéndose con el apelativo de 1.^a, 2.^a, etc.: la más pequeña de todas toma de ordinario el nombre de barquilla (*battello*); y la más ligera y veloz, que sirve exclusivamente al comandante del buque ó á quien hace sus veces, llámase por algunos *escampavía*, y por otros *pájara* (*Passera*).

por la espalda los puntos combatidos por el 5.º cuerpo de ejército, que se distinguía bajo el mando del General De la Roca; logrado esto, la plaza, á mi parecer, tendría que rendirse inmediatamente con honor de la real marina, y se ahorraba el peligro de poner á prueba nuestras naves á viva fuerza, del cual era menester salir vencedores ó irse á pique, y que nos clavaba en el corazón la espina de que el Austria se prevaldría de las pérdidas que pudieran sobrevenir á la división, para hacernos la guerra sin rémora ulterior. Concebida la idea, pienso en ejecutarla. Llamo, pues, á mi jefe de Estado Mayor, le explico de qué se trata, le indico que se confiaría el mando de la expedición al capitán de corbeta, Cerruti, oficial de grandes esperanzas y de frío valor, y el de las dos barcas de la *María Adelaida* á los dos tenientes de navío Albini y Conti, jóvenes de probado arrojo, en especial Albini, decorado ya con la medalla del valor militar. Le ordeno disponer que la empresa tenga efecto esta noche mismo, haciendo remolcar del *Monzambano* las barcas enviadas á emprenderla hasta las cercanías del puerto; en fin, le recomiendo proveer á todo, con aquella inteligencia que le es propia.

En tan ardua situación es viva la inquietud que siento por temor de que el golpe fracasase, conviniendo yo en un todo con la opinión del Conde de Cavour de que en la guerra presente, movida por el Piamonte con el santo objeto de obtener la independencia nacional, siempre que el dominio del Adriático, por desgraciados accidentes que sufriera su flota en un ataque á todo trance, cayese de sus manos y quedase incontrastable en las del Austria, sería éste un hecho dolorosísimo que nos pondría en las condiciones más desventajosas enfrente de aquella potencia, nuestra adversaria; la cual se aprovecharía de ello, sin duda, viniendo á luchar contra nuestra noble empresa.

Tengamos confianza.

Envío dos renglones á Cialdini para decirle que esperase esta noche un alboroto en el puerto de Ancona, solamente para ponerle sobre aviso por si el éxito coronaba la tentativa, como yo esperaba. Pero dejo de entrar en particulares sobre el intento para no comprometerme con la exposición de un

designio que podría resultar fallido: además de que tuve en cuenta que dando el golpe buen resultado, no había menester informaciones preventivas su pronta inteligencia para ordenar el embarco de sus tropas en los botes que hubiera puesto á su disposición.

Ya tarde llega á mí de la Torretta, venida por expreso, una carta autógrafa de S. E. el General Fanti, escrita al dorso de un pliego que contenía un telegrama que había recibido de S. E. el Conde de Cavour, para que me fuese comunicado, y que me prueba que había llegado ya á manos del Conde la mía del 22 del corriente.

Inserto la carta y el telegrama:

«GRANJA FAVORITA 22 de setiembre de 1880.

Al comandante de la escuadra de S. M.

Le envío este despacho del Conde de Cavour.

Hoy he observado desde estas alturas que la escuadra no ha hecho fuego sobre el Gardetto, sobre el Pulito y sobre el Pellago, como habíamos convenido.

Tengo noticia de que ayer la escuadra causó mucho mal en el Gardetto y en el Pulito, lo que me hace sentir más aún que hoy no haya repetido el fuego.

He visto que trabajan mucho en el Pelago y esta es otra contrariedad.

Le ruego que dirija mañana los fuegos sobre las tres posiciones susodichas.

¿Quién sabe si mañana mismo no haré yo atacar al Pelago? En tal caso mandaré hacerle las señales para que cese el fuego contra éste y prosiga sobre el Gardetto y el Pulito.

El General comandante en jefe.—M. FANTI.»

El General tiene razón; el primer objeto es el ataque de la plaza y no hay economía de carbón que valga. Le respondo al instante que mañana, con tiempo, se atacarán vivamente por la división los puntos que me ha indicado. Entretanto veré cuál sea el resultado de la tentativa de esta noche.

He aquí ahora el telegrama indicado:

«*Al Ministro de la Guerra.—LORETO.*

Tenga la bondad de hacer saber al comandante de la escuadra que encontrará en Nápoles al transporte *Victor Manuel* con

ochenta mil raciones de víveres próximamente y municiones de guerra.—C. CAVOUR.»

¡Ni una palabra sobre el carbón! No quiero ya pensar en él. Será una razón más para anticipar el ataque de la plaza por nuestro lado, si fracasa la tentativa de esta noche.

Busco en tierra si hay medio de enviarle aviso al comité nacional de Ancona acerca de la empresa proyectada, para que los habitantes cooperen á ella en lo que puedan; pero se me contesta que no hay modo de tener acceso á la ciudad, sino al regreso de los enviados que salen de ella; puesto que no se deja entrar sino á los que han salido con permiso en forma.

Apenas las instrucciones para la expedición están prontas, las envío á Cerruti para que tenga tiempo de hacerse bien cargo de ellas. Están extendidas y particularizadas conforme al intento que he indicado.

A las once y media de la noche las barcas de la división se acercan á la *María Adelaida*, á la cual se trasladan sus comandantes para ser informados de los pormenores de la expedición y de las principales incumbencias á que cada uno debe atender en especial; á cuyo objeto se reúnen en la sala del Consejo.

25. A la una y media de la madrugada, después de haberle yo dado un buen apretón de manos al capitán Cerruti, á quien tanto aprecio, acompañado de augurios de feliz suceso, la expedición deja la *María Adelaida* para ponerse á remolque del *Monzambano* y marcha á su destino. Como se comprenderá bien, no me acuesto, aguardando lleno de impaciencia la señal que me indique el éxito completo de la tentativa, para proceder al objeto prefijado. Entretanto, á fin de que el tiempo me parezca menos largo, tomo entre manos el informar á S. E. el Conde de Cavour del giro de las cosas del día por la parte que me concierne; y así le escribo:

«RADA DE ANCONA 25 de setiembre de 1860, á las cuatro de la madrugada.

Excelencia:

Le acompaño los informes particularizados de los ataques

del *Governolo*, *Carlos Alberto* y *Víctor Manuel*; ataques de que hice mención en mi última carta á V. E. del 23 del corriente.

Lamentamos la muerte de un marinero del *Víctor Manuel*. Los heridos son cinco en todos; ninguno grave.

Las averías en los cascos y en las arboladuras son reparables con los medios de á bordo. Debemos, pues, llamarnos felices hasta aquí y espero que continuaremos bajo la misma buena estrella.

En este momento, Excelencia, se intenta por el capitán de corbeta Cerruti con las barcas de la división armadas en guerra, forzar por sorpresa la entrada del puerto de Ancona: si lo consigue, como espero, deberá indicármelo con señales convenidas, y entonces maniobraré con la división para sostenerlo y que dé la mano á las tropas del General Cialdini, á fin de que entren en la ciudad.

Si es descubierta la expedición, y por tanto sale fallida la prueba, lo indicaré á V. E. por postdata. Entretanto tengo el honor de acompañarle las instrucciones que le he dado á Cerruti para la empresa, y uno á ellas el plano de la rada de Ancona, en que están señalados los puntos de situación de nuestros buques, para cuando llegue la necesidad de atacar la plaza por mar de un modo absoluto; en cuyo caso será empeño mío no exponer al fuego las naves de hélice, que son las de mayor importancia en guerras marítimas, á no ser constreñido por los acontecimientos á un ataque sin remisión: pero si se logra el resultado de la empresa que está verificándose, no tendremos que ponernos en semejante prueba. Veremos. Entretanto ningún buque de la flota antes napolitana se ha unido á nosotros, y lo atribuyo únicamente á el haber dejado libres de sus compromisos á los equipajes, acto generoso, pero impolítico.

¡N..... nos ha faltado! ¡Jamás lo hubiera creído! V. E. tenía razón.

El General Cialdini avanza rápidamente. Será el primero á entrar en la ciudad. Inspira noble envidia. Hoy al medio día debo avistarme con él á invitación de S. E. el General en Jefe, que acudirá también á la reunión, cuyo objeto es combinar las fuerzas terrestres que hemos de embarcar para los ataques por mar al lazareto y al muelle.

El parque de asedio ha sido desembarcado. Han trabajado bien Del Carreto y De-Viry, éste á sus órdenes: permítome recomendarlos á V. E. Pero los recomiendo á todos, porque todos trabajan bien.

Con profundo respeto, Excelencia, el Contralmirante, C. DE PERSANO.»

Á las tres se oye el fuego de nuestras barcas contra el puerto.

Salto sobre la toldilla en un instante y escucho desde allí con cabeza y corazón; pero ninguna señal me indica el éxito de la empresa.

¡Mi impaciencia llega al colmo!

Infero que las barcas han sido descubiertas antes que llegasen á punto de poder avanzar bogando á toda fuerza, que quiere decir á pocos golpes de remo.

¡Sea lo que sea!

Ahora estoy en ansiedad por temor de alguna imprudencia; sólo que me tranquiliza un tanto la certidumbre que tengo del juicio reposado del comandante de la expedición.

A las cinco y media el *Monzambano* está de regreso á la división con todas las barcas á remolque.

El comandante Cerruti me refiere, que habiendo sido descubierto á bastante distancia del puerto, le había sido imposible forzar la entrada con fruto, por lo cual había renunciado á emprenderla á todo riesgo; pero que sin embargo tenía motivos para creer que había ocasionado mucho daño en las filas de los soldados que corrieron al muelle para disputarle el paso; puesto que los había ametrallado á tiro corto con los obuses que forman el armamento de las barcas. Apruebo su prudente proceder y envió á cada uno á la nave á que pertenece.

Envío sin más el *Monzambano* ya en movimiento á tomar posición bajo el Monte Cornero.

Envío el *Víctor Manuel* á hacer blanco al Pelago, al Pulito y al Gardetto.

Llega el *Tanaro* y hágole señal para que remolque al *San Miguel*, y á éste para que se una al *Víctor Manuel* en el ataque de las tres alturas indicadas.

El General Cialdini opera incansable contra la ciudadela.

Con estos vivos ataques por todos lados, la plaza debe hallarse en mal estado; por lo cual me parece llegado el momento de obrar con la división á todo trance. Quiero sin embargo intentar todavía una sorpresa de noche con las barcas, que guiaré yo en persona; y si fracasa como es probable, por estar

la plaza más sobre aviso que nunca por la tentativa de ayer noche, emprenderé sin más el partido extremo de atacar de día con la división; que en estos momentos no hay que darse ya tregua, si se quiere que conquiste honor la real marina.

El *Víctor Manuel* y el *San Miguel* no dan tregua á sus disparos. ¡Bravos!

Añado la postdata siguiente á mi carta á S. E. el Ministro de la Marina, y la envío á su destino:

«P. D. Cerruti no ha podido lograr su intento, por haber sido descubierto cuando se hallaba todavía lejos del puerto. Siento deseos de intentarlo yo mismo. Probablemente no haré más que un agujero en el agua, pero vale la pena de intentarlo: que si por ventura se lograre el propósito, se vence la partida de un golpe; y si éste falla, no nos quedamos en peores condiciones. Probaré, pues, cuanto antes, y le informaré al punto del resultado con la mayor ingenuidad.»

No teniendo la *María Adelaida* cañones armados sobre la toldilla, y no pudiéndose dar grande elevación á los de la batería, por ser todos de 80, ordeno al comandante de la nave, caballero Riccardi, que haga levantar uno de éstos y colocarle de modo que pueda recibir la mayor elevación que permita la construcción de la cureña, á fin de llegar á batir el monte Pelago, más alto que el Gardetto, pues quiero procurarle mañana á la *María Adelaida* el honor de dar á conocer la maestría de sus artilleros.—Se ejecuta.

A medio día me encuentro en Sinigaglia para la cita dada por S. E. el comandante en jefe (conforme á la invitación que me hizo en su carta de 23 del corriente arriba insertada); pero allí recibo aviso de que no viene y de que me concierte con el General Cialdini, el cual encarga decirme que mañana enviará por mí á la Torreta.

Está bien.—Regreso á la *María Adelaida*.

El *Víctor Manuel* y el *San Miguel* continúan sin tregua sus fuegos contra las posiciones del Gardetto y sus cercanías; el General en jefe debe estar contento de ellos.

26. A las diez de la mañana el *Carlos Alberto* releva al *Víctor Manuel*, el cual se une á la división y toma de nuevo fondo.

Reclamo al *San Miguel*, que vuelve á anclar en su puesto.

Dejo orden á mi comandante de bandera, para que se traslade con la *María Adelaida* á sostener al *Carlos Alberto* que ha comenzado á hacer blanco de sus disparos el *Gardetto*, el *Pulito* y el *Pelago*, con su ardor acostumbrado.

Enarbolo mi bandera de mando sobre el *Monzambano*, y me traslado á la *Torretta*, según el convenio de ayer: allí estaba ya el Marqués *Mosti*, que me esperaba con un vehículo enviado por el General *Cialdini* para conducirme á su cuartel general. Doy un estrecho apretón de manos á *Mosti*, salto al vehículo y parte al galope.

Cialdini me acoge festivamente, alegrándose de verme. Quedamos acordes en que me dará los tiradores, luego que se decida el atacar el muelle y el lazareto por la vía del mar: después empieza á decirme, ó mejor, á demostrarme con evidencia, que la rendición de *Ancona* se acelerará mucho entrando él con sus fuerzas en la ciudad por puerta *Pía*; mas, que para esto le hacen falta dos cañones de grueso calibre que rompan la entrada, y me pregunta si podría yo dárselos. Respondo que sí, y que se vencerán las dificultades que puedan encontrarse, por no haber banquillos en aquella playa; oído lo cual, llama incontinenti á un oficial de artillería de su confianza, y sin más, le manda disponer lo necesario para que dichos cañones sean puestos en tierra y llevados al campo del sitio con la mayor presteza. Concluído esto, que era el punto principal, comienzo á decirle que del mismo modo que los artilleros no le dejan á nadie el manejo de sus cañones, así también lo hacían los marineros respecto de los suyos.—Cier-to que sí—replica al punto;—y me será muy grato tenerlos entre mis soldados.—Doile gracias, y ya no se piensa más que en obrar con diligencia en este asunto, que le importa sobremanera. ¡Mal pecado, en verdad, que la tentativa de anoche fracasara; que si no, la rendición de *Ancona* se habría anticipado no pocos días! Esta reflexión me empeña más en hacer yo la prueba, pues vale la pena ciertamente.

En este momento le llega al General *Cialdini* la noticia de que la brigada *Bologna*, acaudillada por el brigadier *Fernando Pinelli*, se había apoderado valerosamente de las posicio-

nes del monte Pelago y del Pulito.—¡Bravos!—exclama Cialdini;—ahora nos toca á nosotros.—Envíame presto los cañones.—Es negocio hecho—respondo yo;—cuenta con ellos al momento.

Pinelli había cursado sus estudios en la escuela de marina, de la cual salió distinguiéndose en los exámenes. Siendo guardia marina se le hizo un agravio manifiesto al ascender á subteniente de navío; y habiéndole esto ofendido vivamente, pidió su pase al ejército, sin que hubiera medio de hacerle desistir de tal resolución. Fué una verdadera pérdida para el cuerpo, como los hechos lo comprueban.

Convenido todo cuanto se refiere al desembarco de los cañones, me despido de Cialdini y parto para regresar á bordo, sin permitir que ninguno de sus ayudantes me acompañara, según él, cortés siempre, me ofrecía.

Por el camino tengo el placer de encontrarme con el coronel Strada, que manda el regimiento de lanceros de Víctor Manuel, persona muy conocida mía, dado que frecuentaba familiarmente mi casa, cuando se hallaba en Génova al mando de aquel destacamento de caballería, que causaba admiración por el esmero de las monturas, por la sólida disciplina y por el aire marcial. Tiene reputación de oficial valeroso y era muy querido de aquel notable hombre de guerra, el General Bava. Me dice que pertenece al cuarto cuerpo del ejército, y que está situado con su regimiento en el valle del Esino. Yo le aseguro que pronto se llegará al fin del sitio de la plaza, y que el General Cialdini será el primero que entre en la ciudad, tanto porque así lo quiere, cuanto por ser hombre que no emprende las cosas á la ventura, sino después de haberlas pensado bien y haber asegurado el éxito, en lo cual conviene conmigo. Dígole también, que para facilitarle la empresa, me proponía yo segunda vez el forzar la entrada del puerto de Ancona aquella misma noche, dirigiendo en persona la expedición, y que, si bien no me lisonjeaba mucho del éxito, quería no obstante probar. Apremiando el tiempo, nos saludamos con efusión y cada uno vuelve á tomar su camino.

A las nueve de la noche estoy de regreso en la *María Adelaide*, cuyo comandante me refiere que había quedado muy

satisfecho de todos los suyos en el ataque que había verificado en aquella jornada sin interrupción, contra el Gardetto y sus cercanías. No lo dudé un punto: le hago el elogio debido y otro tanto á la tripulación, á la cual congreso expresamente sobre la toldilla. Se muestran muy contentos por ello y es gran consuelo para mí.

Doy órdenes para que sin dilación sean puestos en tierra dos cañones de 40 del *San Miguel*, en la Torretta, en donde se hallará un oficial de artillería enviado por el general Cialdini para cooperar al desembarco; y al mismo tiempo se disponga que un destacamento de marineros de la *María Adelaida* mandado por el subteniente de navío Berton de Sambuy, baje á tierra para hacer el servicio de guerra según las órdenes que reciba de la autoridad, á cuya disposición sea puesto por aquel General en jefe.

Han regresado el *Governolo* y la *Constitución*. Al *Governolo* no se le quiso conceder más cantidad de carbón que la que se presumía podría haber consumido en su viaje y necesitar para su retorno; ni una migaja más. A mayor abundamiento, había sido recibido con notoria frialdad; y á no ser por la discreción y el carácter franco y prudente á la vez de su comandante el Marqués de Aste, acaso hubiera sido despedido sin escucharle.

Tal conducta de parte de una autoridad que está en directa comunicación telegráfica con Viena, me persuade cada vez más de que el Austria está con los ojos abiertos para aprovecharse de toda eventualidad que pueda ofrecerle ventajas en una guerra contra nosotros, para declarárnosla sin vacilar. Con esto, se aumenta en mí el deber de no aventurar la división naval que mando, sino en casos extremos y solamente cuando todo otro medio de anticipar la rendición de la plaza haya sido infructuoso; dado que es la única flota con que se pueda contar en el caso presente. Con tal convencimiento, destierro toda duda y ordeno al punto á mi jefe de Estado Mayor que lo disponga todo para que esta noche misma se emprenda una nueva tentativa contra el puerto de Ancona, siempre con la idea de forzar su entrada, añadiéndole que yo mismo guiaré la expedición y que él vendrá conmigo; y empieza

sin tardanza á ordenarlo todo conforme al propósito que le he manifestado.

La *Constitución* había podido cargar 240 toneladas de carbón, que para las necesidades de la división es bien poca cosa. No hay momento que perder. Si logramos esta noche nuestro intento, bien; y si no, atacaremos con las naves, suceda lo que suceda. El permanecer con las máquinas inhabilitadas para obrar, no es así como quiera una bagatela, y con tal perspectiva á la vista no podemos, ó más bien no debemos retardar más las cosas.

27. Habiéndome dicho mi jefe de Estado Mayor que todo estaba pronto para la expedición que le había ordenado, nos reunimos á bordo del *Monzambano* para que nos remolque hasta cerca del puerto, y á las doce y media de la noche nos movemos en aquella dirección. Durante el trayecto reuno á los comandantes de las barcas destinadas á la empresa, y les explico la importancia y necesidad de aquella empresa, asignándole á cada uno el oficio á que debía atender más particularmente y concluyendo por decirles: que estaba seguro de que cada cuál cumpliría su propio encargo con valor y zelo. Y bien podía prometérmelo de oficiales como Albini, Conti, Orenco, Lovera y los demás.

A la una de la madrugada habíamos aferrado la escollera que forma el muelle á Poniente de la entrada del puerto.

Salté á ella con mi jefe de Estado Mayor y algunos marineros de mi lancha *Passera* (1), sobre la cual nos habíamos embarcado junto con mi ayudante de bandera, pero al momento fuimos descubiertos por las escoltas enemigas y recibidos con descargas de metralla de la artillería y de fuego de mosquetería de la guardia del muelle. No recibimos, sin embargo, daño, ya sea por la oscuridad profunda que reinaba y que les impedía apuntarnos, ya sea por encontrarse nuestras barcas á algunos pies debajo del banco del muelle que se eleva tanto sobre el nivel de las aguas. Algunos de los nuestros

(1) La *Pájara* (*passera*) es un bote largo, sutil y veloz, que suele estar destinado exclusivamente al capitán de la nave: llámase también *escampavía*, ó *escapavía*.

cabalgando sobre la cadena que cierra la entrada, estudiaron el modo de cortar los eslabones á fin de sumergirla y pasar por encima con las barcas; pero todo fué en vano, porque no se pudo desasirla de las largas vigas á las cuales estaba asegurada con sólidos cercos: del mismo modo fué imposible arrancarla del escollo á que estaba asegurada, por más que Orengo llegase á quitar algunos de los clavos que la sujetaban allí. Entretanto el alba se acercaba y fué menester, apesar nuestro, llamar á reunirse y volvernos con las manos vacías. Cuánto me pesaría puede cada cuál imaginarlo.

A las seis de aquella mañana estábamos cada uno á su bordo.

A las tres el *Governolo* y la *Constitución*, según las órdenes que se les dejaron, habían abierto el fuego contra el *Gardetto* por vía de diversión.

A las siete volvieron á anclar.

Escribo á S. E. el Ministro de la Marina:

«RADA DE ANCONA el 27 de setiembre de 1860, á las siete y cuarto de la mañana.

Excelencia:

Nuestra tentativa en la pasada noche para franquear la entrada, del puerto fracasó también. Guiaba yo mismo la expedición. Llegamos todos al punto prefijado. Aferramos á la cadena que cierra la entrada del puerto, pero por más que se hizo no fué posible sumergirla ni soltarla de sus apoyos de tierra.

Al alba desistimos de nuestra empresa, y dí la señal de retirada, para no permanecer inútilmente como blanco seguro de los tiros de tierra, cuyos proyectiles pasaban silbando por encima de nuestras cabezas, á causa de estar nosotros tocando al muelle, que se eleva mucho sobre el nivel de las aguas.

Sé bien, Excelencia, que cuando no se logra el éxito en tales empresas, el mérito desaparece con la tentativa frustrada; pero esto es tocante al jefe, no para aquellos que toman parte en ella y logran distinguirse de los demás.

Permítame, pues, que le nombre más especialmente á los tenientes de navío caballero Augusto Albini, caballero Augusto Conti, caballero Pablo Orengo, caballero José Lovera de María, al subteniente Conde Ernesto de Persano y á los guardias marinas Sr. Felipe Cobianchi y al Conde Luis Langos-

co, que más se esforzaron para alcanzar el intento sin reparar ni en fatigas ni en peligros.

Algo he titubeado, Excelencia, para notar entre los distinguidos el nombre de mi ayudante de bandera por ser hijo mío; mas después he reflexionado que el hacerlo me lo imponía un deber de justicia, por una circunstancia particular que á él se refiere, y he cumplido mi deber como si se tratara de un oficial que conmigo no tuviese tan estrecho y carísimo lazo.

El caballero Alejandro de Clavezana, mi jefe de Estado Mayor, también en esta circunstancia ha demostrado ser oficial digno de toda consideración, y le recomiendo á V. E. con todo encarecimiento.

Distinguiéronse asimismo varios oficiales subalternos y marineros, de los cuales enviaré nota al cuerpo, y no descuidaré al fin de la campaña el ponerlos en el número de aquellos que han merecido recompensas.

Ahora no nos queda sino atacar con la división; y lo haremos á todo trance, pero sin sobrepasar los límites de aquella prudencia, que nuestra situación política reclama.

Han regresado el *Governolo* y la *Constitución*. El primero fué recibido fríamente en Trieste y apenas se le consintió reponer el carbón necesario para el viaje que había emprendido. La *Constitución* pudo cargar 240 toneladas.

Con profundo respeto,

Excelencia, el Contralmirante,—C. DE PERSANO.»

Hacia las once de esta mañana recibo el siguiente aviso del comité central de Ancona. Mal pecado que no viniera ayer, pues me hubiera aprovechado de él para advertirles á aquellos señores todo cuanto nos proponíamos intentar á la noche contra el puerto, á fin de que nos dieran la mejor ayuda que pudiesen.

He aquí el aviso:

«Excelencia:

Se nos habla dando seguridades de un proyecto de fuga de La Moricière; desde ayer tarde una lancha grande de la sanidad recibió orden de estar disponible con doce remeros.

Hemos dado orden en la ciudad para su arresto, si es posible, en el caso que se preve, y le informamos de ello á V. E. para las disposiciones oportunas. Sin embargo, no nos es dable poderle asegurar que realmente suceda. El confidente tiene parentesco con uno de los marineros que tienen orden de hallarse dispuestos.

Las pérdidas de los enemigos son graves; hay mucho desaliento en las tropas, aunque la artillería, en especial, está en su puesto.

En la linterna han quitado varias piezas de la batería cubierta para guarnecer con ellas los fuertes.

Nos ofrecemos con respeto

P. R. A.

:X:»

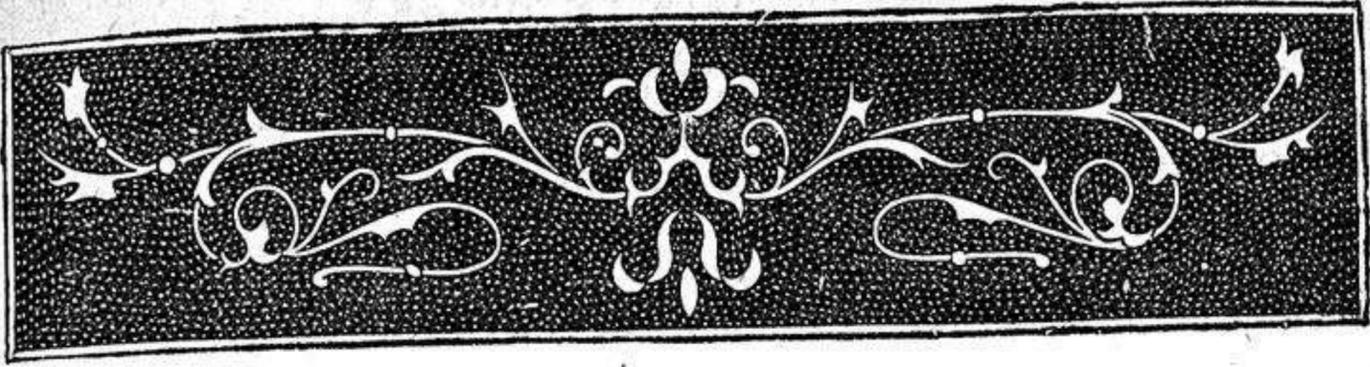
Respondo al punto dando las gracias.

De la evasión de La Moricière no me preocupo: antes que evadirse haría todo lo posible para entrar en la plaza, si estuviese fuera. Probablemente el aviso ha sido escrito por quien ignora las leyes de la guerra, sagradas para todo militar de honor, máxime cuando se trata de un soldado de la talla del General francés. Pero el informe nos sirve para hacer redoblar las vigilancias de las rondas, dado que el preparativo de la lancha podría muy bien tener por objeto algún conato de incendio contra la división, por lo cual agradecemos muchísimo el informe.

El haberse quitado los cañones de la batería cubierta del muelle es tan ventajoso para nuestro ataque por mar, que ahora no se puede ya diferir. Es en verdad grave la responsabilidad que asumo; pero me hallo obligado á tomar este partido, y no valen razones contrarias. Sin embargo, para no llevar sobre mí todo el peso, llamaré á consejo á los comandantes de la división, pues sé que lo aprobarán por unanimidad. Le ordeno, pues, á mi jefe de Estado Mayor circular los avisos para que se encuentren á tal propósito reunidos en la *Maria Adelaida* mañana temprano.

CARLOS M.^a PERIER.

(*Se continuará.*)



UN POETA ARTILLERO



UANDO aparece un libro; cuando desde el valle se columbra un poeta en las enriscadas cimas del Parnaso, lo primero que los críticos hacen es tomarle la filiación y averiguarle escuela determinada; á veces, de la región en que ha nacido, y á veces también, del autor ó autores que parece haber tomado por modelo el vate en cuestión.

Nosotros pretendemos que esto no es cierto en la mayor parte de los casos, y que tan difícil suele ser el averiguar á un escritor una escuela dada, y buscar su abolengo literario, como tratar de escudriñar el sentido oculto de *El Quijote*, en que tantos eruditos y tantos ingenios se han perdido, sin que el mundo de las letras haya pronunciado sobre el particular su última palabra.

Por eso, en sabiendo que un poeta es cordobés, ha de ser gongorino á la fuerza, y si sevillano, secuaz é imitador precisamente de Herrera y de Rioja; quitando con ello á los poetas á quien sin duda alguna quieren ensalzar, una de las cualidades que más y mejor pueden distinguirlos: la espontaneidad y la invención, no ya de la frase poética ni del metro, sino del estilo, que es suyo propio y no tomado de modelo alguno.

Y como esta doctrina, que tanto se opone á lo que está

generalmente admitido, necesita de algunos ejemplos que la corroboren, nos permitiremos preguntar á los que entre nosotros siguen el movimiento literario de nuestra Patria, á quién ha imitado Zorrilla y á qué escuela poética pertenece, si á la vallisoletana, en cuyo país nació, ó á la madrileña, que es cosmopolita, por ser el centro á que acuden, tarde ó temprano, todos los vates españoles, y que no tiene carácter señalado especialmente.

Se ha dicho, con sobrada ligereza, á nuestro modo de ver también, que Espronceda, nuestro gran poeta extremeño, no es más que un imitador de Lord Byron, y esto nos parece una muy gratuita suposición y nada más.

Pudieron convenir en algunas ideas políticas el noble aventurero inglés y el guardia de Corps español: llevar el fanatismo por la libertad, el uno, hasta combatir con los souliotas en Misoloughi, lidiando por la libertad de la Grecia; el otro, hasta ser guerrillero en el Pirineo y luchar por la libertad política de España; pero Espronceda, si gustaba de la lectura de Lord Byron, si admiraba su *Don Juan*, ni quiso ni pretendió imitarle ni en su *Estudiante de Salamanca*, ni menos todavía en el desenfado poético de que hace gala en su *Diablo-Mundo*.

Entre Góngora y el Duque de Rivas, ambos cordobeses, no hay más paridad que la de que los dos son poetas y compatriotas; ni en tiempos posteriores, y dentro de esa misma escuela, el Marqués de Cabriñana, que es cordobés y descendiente de Góngora, tiene nada absolutamente de lo que dió fisonomía propia al célebre cantor de las *Soledades*, sin que por eso deje de ser el Marqués poeta, y poeta muy estimado con justa razón.

Entre Rodrigo Caro y Herrera; entre Rioja y Arguijo; entre Reinoso y Lista, como pudiéramos seguir diciendo de los poetas sevillanos actuales, no encontramos esa igualdad de estilo; ese, digámoslo así, uniforme literario con que los revisten los críticos.

El poeta, como sea poeta, es original, es creador del pensamiento y de la tersura de la frase; es único ejemplar en su género, y las afinidades que con otros se le encuentren, no

pasan de ser una convención que los lectores se forman, sabiendo quién es y antes de conocer sus escritos.

Los buenos poetas castellanos se parecen entre sí en una sola cosa: en que escriben en castellano y vierten en nuestro hermoso idioma las galas de su ingenio.

De las prensas de Tello, en Madrid, y en este mismo año de gracia, ha salido un elegante libro, colección de poesías escritas por el Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, antiguo coronel del cuerpo de Artillería y Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Aun descartando, como el autor lo hace en la portada de su libro, casi todos sus numerosos y bien ganados títulos y condecoraciones, habrá de quedarnos siempre el bravo militar, heredero de nombres ilustres en los fastos de la Patria, y el esclarecido poeta; aspecto bajo el cual vamos á permitirnos tratar de él, con motivo de la publicación de su citado libro.

La musa del Sr. de Gabriel, puesto que hemos convenido en que todos los poetas tengan su musa, es otra, que no ninguna de las nueve hermanas, hijas de Apolo; pudiera ser la musa Belona, y para nosotros la musa del patriotismo; porque el patriotismo más puro descuella en sus mejores composiciones, y al patriotismo rinde el poeta adoración y fervoroso culto.

Como el libro de que se trata es una segunda edición, corregida y muy aumentada de la primera, que vió la luz en 1865, están separadas en él las composiciones que corresponden á una y otra época, y el autor las ha calificado además en la primera y segunda parte, en epístolas, himnos, odas y canciones, elegías, romances y sonetos.

El Sr. de Gabriel como poeta, es enérgico y conciso. Materia hay en su libro para llenar seis volúmenes, sin necesitarse más que divagar perezosamente por el campo de la descriptiva, á que tan aficionados suelen mostrarse otros muchos, no reparando que con ello deslíen el pensamiento hasta el punto de no saberse, después de algunas largas tiradas de versos, el asunto de que se va tratando.

Como consecuencia de esa concisión, está el vigor de la

frase que gana cuanto menos se la diluye en estrofas y en estancias.

Tiene algo su decir poético del brío y el arranque que siempre revistieron las alocuciones militares, destinadas á levantar el ánimo y llevar los soldados á la victoria.

La falta de inspiración, la pobreza de pensamiento, permiten y recomiendan, si se quiere, esas largas digresiones que embellecidas con la forma poética, puedan llevarnos de una á otra idea, de uno á otro toque magistral que cause efecto, como los hitos puestos á lo largo de una carretera nos indican que hemos llegado á un punto determinado de la vía que recorreremos.

Nervio es toda la poesía, todo el estro del Sr. de Gabriel, y, por lo tanto, se adapta más que á otro género alguno, á cantar nuestras glorias nacionales, con tal fervor, y con tal entusiasmo, que sus versos nos parecen una evocación de nuestros antiguos héroes, encaminada á conseguir que nuestros contemporáneos los imiten.

Es el Sr. de Gabriel, y lo diremos para el que personalmente no le conozca, de estatura elevada y simpática fisonomía, de mirada penetrante, hablar vivísimo y andar decidido. Es siempre militar, apesar de haberse retirado del servicio de las armas, y hallarse hoy convertido en Gobernador civil dignísimo.

Se comprende á primera vista que el peso de la casaca y no las solapas del frac debieran cubrir su pecho, y aun á poco esfuerzo de la imaginación, se creyera verle con la bélica coraza del siglo XVI.

Católico sin gazmoñería, caballero por su distinguida estirpe, y por sus actos, pero sin que en éstos demuestre nunca orgullo ni jactancia; noble en el pensar y en el proceder, amante de los suyos, sus poesías todas nos revelan sus inclinaciones, y nos lo dan á conocer tal cual es.

Consagrado al culto de la patria, á quien ha servido de mil modos; con las armas, con su poética inspiración, con su talento en las academias, con su concisa, pero siempre oportuna y patriótica palabra en el Congreso, con su buen juicio y su rectitud en el desempeño de altos cargos en la Ad-

ministración pública, es el Sr. de Gabriel persona que ha sabido honrar cuantos puestos ha desempeñado.

Como católico, y si bien según es natural en un militar, hombre de sociedad, conforme acertadamente dice el señor Huidobro, son contadas sus composiciones religiosas, ahí está el himno á *La Expectación de la Virgen María*, misterio que encierra el germen de nuestra redención; ahí están también los sonetos: *A la fiesta de la Eucaristía*, *Dios y el hombre*, *La Santa cruz*, y *A la Purísima Concepción, patrona de España*. Creencias, fervor, dicción correcta, nada les falta á estas bellísimas composiciones.

Como buen hijo, el lindísimo romance endecasílabo *A mi Madre*, y el magnífico soneto dedicado á la memoria de su abuelo materno, el Capitán General de la Armada D. Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito; soneto que es tal que no nos dispensamos de reproducirlo:

Cuando los aires impetuoso hendía
 El nuevo Marte en resonante carro,
 Y desde Cádiz al confín Navarro
 España en guerra asoladora ardía;
 Cuando Europa aterrada enmudecía,
 Rotas sus huestes cual de frágil barro,
 Y so la planta del Francés bizarro
 La frente, un tiempo vencedora, hundía;
 Tú, que el ejemplo de Madrid seguiste,
 Y de Lepanto el Estandarte augusto
 En la enemiga Escuadra tremolando
 Glorias á España y á tu nombre diste;
 Tú, á quien la Patria, en entusiasmo justo,
 Llevó á Londres, su honor en ti fiando,
 Y á cuyo influjo blando
 El germen de la Paz brotó fecundo,
 Tú coadyuvaste á libertar el mundo.

Como padre amoroso, nada más tierno, ni más solícito por el porvenir de sus hijos, nada al propio tiempo más elevado y filosófico que los pensamientos que encierran el ro-

mance *A mi hijo Gonzalo* y la canción *A mi hija María de los Dolores*.

Como esposo cariñoso y fiel, el soneto *A mi dulce compañera* y antes que éste la visión tenida por el poeta, que titula: *En las márgenes del Guadalquivir*, la canción *A Elisa* y la Oda: *La vuelta de Elisa*.

Como español, como guerrero, como patriota, vésele siempre buscando la inspiración en los rasgos épicos de nuestra historia, afanándose por juntar en ilustrado consorcio las armas y las letras, entidades que une el corazón del vate en ferviente culto, y por enlazar lo pasado y lo presente.

En *La Espada y la Lira*, magnífica Epístola dirigida al Marqués de Casa Arizón, trae á la memoria con erudición vastísima, y aprecia en lo que valen, á cuantos han esgrimido la espada y han pulsado al propio tiempo la lira, y al evocar á los principales, y antes de cantarlos, como magistralmente lo hace, se expresa así:

Mas ¿qué súbita luz ofusca el día?...
 ¿Es de celeste coro el lampo ardiente
 O fíngelo quizás mi fantasía?...
 ¡En nueva lumbre iflámase el Parnaso!
 ¡Allí Ercilla y Cervantes, allí Lope,
 Calderón, Garci-Lasso!...
 ¡Oh de gloria y honor Astros radiantes,
 Para cantar vuestra eternal grandeza
 No halla mi lengua términos bastantes!

Lamentándose de la separación de Portugal dice, recordando en uno de sus versos la frase de otro célebre poeta, también, como él, soldado:

¡Cuán distinta tu suerte y nuestra suerte,
 Nación cuán grande y fuerte
 En nuestros sacros lindes se alzaría,
 Si, del extremo Tajo al Pirineo,
 Tan sólo el mundo viera
 Un cetro, y un altar, y una bandera!

¡Y cuál me fuera dado
Entonces á uno y otro gran soldado
Aquí conmemorar! ¡Ah quien primero
Entre ellos, y entre todos
Los hijos de la Guerra,
De las musas al par hijos queridos,
Que el épico Camóens, cuyo acero
Brilló esplendente en la región Indiana,
Y cuya noble sangre
Antes corrió abundosa en la Africana!

En *¡Patriotismo!* Epístola no menos bella, que dirige á su ilustre amigo D. José Fernández Espino, catedrático de la Universidad de Sevilla, y en la que le encarece cuánto importa inculcar aquel sentimiento en el corazón de la juventud, hace esta exacta pintura de España en la época gloriosa de su poderío, y cuando el resto de Europa era *de lágrimas y sangre mar profundo*, como él mismo dice:

Unida en tanto España
Fuerte, feliz, potente aparecía,
Y, con gigante hazaña,
Por arrancarle un mundo, el mar rompía;
Y del poder á la eminente cumbre,
Asombro siendo á la feudal Europa,
Fraile humilde elevaba;
Y la gran Isabel, del Trono lumbre,
Leyes antes dictaba
Del indio amparo, admiración del sabio;
Y apenas puede el labio
Los triunfos numerar con que brillaba
De Fernando, de Carlos y Felipe
En la gloriosa frente,
La augusta diadema más fulgente,
De más claro renombre
Que nunca dado fué ceñir al hombre.

Y más adelante, haciendo ver que su amor á las antiguas

glorias de la patria no envuelve menosprecio de la época presente, y que es su anhelo el enlazar una y otra, exclama:

Hijo soy de mi siglo, y con ardiente
 Aplauso sus progresos y su ciencia,
 En cuanto tienen de admirable y recto,
 Saluda alborozada la voz mía;
 Pero duéleme ver cómo á porfía
 Púgnase por borrar las tradiciones,
 De los siglos que fueron la alta gloria
 Y la sabia experiencia, y enlazarlo
 Al moderno adelanto, útil contemplo.
 Sólo así las naciones
 Se engrandecen, y viven en la historia,
 Y en ella sirven de perenne ejemplo.

En *Recuerdos de Gloria* dice el poeta á un amigo, militar como él y como él poeta, animándole en su expedición á América:

Vuela, sí, vuela, de la fuerte nave
 Hienda las olas la cortante quilla,
 Lance á torrentes de su centro el humo,
 Retumbe la potente artillería,
 Y despléguese al viento en la alta popa
 La fúlgida bandera de Castilla.

Aludiendo á Hernán Cortés en esta misma composición, escribe también, entre otros, estos versos:

En la arenosa playa americana
 La voz dirige á su falanje invicta;
 Rayos lanzan sus ojos, en su mano
 La tersa espada de Toledo vibra,
 En la siniestra, abrasadora tea
 Los iberos bajeles ilumina...
 Postrémonos, Tomás, la ajena historia,
 No en sus más bellas páginas registra
 Empresa tal, que compararse pueda
 A la que al héroe hispánico sublima.

A Cervantes en Lepanto dedica unas décimas aque afirman de una vez la opinión que del Sr. Gabriel, como poeta, tenemos formada. Estro vigoroso, altitud de pensamiento, robustez en la frase:

Entre las revueltas olas
Del hondo mar de Lepanto,
Al viento el Lábaro Santo
Dan las naves españolas
Flámulas y banderolas
En topes y entenas largan,
Y al par que las velas cargan,
Enmendándose á porfía,
Retumba la artillería,
Y al turco de horror embargan.

Y más adelante se expresa de este modo:

Hora de nuevo la suerte
Del mundo torna á jugarse,
Y va la barbarie á hallarse
De España ante el muro fuerte.
Alzanse del polvo inerte
El CID, GONZALO, GUZMÁN,
Y al contemplar á don Juan
Y á aquella potente armada,
Ven su aspiración lograda;
¡Por siempre hundido el Islán!

Por siempre, sí, mientras no le falten á España dignos descendientes de aquellos guerreros, como es uno el señor de Gabriel; ni poetas que alcancen dignamente á ensalzar sus glorias, como el mismo vate cuyo precioso libro tenemos á la vista.

Antes de concluir este estudio y también antes de epilogar, permítasenos transcribir las dos primeras y las dos últimas décimas de la poesía titulada *Los verdaderos soldados*, en la que todo es doctrina, todo ordenanza, todo enaltecimiento del honor militar.

Helas aquí:

De nuestra excelsa Patrona
 Hoy es el glorioso día,
 Y de la Fe, que encendía
 Su pecho, el nuestro blasona.
 Ella, espléndida corona
 Vió su frente circundar;
 Nosotros, al invocar
 Su nombre en la lid más ruda,
 De ella esperamos ayuda
 Y otra corona alcanzar.

Corona cuyo esplendor
 Nada puede oscurecer,
 Y que no es dado obtener
 Sin virtud y sin honor.
 El sufrimiento, el valor,
 La rígida disciplina,
 Sin la cual ni se imagina
 Que existir puedan soldados,
 Son los florones preciados
 De joya tan peregrina.

.....

¡Viva España! ¡Viva el Rey!
 Es nuestro grito de guerra,
 Grito que un tiempo la tierra
 Oyó cual suprema ley.
 Ser de la española grey
 Firme, impenetrable escudo;
 Lograr que, de asombro mudo,
 El orbe en nosotros vea
 Alto esfuerzo en la pelea,
 Nunca al vencido sañado,
 Es la ardiente aspiración
 Que nuestro entusiasmo excita,
 La que conmueve y agita
 Nuestro fuerte corazón.

De esta preclara Nación,
Nuestro patrio amor quisiera
Que un día dado nos fuera
Las lindes ver dilatados,
Y morir si no abrazados
A la cruz de su bandera.

Y ahora haremos lo propio, trasladando algunas décimas de la hermosa poesía escrita con motivo de la visita hecha á Madrid por la corte de Portugal en 1883, y leída por su autor en la velada literaria que el Centro Militar Español celebró en honor de los oficiales portugueses:

Hoy de dos pueblos hermanos
Aquí sellamos la unión,
Y á impulsos del corazón,
Estréchanse nuestras manos.
Nunca destinos tiranos
Rompan tan santa alianza,
Y en Dios puesta la esperanza,
La mente en nuestros anales,
Con hazañas inmortales
Mostremos á cuánto alcanza.

¡Exígelo nuestra historia!
¡De Juanes y de Manueles,
De Fernandos é Isabeles
El siglo de eterna gloria!
¡Jamás humana memoria
Recuerda mayor alteza:
Una tras otra pröeza
Brotar do quiera contemplo,
Y de la fama en el templo
No cabe tanta grandeza!

Si la tierra se duplica,
No á extraños pueblos se debe;
Que, hallando su extensión breve,
El nuestro la multiplica.
Nación ninguna más rica

Herencia legara en don,
 Que aquella que por blasón
Leones y Quinas ostentan,
 Y á la admiración presentan
 Del mundo á Gama y Colón.

Sigue conmemorando las glorias similares que, como descubridores y conquistadores, enaltecieron tanto á los dos pueblos de nuestra península en los siglos XV y XVI; recuerda asimismo sus glorias literarias, semejantes en la misma grandiosa época, y termina encareciendo la conveniencia é importancia de la unión de ambas naciones, en esta forma:

Alcemos, pues, nuestra frente
 Con noble y gallardo brío:
 El antiguo poderío
 El pecho inflame y la mente.
 Unidos, empresa ingente
 No habrá á nosotros extraña,
 Y, al dar cima á cada hazaña,
 Grande hagamos y acatado
 De nuevo el nombre sagrado
 De Portugal y de España.

Nos hemos fijado en las composiciones que tienen un carácter eminentemente patriótico, porque ellas son y representan la fisonomía literaria del autor, su idiosincracia especial. De las setenta y ocho poesías que contiene la colección, treinta y seis están dedicadas á asuntos patrióticos, á enaltecer nuestras glorias pretéritas y presentes, á predecir y desear las venideras: casi la mitad. El resto lo componen las religiosas y las amatorias que hemos dicho; las consagradas á sublimar el arte, y las que lo están á personas de su familia, y á rendir un tributo á la amistad.

El estilo del Sr. de Gabriel está revestido con la cota de malla. Su pluma, según la feliz expresión del malogrado escritor Excmo. Sr. D. Federico Villalba, es, no de acero inglés y encerrada con otras ciento en cajas para el surtido del

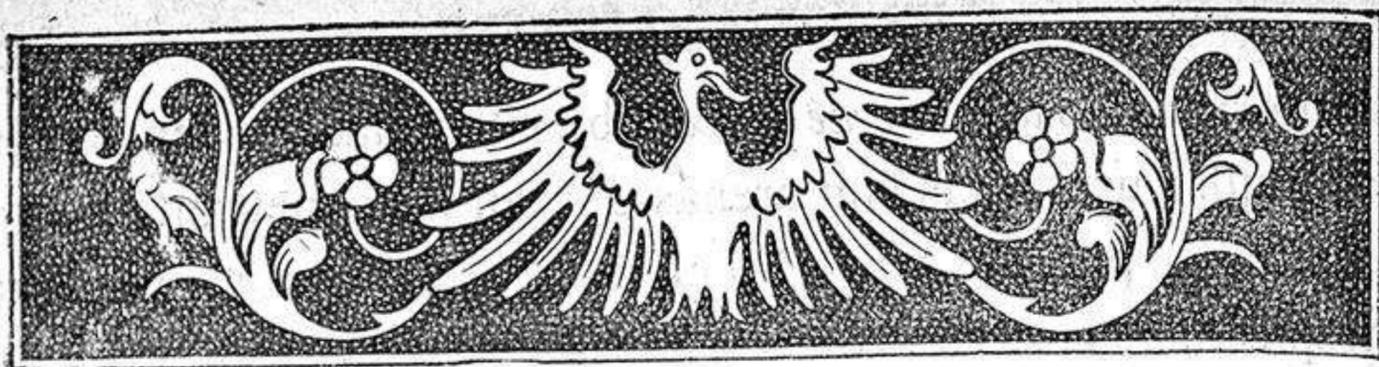
escritorio, sino *de acero de Toledo*, bien templado en las aguas del Tajo, purificadas con arenas de oro. Es penetrante como impulsada por un brazo robusto, y guiada por una vista perspicaz; es cortante como la espada de Santiago, y el arcángel San Miguel, al tratarse de los enemigos de su Dios, de su Patria, y de su Rey.

Precede á la colección de estas poesías un magnífico prólogo debido al ilustrado académico de la Sevillana de Buenas Letras, hoy por desgracia ya difunto, Sr. D. Luis Segundo Huidobro, digno marco con que la colección se exhibe, y al prólogo y la colección, una tierna, respetuosa y breve dedicatoria del autor á sus padres; terminando el libro con oportunísimas y eruditas notas que son su complemento.

Reciba el Sr. de Gabriel, no la enhorabuena, es muy poco, sino el testimonio de la admiración que, durante la detenida lectura del libro del artillero poeta, ha embargado el ánimo de éste su analizador,

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO.





TRABAJOS DE EBERMAYER

CONCLUSIÓN (1).

III.

INFLUENCIA DE LOS MONTES EN LA TEMPERATURA DEL SUELO.

DOR lo ya dicho se ve la importancia de la temperatura del suelo en la humedad del mismo; y aquí añadiremos que su acción se extiende á la vegetación, habiéndose determinado en fisiología que la regularidad de la temperatura del suelo no cede en importancia á la de la temperatura atmosférica. Esto sentado, y antes de exponer los resultados obtenidos por las observaciones, conviene advertir que la temperatura del suelo depende en su mayor parte de la intensidad y duración de los rayos solares, que lo calientan de distinto modo, según su poder absorbente, la capacidad calorífica ó calor específico, y la fuerza conductora de los rayos caloríficos. El enfriamiento del terreno se efectúa por la radiación del calor absorbido. Por la relación entre el enfriamiento y el calentamiento se expresa la temperatura, que se conserva constante, se eleva ó baja, según que aquella relación es constante,

(1) Véase la pág. 18 de este tomo.

ó que el enfriamiento es menor ó mayor que el calentamiento.

Los montes no ejercen evidentemente acción directa en la duración é intensidad de los rayos solares, porque este factor depende de la posición geográfica del sitio, de su altitud, exposición é inclinación del terreno. Lo mismo puede decirse del poder absorbente, capacidad y conductibilidad caloríficas, propiedades inherentes á la naturaleza de los terrenos. En cambio tienen grande influencia en el calentamiento, de modo indirecto, y oponen un fuerte obstáculo á la radiación, porque:

1.º Con el follaje absorben y reflejan una porción considerable de los rayos caloríficos destinados á calentar el suelo, disminuyendo así su intensidad. Esta acción varía, como es natural, con las especies leñosas que constituyen el monte, su espesura y la estación.

2.º Conservando el suelo siempre húmedo y teniendo el agua la capacidad calorífica máxima, el suelo arbolado se hace capaz de calentarse más que cualquiera otro.

3.º Como la humedad del suelo arbolado se mantiene casi constante todo el año y á distintas profundidades, la temperatura no se halla expuesta á cambios bruscos, pues la humedad, á la vez que en la atmósfera, distribuye el calor en el suelo; porque si el agua tiene el poder calorífico máximo, posee la propiedad de enfriarse más lentamente que todos los demás cuerpos.

4.º El enfriamiento del suelo arbolado disminuye también, á causa de que el follaje impide la radiación del calor.

5.º Esta acción es favorecida por el mantillo que obra como el agua, pues á una gran fuerza calorífica une un enfriamiento bastante lento, y además impide la radiación de la tierra que está debajo.

6.º Por último, la mayor humedad atmosférica del monte es un obstáculo al enfriamiento rápido.

Por la experiencia, se ha obtenido:

1.º Que en cualquier terreno, raso ó arbolado, disminuye la temperatura de arriba á abajo durante la primavera y el verano, y aumenta en el otoño é invierno.

2.º Que la temperatura es siempre menor en el monte que en el campo, y la diferencia, resultado medio de cinco observaciones (en la superficie y á profundidades de $\frac{1}{2}$, 1, 2, y 4 pies), es de 1'59 grados en la primavera; 3'22 en verano, 1'22 en otoño y solo 0'02 en invierno.

3.º Que las diferencias entre los valores máximo y mínimo de la temperatura en el terreno descubierto y en el arbolado, son:

	Máximo.	Mínimo.
En la superficie.....	5°,75	2°,08
A $\frac{1}{2}$ pie de profundidad.....	4°,72	1°,12
» 1 »	3°,53	0°,85
» 2 »	3°,79	0°,25
» 3 »	3°,25	0°,18
» 4 »	3°,07	0°,03

Los montes, por consiguiente, suavizan las temperaturas extremas del suelo, manifestándose su acción mucho más en los máximos y capas superficiales, que en los mínimos y capas profundas.

4.º Que las variaciones de la temperatura en las diversas capas del suelo arbolado son mucho menos marcadas que en el suelo descubierto, como lo demuestra el siguiente estado:

TEMPERATURA DEL SUELO.

LUGAR DE LA OBSERVACIÓN.	PRIMAVERA.		VERANO.		OTOÑO.		INVIERNO.	
	Campo.	Monte..	Campo.	Monte..	Campo.	Monte..	Campo.	Monte..
En la superficie.	7,29	5,26	15,01	11,88	7,09	6,08	1,56	1,35
A la profundidad de $\frac{1}{2}$ pie.	6,35	4,63	14,09	11,14	7,09	6,16	1,20	1,24
A la de 1 pie.	6,02	4,40	14,05	10,72	7,64	6,60	1,57	1,71
» » 2 »	5,60	4,00	13,38	9,89	8,48	7,21	2,31	2,39
» » 3 »	5,03	3,66	12,46	9,23	8,91	7,45	2,89	2,85
» » 4 »	4,77	3,58	11,70	8,53	9,22	7,63	3,41	3,30
<i>Temperatura media.</i>	5,84	4,25	13,45	10,23	8,07	6,85	2,16	2,14
<i>Diferencia.</i>	1,59		3,22		1,22		0,02	

Este cuadro confirma lo anteriormente expuesto y manifiesta además que la influencia de los montes en la temperatura es máxima en el verano, y, por consiguiente, en los países cálidos; nula ó muy pequeña en los meses fríos. Puede también explicarse esto porque durante el invierno los montes de especies caducas, hallándose desprovistos de hojas, hay poca diferencia entre el suelo arbolado y el descubierto, y en los de hojas persistentes, la menor radiación nocturna equilibra casi la disminución en el calentamiento diurno.

IV.

INFLUENCIA DE LOS MONTES EN LA TEMPERATURA DE LA ATMÓSFERA.

La temperatura de la atmósfera depende de la relación entre el calentamiento y el enfriamiento, y por consecuencia de la intensidad y duración de los rayos solares, de la temperatura del suelo con el cual está en contacto y de la intensidad y duración de la radiación nocturna. Respecto á la temperatura del suelo, hemos visto que es menor en el monte, principalmente en verano, en que la diferencia pasa de 3° c.; por otra parte, el suelo arbolado, sobre todo si tiene mantillo, absorbe mucho calor, y se enfría lentamente. Los montes se comprende que influyan en el calentamiento producido por los rayos solares, y en el enfriamiento por la radiación nocturna, á causa de las copas de los árboles. De aquí se concluye que la temperatura del aire en los montes es distinta de la del aire en campo libre. Con efecto, las experiencias efectuadas han conducido á los resultados siguientes:

- 1.° Que la temperatura media anual en el monte es menor en 10 por 100 que la del campo libre.
- 2.° Que es menor durante el día y mayor por la noche.
- 3.° Que no son constantes las diferencias en las diversas estaciones, á saber:

	De día.	De noche.
En primavera	— 1°,02	+ 0°,42
En verano	— 1°,68	+ 1°,52
En otoño	— 0°,45	+ 1°,91
En invierno	» »	+ 0°,94

4.º Que en los meses de más calor (junio y julio), la temperatura diurna en el monte es menor en tres grados y aun más; en los inviernos muy fríos la temperatura por la noche es mayor en algunos grados que al aire libre.

Para darse una explicación de esta diferencia de temperatura entre el monte y el campo libre en las distintas estaciones y en las horas del día y de la noche, es preciso acudir á la relación antes indicada entre el calentamiento y la radiación. En los meses de verano alcanza el calentamiento su intensidad y duración máximas, siendo la radiación la mínima; durante el invierno ocurre lo contrario. En otoño y primavera la insolación dura casi lo mismo que el enfriamiento, si bien varía su intensidad, porque el calentamiento durante la primavera es, por término medio, mayor que en otoño, mientras que en esta estación es mas intenso el enfriamiento, como lo demuestran las frecuentes escarchas otoñales.

Por lo tanto, en verano y primavera será de más efecto el disminuir la intensidad de los rayos solares; en otoño y en invierno será más sensible la disminución de la radiación; claro está que en proporciones diversas, según las estaciones. Ahora bien; los montes con las copas de sus árboles y el mantillo, tienden á modificar la relación entre el calentamiento y el enfriamiento en las diferentes estaciones.

Efectivamente, en los meses calurosos sobrepuja, como hemos dicho, la insolación al enfriamiento; pero los montes con su follaje impiden una y otro; por consiguiente, su acción debe ser más sensible por el día que por la noche. En el invierno, en que predomina la radiación, los montes de especies de hojas caducas no podrían influir en la temperatura si no fuera porque la capa de mantillo, radiando calor, impide

el enfriamiento excesivo. De día no se puede manifestar ninguna influencia sensible. En los montes de especies de hojas persistentes, la temperatura del día es casi siempre algo más baja que en campo raso, á menos que no reine un viento frío que, no penetrando en el interior del monte, no hace descender su temperatura como al exterior.

Durante la estación otoñal, las plantas han perdido casi todo el follaje, por lo que contribuyen poco á impedir el calentamiento; pero en cambio moderan bastante el enfriamiento á causa de la elevada temperatura que desde el verano tiene el suelo. En la primavera ocurre lo contrario, porque las plantas se han revestido casi por completo de hojas que impiden el acceso de los rayos solares.

La temperatura del aire en el monte varía no sólo con las estaciones y horas del día y de la noche, sino también con las diversas alturas sobre el suelo. Los resultados expuestos se refieren á la altura de cinco pies sobre el suelo, pues al nivel de las copas de los árboles la temperatura media anual es mayor en cerca de $0^{\circ},50$ R.; y de experiencias hechas á otras alturas se puede concluir que, en el monte, la temperatura del aire crece de abajo á arriba, manteniéndose siempre inferior á la del aire libre.

Veamos ahora cómo estas diferencias de temperatura del monte pueden influir en la del aire cercano. Como por el día el aire está en el monte más fresco y húmedo, por la conocida ley de expansión de los gases, saldrá del monte, elevándose, el aire más caliente y seco del campo, que poniéndose en contacto con las copas arbóreas, más frías especialmente por la gran exhalación de agua de las hojas, se condensará y precipitará en el monte.

Este fenómeno se reproduce sin cesar, porque del monte sale continuamente aire frío, y se establecen así dos corrientes aéreas; una de aire caliente del campo al monte, y otra de aire frío del monte al campo. Por la noche se invierten dichas corrientes: como el aire del monte es entonces más caliente, se elevará, siendo reemplazado por el más frío del campo; pero al llegar á las copas de los árboles, como éstas se hallan más frías á causa de la radiación, se en-

friará y precipitará sobre el campo. Estas corrientes duran mientras hay diferencia de temperatura entre el monte y el campo, y no se opone á su paso ningún obstáculo material. De ahí que alcancen su mayor fuerza en los días y climas calurosos; sean nulas ó casi nulas en el invierno y comarcas frías, y no puedan tener efecto en los sitios donde, por la forma del terreno, no es libre la circulación del aire. De ahí también que en estos sitios sean muy frecuentes las escarchas y las heladas, porque se reúne mucha humedad.

Demostrada la existencia de dichas corrientes, no cabe poner en duda que los montes tienen la virtud de templar el clima de los sitios inmediatos, á lo menos en los días más calurosos de verano y en los más crudos de invierno: cuál sea la intensidad de esta acción y hasta qué distancia de los montes se hace sensible, no se ha comprobado todavía. Por eso sería muy útil que se estableciesen observatorios meteorológicos de dos clases: *paralelos* y *radiales*. En los primeros se reunirían los elementos necesarios para comparar las condiciones climatológicas de los sitios arbolados y de los desprovistos de vegetación, á la conveniente distancia de los montes para que no se hallasen influídos por éstos y poder sacar consecuencias respecto á la temperatura, humedad de los montes, cantidad de lluvia que en ellos cae, etc. Los observatorios de la segunda clase tendrían por objeto determinar la existencia, intensidad y distancia á que llega la acción de los montes sobre el clima de las regiones próximas, por medio de las corrientes aéreas, y en su consecuencia, estudiar la dirección de las mismas y su composición antes de penetrar en el monte y á su salida del mismo.

V.

CONSTITUCIÓN DEL AIRE ATMOSFÉRICO.

Los principales componentes del aire atmosférico son, como se sabe, el oxígeno, el ázoe y el ácido carbónico, á los que en proporciones muy variables se unen otras sustancias,

por ejemplo, el amoniaco, carburos de hidrógeno, etc. Considerada teóricamente, no es fácil determinar cuál es la influencia de los montes en las cantidades de oxígeno y ácido carbónico. Las plantas respiran como los animales, absorbiendo oxígeno y desprendiendo ácido carbónico; por otra parte, durante el día y bajo la acción de la luz, poseen la facultad de descomponer el ácido carbónico, fijando el carbono y dejando en libertad el oxígeno: de suerte que por la respiración disminuyen el oxígeno de la atmósfera y por la nutrición lo aumentan. Pero como el oxígeno consumido es en menor cantidad que el desprendido, resulta que los montes tienen la virtud de purificar la atmósfera del exceso de ácido carbónico, que se produce continuamente por la combustión y por desprendimientos del interior de la tierra, y de enriquecerla de oxígeno que, combinándose con las sustancias miasmáticas, las hace inofensivas. Es indudable que si pudiera aislarse una porción de territorio de manera que no circulase el aire, y se destruyesen todas las plantas en él contenidas, la vida orgánica concluiría por falta de oxígeno y sobra de ácido carbónico. Esta no es más que una hipótesis, pues que en realidad por las corrientes atmosféricas y las leyes de difusión de los gases, no puede producirse ese desequilibrio en la composición de la atmósfera mientras en la superficie de la tierra haya suficiente número de vegetales. Mas tan benéfica influencia de los montes es poco apreciada, aunque nadie niegue que el aire de los montes y sitios cercanos es más puro que el que circula por las poblaciones; porque los montes destruyen los miasmas con su producción de oxígeno, y en gran parte también los absorben por las raíces para nutrirse.

Mayor importancia se ha concedido á los montes en la producción del ozono de la atmósfera. Este es oxígeno condensado, que pesa vez y media más que el aire y tiene sus mismas propiedades, aunque en grado más intenso; de modo que se combina á la temperatura ordinaria con la mayor parte de los cuerpos oxidables, inorgánicos y orgánicos. Por tal motivo es un desinfectante por excelencia, y mezclado con el aire en justa proporción, favorece la respiración. El ozono se

halla esparcido en la atmósfera y se produce por la acción de la electricidad, por la evaporación del agua bajo la acción de los rayos solares, y según las investigaciones del profesor Mantegazza, por la evaporación de algunos aceites etéreos, menta, trementina, etc. Era, por lo tanto, natural atribuir también á los montes influencia en la producción del ozono, por la evaporación del agua de las hojas, la volatilización de los aceites de trementina, enebro, etc., hasta que se descubrió el medio de medirlo. Inmergiendo una tira de papel con almidón en una solución de yoduro potásico, y exponiéndola á la acción del ozono, éste, mientras aquélla está húmeda, la colorea de azul, oxidando el potasio y dejando en libertad el yodo, que da aquel tinte al almidón. Y por la mayor ó menor intensidad del tinte azul se aprecia la mayor ó menor cantidad de ozono. Valiéndose de este medio para hacer experiencias en el aire de los montes, se ha obtenido:

1.º Que en el interior de un monte espeso hay poquísimos ozono; algo más en los de especies resinosas. Se atribuye esto á la falta de luz y al mantillo que absorbe el ozono tan pronto como se produce.

2.º Que al rededor de las copas es mayor la cantidad de ozono, aunque escasa; en el verano menos todavía; por ello es probable que las plantas lo reabsorban nuevamente para la respiración. Resulta, además, que se necesita cierta humedad para la formación del ozono, porque su máximo lo alcanza en invierno y el mínimo en verano.

R. ALVAREZ SEREIX.





CURIOSIDADES NATURALES

y

CARÁCTER SOCIAL

DE LOS ESTADOS UNIDOS (I)

V.

EL FERROCARRIL DEL PACÍFICO DESDE OMAHA Á ODGEN.

1. Travesía desde Bowlinggreen á Saint Louis. Los profesores Gray y Edison y el teléfono. Llegada á Council, Bluffis y Omaha.—2. Los antiguos viajeros del *Far West*. Entrada en las praderas. Los indios.—3. Las colinas negras. El *Paso de Erwans*. El puente cubierto del *Dale*. El *Sendero español*. La divisoria de los dos Oceanos.—4. El río *Green* y el *Pilot Butte*. *Pulpit Rock* y *Echo Cañon*. La roca de las *Brujas* y el *Resbaladero* y *Puerta del Diablo*. Llegada á Odgen.

1. Estábamos todos acomodados de nuevo en los elegantes sillones de un *Palace Car*. El flamante bando veraniego (se me resiste dar el pase al vocablo *tourista*, tan aceptado hoy por los que se apasionan de los galicismos) había acordado, por unanimidad de votos, dirigirse al Oeste en demanda, como suelen decir los marinos, de la Sierra Nevada,

(I) Véase la pág. 47 de este tomo.

siguiendo después el Nordeste hasta el Iellowstone, y continuando luego hacia Levante en busca de los grandes lagos y el río San Lorenzo. En virtud de este acuerdo estudiamos nuestro itinerario para llegar lo antes posible á los sitios que debíamos visitar en el Estado de California.

En este solo viaje debíamos emplear, sin hacer parada alguna, unos cinco días en ferrocarril, sin contar las jornadas que en diligencia y á caballo emplearíamos luego para recorrer detenidamente los lugares que nos proponíamos visitar. La empresa era á la verdad poco halagüeña por las molestias que nos aguardaban; pero el entusiasmo se sobrepuso á todo, y nadie pensaba más que en los goces con que brindaba á los sentidos y á la imaginación la naturaleza de los territorios á donde nos encaminábamos. Así es que apenas echó á andar el tren, brilló en todos los semblantes la alegría. Comenzaron su armoniosa charla Misses Fanny y Nelly, volviendo á su acostumbrado refrigerio de bananas, naranjas y uvas; hicieron coro sus jóvenes acompañantes, y el mismo Mr. Steward dejó por un instante sus cálculos matemáticos para tomar parte en la conversación.

Desandando la distancia que ya habíamos recorrido al encaminarnos á las cavernas, llegamos pronto á Louisville, y tomando desde allí una de las travesías ó ramales más directos, cruzamos de nuevo el Ohío y llegamos en diez horas á Saint Louis, la gran ciudad del Missouri, habiendo recorrido, en su consecuencia, una distancia de 500 kilómetros próximamente, á contar desde la ciudad de Louisville ya citada. Comenzábamos, por lo tanto, no á viajar, sino á *vivir* en ferrocarril. Más de cuarenta vapores y una infinidad de embarcaciones de remos se veían junto al gran muelle que Saint Louis tiene en el Mississippí, río holgadamente navegable hasta Nueva Orleans y también por sus grandes arterias del Missouri, Illinois, Wisconsin y Ohío. Un ferrocarril pone además en comunicación directa esta ciudad con la de Chicago, emporio del comercio de toda la región de los grandes lagos, de manera que Saint Louis viene á ser el centro comercial de toda la nación, dada su comunicación fluvial con los Estados del golfo de Méjico.

Los periódicos que en casi todas las manos de los pasajeros se veían trataban extensamente todavía del maravilloso invento del profesor *Elisha Gray*, que traía alborotados los ánimos de los *yankees* y había logrado fijar la atención de los sabios europeos. Me refiero al *teléfono*, hoy ya conocido de los más indoctos y sujeto á vastas aplicaciones de utilidad general. Se insertaban por entonces largos artículos de polémica en los que se disputaba la prioridad del invento, pretendiendo decidir á alguno la cuestión á favor del célebre Edison, que trabajaba también, con su actividad sobrenatural, en aquel ramo de la física. Cualquiera que haya sido el primero en dar forma práctica á este rápido medio de trasmisión de los sonidos, es lo cierto que los norte-americanos, conservando la tradición que comenzara con Franklin, han sido siempre los que más han adelantado en las investigaciones sobre electricidad y telegrafía, contribuyendo poderosamente con ello al progreso de las naciones todas.

Por mi parte recordaré siempre con júbilo y orgullo la fecha del 18 de abril de 1877, en cuyo día, ante un numeroso público reunido en la Academia de Música de Filadelfia, se dió el *primer concierto telefónico* del mundo, reproduciéndose con toda perfección en aquella vasta sala, las piezas que ejecutaba en Nueva York, á la distancia de 144 kilómetros, el diestro pianista Mr. F. Boscovitz. Así que se oyeron la primeras notas de la popular canción *Home, sweet, home*, con que dió principio la velada, frenéticos aplausos resonaron por todos los ámbitos de la estancia, justo tributo de admiración rendido al legítimo triunfo que en aquel momento alcanzaba el estudio y la ciencia.

Las piezas que el teléfono reprodujo, con sujeción al programa de antemano anunciado, fueron las siguientes (1):

1.º—«*Home, sweet, home.*»

2.º—«*Then you'll remember me.*»

Bohemian Girl.

(1) Conservo entre mis papeles con verdadero cariño este curiosísimo impreso.

3.º—«*Last rose of summer.*»

4.º—«*National Airs.*»

Felicité á mis compañeros de viaje por los triunfos de sus compatriotas, de los cuales estaban justamente envanecidos, y después de un corto refrigerio nos dispusimos á pasar la noche del mejor modo posible, en el *Sleeping Car*. Como en otra parte he dicho ya algo de estos carruajes y también de los que sirven de comedor, pasaré por alto en lo sucesivo todo lo que á esto se refiera, por no ofrecer ningún interés especial, indicada, como queda ya, la disposición y uso de estos vehículos.

Tomamos en Saint Louis el ramal trasversal que cruzando diagonalmente la parte Norte del Estado del Missouri se dirige por Méjico á Saint Joseph, y desde aquí sube por la orilla izquierda del aquel río hasta Council Bluffs, punto de enlace con la línea general del Pacífico. Unos treinta kilómetros antes de llegar á Council Bluffs, recibe el Missouri por la derecha en el pueblo de Plattsmouth las aguas del Platte, que vienen del Oeste. Las dos márgenes de aquel río son muy pintorescas y el territorio que se atraviesa ofrece á la vista un gran número de praderas niveladas, granjas y algunas masas de árboles de oscuros tonos.

Recorrimos los seiscientos cuarenta kilómetros que con corta diferencia hay de Saint Louis á Council Bluffs, en poco más de trece horas, de modo que al llegar al empalme de la línea del Pacífico, llevábamos ya veintiseis horas de viaje.

2. En Council Bluffs se cruza de nuevo el Missouri—de menor caudal aquí que en Saint Louis, donde lleva ya éste en su seno las aguas del Platte y del Kansas,—y se halla al otro lado la ciudad de Omaha, cabeza de la sección central del ferrocarril de Chicago á San Francisco, y punto el más avanzado al Este de la región de las grandes praderas y desiertos del territorio norte-americano. Antes de terminarse aquella gran vía férrea, los viajeros que de la parte del Atlántico se dirigían á los Estados de la costa del Pacífico—al *Far West* (al extremo Poniente) como dicen aun los *yankees*—tomaban aquí la diligencia de la famosa empresa de Wells y Fargo,

y comenzaban una serie de aventuras, que muchas veces terminaban en sangrientos sucesos antes de llegar á California. Los caminos eran malos, las hospederías peores y el paso de las Montañas Pedregosas expuesto á mil peligros en el invierno por la gran cantidad de nieves y por los huracanes. Sucedió además—y esto era bastante frecuente—que en mitad del desierto aparecía de pronto una partida de pieles rojas que asaltaba el vehículo y acababa con todos los viajeros si no iban bien preparados para la defensa, ó no podían resistir el número de los que los atacaban. Estos combates estaban revestidos de la mayor ferocidad, porque en la lucha que se entablaba, si no retrocedían acobardados los indios, no había más remedio que matar ó morir. Por esto, todos los que al *Far West* se dirigían, se armaban de sus correspondientes pistolas, cuchillos y rifles, pareciendo más bien banda de fuerza pública en campaña, que pacíficos *pionners*. Parece mentira que con semejantes dificultades y peligros se haya extendido la colonización por el Oeste de los Estados Unidos, y no es de extrañar, por lo tanto, que por medio de tan temerario procedimiento hayan conseguido los *colonos* ir acorralando las tribus indias, ocupando las regiones más fértiles del territorio. El *yankee* no se intimida ni retrocede jamás, donde quiera que hay lucro y trabajo útil á que dedicar su actividad. El *Far West* está sembrado de cadáveres de aquellos intrépidos *pionners*, como lo están los derroteros del desierto de Sahara con los de las caravanas sepultadas por las arenas arremolinadas por el Simoun. A cada desastre, á cada hecatombe, respondían entonces los que venían detrás, con su valiente *Go ahead*, adelante, y adelante marchaban conquistando palmo á palmo el terreno á los elementos, á las fieras y á los sanguinarios indios. Hay en todo esto asunto bastante para escribir una epopeya, por más que la mayor parte de aquellos héroes del trabajo haya sucumbido sin dejar en pos de sí ni un nombre que glorificar, ni una crónica que leer. Solo sus obras, la gran obra de la colonización, es el hecho permanente que pasará á la posteridad celebrado por la historia.

Nosotros no íbamos á correr los peligros de los antiguos

colonos, y aun cuando es cierto que en los primeros años, los indios se atrevieron también á asaltar los trenes, como lo hacían antes con las diligencias de Wells y Fargo, hoy ya, por los escarmientos que han sufrido, la seguridad es completa; constando las estaciones, además de los pueblos habitados donde los hay, de un puesto militar, de un depósito de agua para las locomotoras, de un telégrafo, de un almacén y de una casa para los empleados. En las estaciones de primer orden se encuentran, además, buenos hoteles para los viajeros. Ibamos, por lo tanto, á recorrer el *Far West* en las mejores condiciones posibles.

A las doce y quince minutos de la tarde tomamos en Omaha el tren *expres* de San Francisco. Debo decir aquí, que este tren, el más veloz que recorre la línea, no anda más que unos 31 ó 32 kilómetros por hora, lentitud no acostumbrada en todas las líneas del Este, y que se explica aquí, por los pasos difíciles, las grandes pendientes, y otros obstáculos que entorpecen la marcha, á causa de las condiciones especiales de los territorios que se atraviesan.

Sigue la línea la margen izquierda del Platte hasta la estación de North Platte City, un poco más allá del fuerte Mc Pherson, á cuyo punto llegamos á las dos de la madrugada. Desde aquí, y siempre subiendo, toma por entre los dos brazos en que el Platte se divide, para cruzar mucho más adelante, en Fort Steele, el ramal del Norte, que es el de más largo curso y mayor caudal de aguas. Entrábamos ya de lleno en las extensas y desarboladas llanuras ó praderas, cubiertas de altas gramíneas y otros suculentos pastos que visitan con mucha frecuencia los bisontes (erróneamente llamados búfalos por los norte-americanos), los alces, gamos, y diversas castas de caza menor de pelo y pluma, tales como las perdices americanas de moño negro, las grises y las corpulentas liebres de orejas descomunales, á cuya singularidad deben el nombre de *jack-ass* (liebre de oreja de asno), con que las designan las gentes del país.

Ya estaba el sol sobre el horizonte, cuando pasamos por la pequeña estación de Ogalallo, así llamada por la tribu india de este nombre, que habitaba este lugar. Los Paunies, de los

que fué jefe el renombrado Pedro Cherre, vagan aún por los terrenos que para su uso les ha reservado el Gobierno federal en las cercanías de *Columbus*, por cuya estación se pasa á las cuatro horas de salir de Omaha, y que, por lo tanto, habíamos dejado ya muy atrás.

En las paradas y en diferentes puntos del camino, veíamos acá y allá grupos de salvajes, á quienes ahuyenta la civilización, pero que no se desdeñan de tratar con los blancos—las *caras pálidas*, como ellos dicen,—cuando tienen pactada con ellos la paz. Su aspecto es miserable, y al verlos mendigar alrededor de los viajeros, más que temor, provocan un sentimiento de lástima y repugnancia, demostrando cuán á su gusto se despachó la deleitosa musa de Chateaubriand al describir la noble figura de Chactas y las altas prendas del pueblo de los Natchez. Los indios que se ven hoy por las praderas y las montañas del Oeste, más que héroes de rústica belleza, parecen bohemios demacrados, embrutecidos por la miseria y las penalidades. Vístense de harapos, en su mayor parte; los más cubren sus carnes con toscos zajones ó altas polainas de piel de bisonte, y se abrigan el cuerpo con una grosera manta de lana, sucia y asquerosa. Se adornan con collares de cuentas de vidrio, y los jefes añaden á su tocado plumas de águila ó gallo silvestre, si es que no llevan otros adornos más extravagantes y ruines. Las mujeres y los niños andan peor vestidos, y todos ellos se refugian en *wigwams*, ó sea chozas de ramas, cuando no usan cabañas cónicas de piel de bisonte, abiertas ligeramente por arriba para dar salida al humo. Comen lo que pueden y cuando pueden, siendo su alimento ordinario las frutas silvestres, algunas raíces, y sobre todo la carne de las reses salvajes que cazan con singular destreza por medio de flechas. Armados con el arco, á la espalda el carcax, y montando sus nérvudos caballos, hacen grandes correrías persiguiendo á los bisontes, alces, gamos y demás caza mayor, cuya carne ahuman para satisfacer el hambre cuando la caza les falta. Su largo cabello negro, partido por mitad de la cabeza y recogido á cada lado en trenza, y la grosera pintura roja del rostro, pecho y manos, con que se embadurnan, les da un aspecto muy re-

pugnante. El Gobierno de los Estados Unidos ha hecho y hace muchos esfuerzos para atraerlos á las pacíficas y provechosas costumbres propias de la civilización. Reparte alimentos y útiles de trabajo entre varias tribus, y sostiene muchas escuelas para educarlos, pero los *pieles rojas* son refractarios á estos procedimientos, y los adelantos que por este medio se hacen son muy escasos. El indio no estima ni busca el trabajo. Considera la labor de la tierra como faena degradante, y no ama más que la libertad de sus correrías, esclavizando á la mujer, sobre la cual hace caer todas las faenas mecánicas, por pesadas que sean. Con capa de altanera dignidad trata de encubrir los vicios del despotismo, la holganza y las malas pasiones que le caracterizan, defecto común á todos los pueblos salvajes, y á los orientales sujetos al islamismo. No es de extrañar, por lo tanto, que puestos enfrente de una población numerosa, inteligente y trabajadora, como lo es la de los Estados Unidos, vayan ellos perdiendo terreno, desapareciendo poco á poco ante las invasiones de los colonos, que no pueden ver con calma la improductibilidad de los fértiles terrenos que aquéllos ocupan. En esto se cumple una ley fatal marcada por el triunfo de la civilización contra la barbarie, y no hay razón por ello de hacer un cargo á los norte-americanos, cuando en ocasiones semejantes han hecho lo mismo las demás naciones colonizadoras. Digan si no los filántropos del salvajismo á dónde han ido á parar los indios de nuestras Antillas y los que poblaban en la época del descubrimiento del nuevo Continente las comarcas más fértiles y ricas de Méjico y toda la América del Sur, amparados como estuvieron por aquellas *sabias y piadosas leyes de Indias*, inspiradas en el noble fin de proteger al indígena contra los abusos y opresiones de sus nuevos señores. Fácil es censurar; no lo es tanto reconocer los defectos propios, al fijar la atención en los ajenos.

Pero este asunto no es para tratado de ligero y valdrá más que engolfarse en arduas cuestiones proseguir nuestro viaje por las praderas, que harto terreno hay que recorrer aún para llegar á su término.

3. Decíamos que el camino continúa su dirección ascen-

dente por la cuenca del Platte. Las pendientes son desde aquí de cada vez más fuertes; pero el terreno presenta el mismo monótono aspecto, sin que interrumpa la uniformidad de los altos pastos que lo cubren, más que tal cual espesillo de álamos (el americano y el temblón), algún sauce y espadañas en el fondo y en los remansos de los casi secos arroyuelos que quiebran la planicie general con sus tortuosas líneas.

Nos íbamos acercando al límite occidental del Estado de Nebraska, por cuyo terreno marcha la vía, hasta penetrar en el territorio colindante de Wyoming, cuyo límite pasa entre las estaciones de Bushnell y Pine Bluffs, á cuyo punto llegamos á las once del día. Poco á poco el terreno se va accidentando, rómpese la regularidad de la superficie y aparecen ya á la vista las estribaciones de las colinas Negras (*Black Hills*) que arrancan de las Montañas Pedregosas. Las cumbres ostentaban sus pelados remates de rocas agrietadas, pero en los repliegues se veían ya algunas masas confusas de pinos y cedros, castigados por los vientos y deformados por el peso de las nieves.

En Cheyenne City, á donde llegamos á la una y cuarenta minutos de la tarde, empalma la línea férrea, que dirigiéndose al Sur, conduce á Denver, la ciudad más populosa del Estado de Colorado, célebre por sus ricas minas de oro y plata.

Á las tres y cincuenta minutos de la tarde pasamos por el punto más elevado de toda la línea desde el Atlántico al Pacífico, el Paso de Ewans, que está casi tocando á la estación de Sherman. Su altura sobre el nivel del mar es de 2.504 metros, es decir, 100 metros más que la cumbre del cerro de Peñalara, en la cordillera del Guadarrama, donde se conserva todo el año la nieve, como pueden ver á todas horas los habitantes de Madrid. Es por lo tanto esta vía férrea la que pasa por mayor altura de todas las construídas en el globo. Los túneles son cortos y escasos. La mayor parte del trayecto va al aire libre, resguardándose la vía de las acumulaciones de las nieves, muy abundantes allí, por medio de altas empalizadas y cubiertas de madera de mucha solidez y coste. Este sistema está muy en uso en los ferrocarriles norte-americanos, y el viajero tiene ocasión de verlo practicado de nuevo en el trayecto que vengo

describiendo, en diferentes puntos de las Montañas Pedregosas, que más adelante se atraviesan.

Apenas cruza el tren por Sherman cuando entra majestuoso é imponente por el atrevido puente cubierto del arroyo Dale, que tiene 200 metros de largo y 40 de alto. Los extremos de las soleras están arriostrados por entrambos lados del tablero, por medio de fuertes vientos de alambre, sujetos á las rocas que cubren entrambas orillas de aquel pintoresco curso de agua.

Pasamos en seguida por el pueblo de Laramie, bastante distante del famoso fuerte de este nombre, que se encuentra más al Norte. Se ve aún allí el camino que, abierto únicamente por el tránsito de los primeros exploradores de aquellas inhospitalarias regiones, seguían los aventureros españoles para pasar desde California al interior. Sentí yo cierta especie de orgullo, al pensar, cómo por ignorados designios de la suerte, fueron compatriotas nuestros los que por primera vez cruzaron aquellos desiertos, que sembraron con sus cadáveres, dejando con ellos implantados los jalones del derrotero que más adelante habían de seguir los *pionners* norte-americanos para explotar y utilizar en su único provecho los grandes tesoros agrícolas y minerales que encierra el suelo de California y Nevada.

—«¡*The Spanish trail!* (El sendero español)—dijeron á coro mis compañeros de viaje, señalándome aquella pedregosa y polvorienta trocha, que iluminaba con sus blancos resplandores la hermosa faz de la luna.

—Testimonio irrecusable—contesté yo—del valor y el arrojo de mis antepasados.—Y volví de nuevo á la contemplación de aquel plateado surco que se abría paso entre los arbustos y matojos, despertando en mi cerebro una multitud de tristes pensamientos.

Ibamos penetrando en las llanuras esteparias, contiguas á Laramie; atravesamos de nuevo el brazo septentrional del río Platte, junto á la estación de Fort-Steele, y aun no corrida una hora del tercer día de nuestro viaje, dimos vista al humilde paradero *Separation*, en cuyo punto cruza la línea la gran divisoria de las Montañas Pedregosas, *Continental Backbone*.

que equivale á decir, la *espiná dorsal del Continente*, acomodándonos al lenguaje norte americano. En efecto, en aquel sitio, que por su aparente insignificancia pasa desapercibido al viajero poco inquiridor, se dividen las aguas que van por el Este al Golfo de Méjico por las cuencas del Platte, Missouri y Mississippí; por el Sur, al Golfo de California, por las *madres* del Green y Colorado; y por el Noroeste á la costa más septentrional del Pacífico, por los alveos del Snake y Columbia. El paso tiene lugar á una altura de 2.140 metros sobre el nivel del mar, poco menor, por lo tanto, que la que tienen las ríscosas cumbres de Siete-Picos (2.203 metros) de nuestra cordillera del Guadarrama. Así y todo, aquellos sitios son muy bajos con relación á otros de las Montañas Pedregosas, en las que se encuentran picachos y agujas que se levantan hasta 4.360 metros sobre el nivel de las aguas del Océano.

4. Siete horas tardamos en llegar al puente sobre el *Green*, que puede considerarse como el origen de la gran corriente fluvial que con el nombre de Colorado desemboca en el golfo de California. En este punto se destaca sobre la derecha del camino á corta distancia del mismo y en medio de muchos peñascos sueltos, el *Pilot-Butte*, enorme roca prismática de colosal altura, que domina todo el territorio adyacente y que parece como un hito ó piedra miliaria gigantesca colocada allí por las manos de los titanes. Vista su oscura masa á la luz del crepúsculo, produce una impresión difícil de borrar.

Se franquea más adelante el límite del territorio de Wyoming penetrando en el de Utah, por la jurisdicción de las minas de carbón de piedra de Coalville. Durante este trayecto se cruzan varios riachuelos que son absorbidos por algunos lagos interiores formados por las depresiones naturales del terreno, y se divisan por un lado diversos cuetos redondeados de conglomerados, gleras y cantos rodadizos, así como por el contrario se pierde la vista en las vastas extensiones de eriales esteparios que caracterizan esta original región del continente americano.

Iba avanzando el día y ya eran más de las tres y media de la tarde cuando pasamos por la abrupta cadena ó sierra de Wahsatch, de la cual se separa por una especie de ancho go-

llizo un enorme promontorio irregularmente desgastado por las aguas, cuya forma se asemeja un tanto á un hongo colossal. Los hilos del telégrafo cruzan por este estrecho y vienen á enrasar con la informe masa pedregosa conocida por los viajeros con el nombre de *Pulpit Rock* (Roca del Púlpito). Señala este raro y enorme peñasco la entrada de una profunda garganta ú *hoz* (los norte-americanos, conservando el nombre antiguo español, llaman á estas angosturas *Cañones*), por donde corre el río Weber, y en la cual existe un eco natural de gran resonancia, que ha dado lugar al nombre de *Echo Cañon*, con que se designa este paso.

Los accidentes más caprichosos en la forma de las rocas se presentan desde aquí hasta Uintah, con una frecuencia extraordinaria. A la Roca del Púlpito siguen inmediatamente por la derecha las *Wicht Rocks* (las Rocas de las Brujas), y un poco más allá, sobre la mano izquierda, se destaca el pavoroso despeñadero de *Devil's Slide* (Resbaladero del Diablo), cuyo fondo no puede mirarse sin sentir cierto estremecimiento de terror.

Cuando creía ya que esta sucesión de precipicios y rocas gigantes había terminado, descubrí de repente, entre las estaciones de Weber y Uintah, la asombrosa cortadura de *Devil's Gate* (Puerta del Diablo), en la garganta ó *Cañón* de este nombre. La enorme altura del tajo, la irregularidad de la forma de los escarpes y la aspereza de las cumbres, recuerdan inmediatamente el *tajo de los Gaitanes*, en la línea férrea española de Córdoba á Málaga, la profunda y recortada *hoz del río Huécar* en Cuenca y los abultados y altos peñones de los *Mallos* de Riglos, por donde pasa el río Gállego en la provincia de Huesca; sólo que el *Devil's Gate* supera á todas estas gargantas y cortaduras, en dimensiones, rusticidad, tonos y perspectiva. Es tal la impresión que causa la proximidad de este tajo, que el viajero cree al pronto que todo el tren va á hundirse en las entrañas de la tierra, desde el instante en que pase los umbrales de aquella aparente cuanto pasmosa sima. Por fortuna, el precipicio no existe; el tren sigue su marcha majestuosa bajo la sombra de aquellos agrestes y abruptos peñascales, y pronto se da vista á Odgen, término de la sec-

ción central de toda la línea, y una de las poblaciones más importantes del territorio de Utah, después de la ciudad de Lago Salado.

Habíamos llegado por fin al centro del territorio de los Mormones ó Santos del último día, como ellos dan en llamarse. El reloj de la estación marcaba las seis y quince minutos de la tarde. Llevábamos ya más de tres días de viaje en ferrocarril, y aún nos quedaban como unos dos tercios del trayecto para dejar la línea del Pacífico, por la que estábamos marchando. Como todo cansa en este mundo, comenzaba ya á aburrirme un poco este modo de viajar, pero como no había otro más rápido ni más cómodo para llegar á Sierra-Nevada, me conformé con la suerte, y esperé con ansia la noche para entregarme amoroso en los brazos de Morfeo. Era, indudablemente, lo mejor que podía hacer.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(Se continuará.)





SATANELLA

POR

G. - I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)

CAPÍTULO IX.

LA DECLARACIÓN.

SIN embargo, una mujer no puede prever lo que otra hará ó dejará de hacer en circunstancias excepcionales. Los planes de los más diestros militares quedan burlados por obstáculos imprevistos. Una noche de lluvia, un camino arenoso, pueden deshacer las mejores combinaciones de una táctica sabia.

La Srta. Douglas no se presentó en la comida ni tampoco Bellowita. La Sra. Lushington, deplorando altamente la ausencia de un caballero para la Srta. Gordon, se atormentaba para adivinar la causa de la falta simultánea de sus dos principales convidados. Una singular sospecha cruzó por su imaginación, recelando que su insistencia habría asustado á Satanella y ésta se habría decidido en el acto á llevarse á Bellowita de una vez para siempre. Recibió, ciertamente, bille-

(1) Véase la pág. 93 de este tomo.

titos en que ambos se excusaban; pero estos billetes no la satisfacían. Su joven amiga alegaba una jaqueca y el dragón un compromiso anterior de que se había acordado á última hora... Esto podía tener muchas interpretaciones; pero si por casualidad se habían ido juntos, la Sra. Lushington juraba no volver á mezclarse nunca en tales negocios.

Solamente después de la comida y cuando Bessie Gordon se sentó en el piano para cantar ciertas melancólicas baladas, pudo sentirse más tranquila. Entonces recibió también por el último correo unas líneas del General, que cumplía la promesa de decirle lo ocurrido. Le escribía lo siguiente:

«Felicítadme por haber seguido vuestros consejos, mi querida Sra. Lushington. Muy bien hacíais en vituperar mis dilaciones... Estoy convencido de que, sin vuestros amables consejos, difícilmente me hubiera decidido á hacer lo que debía á mis sentimientos y á la mujer á quien he consagrado una estimación tan profunda. Me parece que puedo ahora esperar mucho del tiempo y más todavía de mi constante afecto. Me lisonjeo de que en un porvenir, quizás no lejano, tendré la satisfacción de presentaros á vuestra joven y hermosa amiga bajo un nuevo título y como esposa de vuestro afectísimo

V. SAINT-JOSEPHS.»

— ¡V. Saint-Josephs!—repitió la Sra. Lushington.—¿Qué querrá decir esa V.?... Tal vez signifique Valentín. Pero, ¿qué pretende decirme y qué consecuencias quiere que saque de tal letra? Esto no tiene pies ni cabeza. ¿Por qué me habla de tiempo futuro y de afectos, si es que ella acepta? ¿Y á qué viene la intención de insistir si ella se ha negado? ¡Ah Blanca, Blanca!... Si queréis jugar con dos barajas, está mal hecho y nunca volveré á fiarme de una mujer de ojos negros.

Las Srtas. Gordon manifestaron, al volver á su casa en un coche de alquiler, que la Sra. Lushington había tenido uno de sus peores días, que el Sr. Lushington era mucho más amable, y que después de todo, su amiga había sido una egoísta no convidando á la vez á alguna pareja joven y obligándolas á pasar una velada fastidiosa.

Es probable que todos los detalles de una petición de matrimonio sean casi siempre, y á corta diferencia, los mismos, y no hay tampoco lugar á mucha variedad en el modo de presentar la cuestión final á que conduce el embobamiento del amor. El General Saint-Josephs no guardó copia de la carta en que solicitaba la mano de la Srta. Douglas, y ésta, después de haberla leído, la rasgó en mil pedazos, que fueron á parar á la chimenea. No cabe, sin embargo, duda de que aquella epístola era sincera y digna, aunque difusa, y merecía una respuesta más pensada que esta sola línea apresuradamente escrita:

«Venid; hablaremos. Estaré en mi casa hasta las siete.»

El General había recobrado todo su antiguo valor al verse francamente comprometido en la acción. Jamás se sintió menos conmovido al apearse delante de la habitación de Blanca, quien en aquella hora solemne debía estar ya resuelta en lo que tanto atañía á su suerte.

Como en la mayor parte de los hombres acostumbrados al peligro, las emociones fuertes vigorizaban sus nervios y daban más seguridad á su mirada; así es que, al ser introducido ante la mujer amada, de cuyos labios esperaba su sentencia, lejos de apartar su deslumbrada vista, miraba fijamente su fisonomía y toda su persona, como un adversario examina al que se prepara á combatir.

Observó que estaba turbada y abatida, que sus manos temblaban y que sus mejillas se sonrojaban y palidecían alternativamente. Estos síntomas le parecieron un augurio favorable, pero le sobrecogieron algún tanto las primeras palabras que ella le dirigió.

—Me habéis escrito una carta, General—dijo con una sonrisa forzada y nerviosa,—una carta muy estrafalaria... desde luego no supe qué pensar de ella.

¡Una carta estrafalaria! Su corazón se oprimió y sus ojos se enmudecieron; estrafalaria una carta en la que cada línea había sido inspirada por los sentimientos más nobles y elevados.

Tuvo conciencia de que estas palabras eran formales y respondió con una gravedad excesiva:

—Ciertamente, claro he expresado mis intenciones. Ciertamente, Srta. Douglas... Blanca... ¿Me permitís llamaros Blanca?

—Sí; como queráis—respondió con impaciencia.—Es Blanca una palabra muy fea, me parece, pero no es culpa mía. Veamos, General, ¿qué queríais decirme?

Saint-Josephs se sintió efectivamente muy turbado entonces.

—Tengo que haceros observar—repuso—que mi petición es muy explícita y muy seria, y que toda mi felicidad futura depende de vuestra respuesta.

—¿Qué encontráis en mí que os haga quererme?—replicó ella con un movimiento de impaciencia de todo su cuerpo como si hubiese querido desprenderse de una cadena que la aprisionase.—No soy bastante buena para que se me ame, es la verdad, General. No habrá tal vez una joven en Londres que os convenga menos.

Saint-Josephs la miró de frente con admiración sincera.

—No se trata de esto—dijo,—y ya estoy en edad de saber lo que quiero. Me parece, además, que no tenéis conciencia de vuestro propio poder. Os bastarían diez minutos para enamorar á un obispo si quisierais.

Pudo leerse entonces en la mirada de la joven una expresión de profunda ternura, y en sus labios apareció una dulce y triste sonrisa, que el General interpretó á su manera.

—¿Lo creéis?....—dijo ella.—Yo quisiera también creerlos; pero no he sido muy afortunada en mi juventud, ni me he educado en muy buena escuela. Me pregunto á veces á mí misma por qué no he de ser mejor; pero está visto que hay personas cuya existencia parece ser una equivocación.

—La vuestra será una equivocación que yo podré rectificar, si me lo permitís,—respondió Saint-Josephs desanimado, pero no desesperado.—Os ruego solamente que me juzguéis con lealtad y confiéis en mí de una manera absoluta, amandome algún día.... si podéis.

Ella le alargó la mano, mientras él la atraía hacia sí, poniendo sus labios en su fría y tersa frente. Aquello fué todo, imaginándose el General que la joven le pertenecía y era ya

su novia. Ella se apartó vivamente y fué á sentarse junto á su mesa de labor.

—Sois bueno y generoso—repuso,—y repito que merecéis tener una mujer mucho mejor que yo. ¡Qué extraños son estos asuntos, y por qué no han de terminar con arreglo á nuéstras... previsiones!

Iba á decir inclinaciones, pero se contuvo á tiempo.

El General no la comprendió.

—La vida está llena de esperanzas y desengaños—observó.—Parece que no tenéis gran confianza en el porvenir, Blanca, y sin embargo, yo espero que estaréis menos expuesta á experimentar los sinsabores de que he de procurar siempre libraros. Ahora, querida... no me tratéis de impaciente ó inquieto; pero ¿cuándo creéis que pueda yo esperar?... ¿Cuándo podré tomar las disposiciones en que ambos tenemos igual interés?

—¡Oh! no lo sé—exclamó ella con mucha energía.—Todavía no, naturalmente; tiempo tendremos para pensar en estas cosas. Estoy tan turbada, que apenas me queda fuerza para hablar; y luego es muy tarde, casi son las ocho, y he prometido á la Sra. Lushington ir á comer á su casa.

Era imposible no ceder á una indicación tan clara, aun procediendo de una futura compañera, y el General se puso los guantes disponiéndose á salir.

—¿Os volveré á ver pronto, no es verdad?—preguntó con tono suplicante.—¿Iréis á la Ópera... á casa de la Sra. Cramwell... ó á Belgrave House?

—¡No ciertamente! ¡Á Belgrave House no! Detesto la muchedumbre, y aquella mujer convida á todos los que pasan por Londres. Su casa es un verdadero refugio de desgraciados. No quiero ir allí todavía; quizás vaya más tarde, cuando sea yo también desgraciada.

Había en su voz algo duro que afligía al General. No dejó ella de advertirlo.

—No os pongáis tan triste—repuso entonces con tono amable.—Hay otros sitios en el mundo que no son Belgrave House, ni Covent Garden. ¿Qué diríais de Punchestown? Ahí es á donde podéis estar seguro que iré la semana que viene.

El General palideció y se puso turbado.

—¿Punchestown?...—repitió. —¿Qué puede atraeros á Punchestown?

—¿No sabéis que hago correr á un caballo?—dijo con tono desprendido.—Quisiera verle ganar; porque no creo que pueda haber en Irlanda otro animal comparable con mi preciosa *Satanella*.

—¿Sólo esto?—preguntó con voz conmovida.—Este motivo me parece extraño en una joven; ya sabéis que el viaje es largo y la travesía horrible en esta época del año. Blanca..., Srta. Douglas, ¿no podríais renunciar á tal proyecto, si os lo pidiese yo como... un favor?

Las mejillas de Blanca se encendieron y un relámpago de ira brilló en sus ojos; pero se contuvo, limitándose á replicar, con tono burlón:

—¡Ya, General! Si queréis ser tirano, esperad al menos á estar en el trono. Estoy decidida á estar en Punchestown el primer día de las carreras. Os doy cita. Si aceptáis, está bien; y si no, como gustéis. No he de morirme de sentimiento por tan frívolo motivo.

El General sintió que perdía terreno. Su amada parecía tan fría, tan insensible y desprovista del sentimiento que hubiera querido despertar en su corazón, que hubo un instante en que casi estuvo decidido á retirarse, recobrando su libertad cuando todavía era tiempo. Pero no; era tan hermosa, tenía tal arrogancia de reina, que prefería ser desgraciado con ella á ser feliz con otra mujer cualquiera.

—Naturalmente no dejaré de ir allí—dijo.—Mucho más allá de Punchestown iría yo para oír vuestra voz. ¿Cuándo partís? Si la Sra. Lushington ú otra persona conocida os acompañase, ¿no podríamos hacer juntos el camino?

—¡Bueno! Ya volvéis á ser exigente—replicó ella.—¿No os he dicho que nos encontraremos en las carreras, al primer toque de campana? Ni un momento antes, y mi voluntad es como la ley de los Medos y de los Persas... ¡Hasta luego!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un poderoso hechizo. Si el General hubiese tenido tanta madurez en su juicio como en su edad, no habría tenido tanto empeño

en casarse con una mujer que podía tan fácilmente dominarle.

—Contaré los días que me separan de aquel feliz momento—respondió con galantería.—Muy largos serán para mí; pero, como dice el refrán español, con paciencia se gana el cielo. Hasta la vista, Srta. Douglas, y buena suerte. Confío en que gane *Satanella*.

Se inclinó sobre la mano que ella le alargaba, pero sin tratar de besarla, y se despidió luego con una mezcla de respeto y de admirable ternura.

—¿Por qué no he de poder amarle?—murmuraba ella con angustia, cuando oyó el ruido de la puerta de la calle que se cerraba.—Es bueno, generoso, y un verdadero *gentleman*. ¡Pobre hombre! Me quiere con tanto afecto; está lejos de ser feo; no es todavía tan viejo, y sin embargo, no puedo, no... no puedo amarle. Y se lo he prometido... casi se lo he prometido... ¡Pues bien! suceda lo que quiera, todavía tengo una semana de libertad. Pero ¡qué loca he sido!... ¡Ah! ¡y qué loca soy todavía!

Entonces fué cuando envió una carta á la Sra. Lushington excusándose por no ir á comer; mandó hacer the, que no tomó, y pensativa, se metió en la cama sin haber cenado.

CAPITULO X.

EN EL MAR.

La disciplina fué siempre y ante todo lo preferente en el ejército inglés; es la bóveda maestra en que descansa todo el edificio de su organización admirable. El cumplimiento del deber á todo trance es el gran principio, y para obedecer á las leyes de esta disciplina, los oficiales que tratan de armonizar sus diversiones con los deberes militares están continuamente en movimiento, ya marchándose á su guarnición, ya vol-

viendo de ella, deteniéndose un día en un sitio para proseguir la marcha al siguiente, por una parte solicitados por el capricho y sometidos por otra parte moral y físicamente á las ordenanzas del regimiento y á la voluntad del General.

Bellorita, que había ido á enterrarse en el condado de Kildare, donde se levantaba al amanecer y se acostaba á las nueve, vigilando asiduamente los ejercicios preparatorios de *Satanella*, se había visto obligado á cruzar el Canal para asistir á una revista, y volverlo á cruzar á las veinticuatro horas para tomar parte en la gran carrera de la que dependía su suerte futura, dejándole hecho «hombre ó ratón,» según sus propias expresiones.

Así es que se embarcó en Holyhead con otros muchos pasajeros á bordo del barco que sale á las doce con destino á Dublín, después de haber tomado en Chester el tren correo, gracias á una serie de combinaciones complicadas y sobre todo á una fe ciega en la veracidad del Bradshaw. Llovía en Holyhead y soplabá un viento fresco del Sudoeste. El mar estaba movido; las señoras expresaban su temor; sus doncellas hacían preparativos para las peores eventualidades, y un personaje, que tenía el aspecto de marino, con botones de áncora en el traje, se eclipsó al momento para no volver á aparecer hasta Kingstown, donde desembarcó pálido y descompuesto, emitiendo la opinión de que la fuerza del viento sería pronto horrible y seguiría durante todo el trayecto.

El magnífico *steamer* silbó, se movió y surcó en medio de una lluvia de rocío, hendiendo las olas con la proa, reprimiendo las ruidosas palpitations de su corazón poderoso, variando de rumbo, y con bastantes vaivenes para hacer perder en ocasiones el equilibrio á los viajeros que no tenían el aplomo de la gente de mar, ó bien para hacer sobresalir la habilidad con que un steward de cabello crespo se balanceaba con una taza en la mano, solícito en su ministerio de aliviar á los dolientes.

Entre los pasajeros había dos señoras, que después de haber hecho juntas el viaje en un tren directo desde la estación de Euston-Square, se habían separado al llegar á bordo. Una de ellas se había instalado en el puente con muchas almo-

hadas, mantas y abrigos, siendo la evidente admiración de un joven sencillo, con pantalón claro y zapatos de pala, que fumaba un cigarro húmedo, mientras que la otra desaparecía en el camarote de las señoras, para echarse en seguida, sufriendo y gimiendo, cerrando los ojos y suspirando por la tierra, absorbiendo traguitos de una mezcla de agua y de brandy, sin apercibirse de que aquella bebida horrible aumentaba más su malestar todavía.

Era Blanca Douglas, que maldecía su situación y detestaba el cansancio, contra el que no podía luchar, y los sufrimientos que la acosaban. Envidiaba á la Sra. Lushington, que respiraba al aire libre la brisa del mar, que acariciaba su rostro, y contemplaba el espectáculo de las olas movedizas que forman, según los diferentes temperamentos, un verdadero purgatorio ó un paraíso de profundos goces. Si hubiese sabido en qué pasaba el tiempo su amiga, aún la hubiera envidiado más.

Aquella señora, como muchas mujeres delicadas y rubias, estaba á prueba del mal de mar, y nunca en ninguna parte se sentía mejor y más á gusto que á bordo de un buque impelido por fuerte brisa.

Sintiéndose, pues, en plena posesión de todas sus facultades, había ella creído oportuno aprovecharse de esta ventaja para ejercer el poder de sus encantos sobre el único pasajero que estaba con ella en el puente, el joven sencillo de quien hemos hablado. Le daba con mucha amabilidad las gracias por la torpeza con que volvió á poner á sus pies una almohada que el viento había arrastrado á lo lejos, y se sintió contrariada cuando los efectos combinados de un cigarro de mala calidad y las olas que se estrellaban contra el casco, obligaron al joven á una precipitada fuga. Pero cuando ella se admiraba con cierta impaciencia de que el capitán no bajase nunca de su puesto entre los tambores de la máquina, apareciósele un rostro risueño, imagen de la salud y del buen humor, al pie de la escalera de los camarotes. Era Bellorita, que después de haber atravesado el puente vacilando, había venido á colocarse al lado suyo.

—¿Vos aquí, Sr. Walters?—dijo la joven.—¡Vaya una

sorpresa! ¿De dónde venís? ¿A dónde vais? ¿Cómo es que no os hayamos visto al subir á bordo?

—Había vuelto para asistir á una revista—respondió Bellowita;—ahora voy á Punchestown, y si no me habéis visto es porque yo estaba abajo donde me había mandado servir el almuerzo. ¿Cómo va Lushington? ¿Viene en vuestra compañía, ó viajáis sola y enteramente libre?

—¿Qué pregunta!—replicó ella riendo.—Supongo que tengo ya años y soy bastante fea para guardarme á mí misma. No, no soy absolutamente libre como decís. Me he despedido de Frank y Dios sabe qué escapatorias hará por allí... pero tengo una compañera, y muy linda por cierto, aunque en este momento preciso no lo está tanto como de costumbre.

—¿Una mujer?—preguntó Bellowita con absoluta indiferencia.

—Sí, una mujer—repitió ella fijando en el rostro del dragón una mirada penetrante;—y una mujer muy encantadora por cierto, pero que no sirve para el mar. ¿No adivináis quién es?

—Sí; bien puede apostarse veinticinco libras que es vuestra amiga la Srta. Douglas.

La alegre sonrisa y el tono elevado y franco de su voz, que no descubría ningún pensamiento oculto, causaron un vivo placer á la Sra. Lushington.

—Y ganaríais la apuesta—respondió con dulzura.—Sí, Blanca me acompaña y vamos á Irlanda, ya con motivo de pasar algún tiempo en casa de una familia muy amable de los alrededores de Dublín, ya también con motivo... pero tal vez haga yo mal en decíroslo, pues voy á haceros vanidoso... ya también con motivo de veros correr.

La Sra. Lushington acompañó esta frase con una mirada muy hábil, en la que supo poner la dosis de interés que le convenía, prolongándola ó acortándola á su capricho.

—Está endiabladamente linda—pensó Bellowita.—Está apetitosa con sus cabellos esparcidos al viento y su manto cubriéndole elegantemente hombros y garganta.

Sintió el militar que las montañas de Wicklow aparecie-

sen ya en el horizonte anunciando la proximidad de las costas de Irlanda.

—Quisiera ganar—decía,—sobre todo si vos sois espectadora de la carrera.

—No habléis de mí—murmuró ella alegremente.—No ocultéis que Blanca os interesa, y tampoco me sorprendería que ella os hubiese hecho con sus propias manos un traje de *jockey* con sus colores.

—La quiero mucho, en efecto—respondió francamente Bellorita,—y quizás por ella desee yo más tener buen resultado en la carrera. ¡Quiere tanto á *Satanella*! Yo mismo he apostado por la yegua, y si no gana voy á encontrarme en un mal negocio. Pero dispensadme, señorita, no veo en qué pueden interesaros los asuntos míos.

—¿No lo veis?—dijo con tono serio.—Entonces es que estáis ciego, tan ciego como un murciélago. Me interesa todo aquello que concierne á las personas á quienes quiero.

—¿Es decir, que me queréis?—preguntó Bellorita con una sonrisa cuya maliciosa expresión aumentó en el instante mismo en que el vapor chapuzaba, invadiendo el puente una gran oleada que inundó á ambos jóvenes con una preciosa lluvia de gotitas.

Ella permaneció silenciosa mientras que sacudía su manto y su capuchón; pero así que se hubo abrigado de nuevo y tuvo colocados los pies en sus almohadas, le contempló gravemente, diciéndole:

—Me habéis hecho una pregunta muy extraña, Sr. Walters; pero no titubeo en responder á ella, diciéndoos como siempre la verdad. Sí, os tengo amistad á causa de Blanca: creo que tenéis un buen carácter, buen corazón, así como otras muchas cualidades que admiro, pero de las que me parece no hacéis bastante caso.

Bellorita era el hombre menos vano del mundo; pero ¿cómo había de estar insensible á tan hábil lisonja? Un momento hubo en que deseó que la verde *Erin* se hundiese en las olas, y el término más próximo de su viaje fuese la ribera de Anticosti ó de Terranova. Pero la colina de Howth se levantaba ya á tribordo, y aparecían las montañas de Wicklow en

toda su magestuosa belleza, grandiosas, pero risueñas, placenteras, teñidas con colores de un brillante oscuro y de púrpura, veladas, por una parte, con la niebla, y doradas por otra con los rayos del sol, hallándose surcadas siempre á intervalos por tenues nubes de humo blanco.

—Me alegro mucho de que me queráis—replicó sencillamente;—pero no sé lo que entendéis con decir que no hago mucho caso de las pretendidas cualidades que en mí veis.

—¡Dispensadme!—refunfuñó una voz ronca á su lado.

Eran tres ó cuatro robustos marineros que tenían que extender un enorme cable, casi á los pies de la Sra. Lushington. Se vió ésta obligada á abandonar su sitio, y Bellorita se quedó con su pregunta. Pero no cabía duda que la respuesta hubiera sido mesurada y conveniente. No tuvo el oficial más remedio que recoger los efectos de su compañera y reunirlos en un paquete para el desembarque, yendo luego abajo á buscar su propio bagaje.

El mar estaba entonces en calma. Rostros pálidos asomaban por todos los camarotes cuya salida daba al salón. Muchos, que habían estado enfermos, trataban de dar á entender que habían dormido y aparentaban sentir que se les hubiese despertado. Un niño, que no había dejado de gritar durante toda la travesía, corría ahora riendo de una á otra parte, y dos sportsmen del Oeste, el uno con traje azul claro, y el otro con rostro rojo y reluciente, que habían vaciado seis *bols* de *punch* tratando un negocio que no habían aún terminado, se apresuraban á sorber lo que quedaba de líquido. Se trataba de cierto caballo bayo, el más atrevido y elegante saltador que pudiera verse, según afirmaba el personaje de cara de pimiento.

—Oídme—decía este último;—es digno de que le monte el mismo Lord Lugarteniente; enseñadle una barrera, y yo os respondo que ya no podréis contenerle.

Pero como el que trataba de comprarlo, es decir, el hombre vestido de azul era un cazador de carrera algo tímido, parecía dudoso que pudiera convenirle un caballo de tanto nervio.

Los dos interlocutores seguían en su conversación, cuan-

do Bellorita se puso detrás de ellos para ir á coger su maleta y su sombrero.

—¡Ah! es el capitán—exclamaron á una.

—Vamos, capitán, ¿ganará la yegua?—le preguntó el primero.—¡*Faith!* es pura sangre, sé algo de ello, ya que yo mismo crié á su madre, que venció á todos los caballos del Sud, en Limerick, en la Carrera de las Damas.

—Montadla, capitán—añadió el otro.—Sólo vos podéis hacerlo. Toda esa raza es un poco caprichosa, pero sentaos á gusto en la silla, permaneced tranquilo, detened á la yegua hasta el momento de la marcha, y entonces se disparará como un tiro ¡psch!..., dejando á los demás á larga distancia, tan cierto como este vaso está vacío hace ya diez minutos. ¿Queréis tomar un vaso de *punch*? Capitán, á vuestra salud, y al buen éxito de la yegua.

Bellorita se excusó, y después de algunos apretones de manos, regresaba apresuradamente al puente á fin de desembarcar lo más pronto posible.

En el momento en que subía la escalera, una señora acababa de hacer lo mismo con lentitud y languidez. No vió más que una punta del chal, los bajos del vestido, un pie y un tobillo; pero ese pie y ese tobillo no podían menos de ser de Blanca Douglas. En dos brincos estuvo el capitán al lado suyo. El rostro de Satanella, pálido y abatido un momento antes, recobró repentinamente su ordinario color y todo el brillo de su belleza, á semejanza de un paisaje cuando el sol aparece detrás de las nubes que detuvieron sus rayos. La señora Lushington, que estaba de pie muy cerca de la escalera, notó esta repentina metamorfosis. Bellorita no supo observarlo en medio de su dichosa ignorancia; pero expresó, sin embargo, el verdadero placer que le causaba el encuentro de su nueva amiga en la costa irlandesa.

Ninguna mujer, sin duda, siente frialdad ante la persona que ama, después de haberse visto privada de ella por la fuerza de las circunstancias. El zorro de la antigua fábula que pretestaba que las uvas estaban demasiado verdes, no era, sin duda, hembra. Blanca Douglas apreció en su justo valor la amabilidad de la Sra. Lushington y su benevolencia ma-

nifestada repetidamente por la expresión de lo mucho que había sentido sus padecimientos y la alegría que ahora la embargaba por verla curada, manifestándole al mismo tiempo que Bellorita era un excelente compañero de viaje.

—Está en todo, querida mía.

Esta frase la dijo aparte, pero bastante alto, para que pudiera oírla el joven.

—Es tan amable, querida, tan atento, que es como si una tuviese la doncella en su compañía. He gozado mucho durante la travesía. Pobre amiga, ¡cuánto me hubiera alegrado de que hubieseis podido también estar en el puente!

Traducido al lenguaje vulgar, el discurso precedente significaba:

—He coqueteado mucho y agradablemente con el adorador vuestro, y bien podrá suceder que algún día os lo quite, si la ocasión se presenta.

La Srta. Douglas comprendió por el agudo dolor que torcía todas las fibras de su corazón, que su pasión no era ya dudosa. Pudo antes sospechar si era ó no verdadero su amor por Bellorita; pero ahora estaba ya segura de que le amaba, así se lo decían sus angustias y los extraños celos que le hacían envidiar hasta la hora de conversación que había tenido con su más íntima amiga.

Sin embargo, no pudo dejarse llevar mucho tiempo por sus emociones. El criado de la Sra. Lushington, un muchacho muy alto, ancho de hombros y abotonado hasta debajo de la barba, se adelantó y puso la mano en el borde de su sombrero, como indicando que todo estaba ya preparado para el desembarque. Dos mujeres andaban sobre sus talones, vacilantes, arrastrando el pie y descoyuntadas. El *steward*, que á todos conocía, se había despedido de los pasajeros más distinguidos, el capitán había dejado de gritar desde lo alto de su baranda al lado de la chimenea, y el buen joven Walters, después de haber echado una mirada desesperada á Sra. Lushington, había bajado al muelle donde había desaparecido en los brazos de una voluminosa matrona. Había llegado el instante de separarse.

La voz de Satanella se inmutó y sus manos temblaban.

Sentía la pérdida de aquellas tres horas, que hubiera podido pasar con él en el puente, y le parecía también indigna la conducta de Clara, que se había aprovechado de la indisposición de una amiga para coquetear con Bellorita, según tenía por costumbre con todos.

—Yo no sabía que hacíais la travesía con nosotras—dijo con acento de tristeza al joven oficial que la saludaba.—¿Por qué no me habéis prevenido? ¿Cuándo se os volverá á ver?

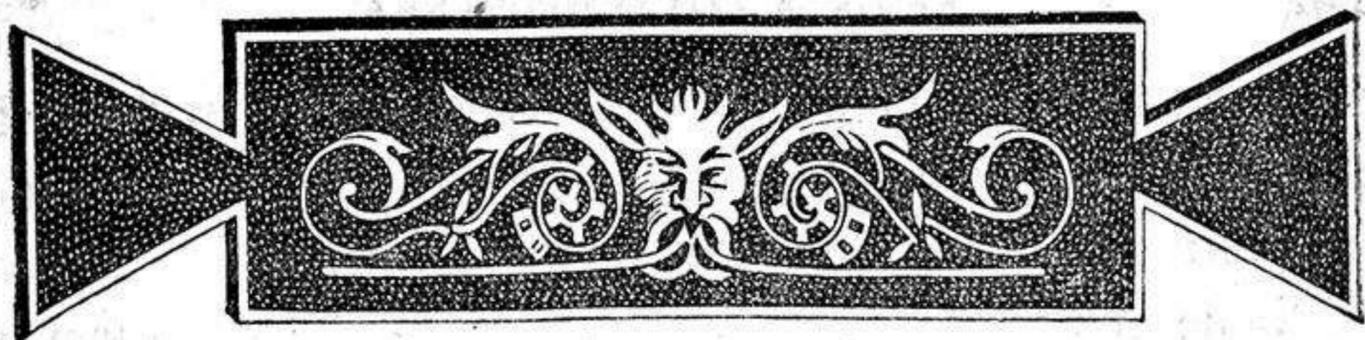
—Nos veremos en Punchestown—respondió alegremente Bellorita.—Deseadme buena suerte.

—¡Todavía no!—dijo ella.

Pero apercibiéndose de que la Sra. Lushington oía estas palabras, se arrepintió en el acto de haberlas pronunciado.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

AGOTADAS ya todas las añejas fórmulas y puestas á contribución las decorosas explicaciones diplomáticas, queda zanjada entre el Gobierno italiano y el español la cuestión suscitada por un mal interpretado incidente del discurso del Sr. Ministro de Fomento. No ha pasado todo de una fruslería internacional, afortunadamente sin consecuencias ni otro fundamento que las injustas proporciones que algunos periódicos trataban de dar á un asunto en extremo nimio.

Han batido palmas las oposiciones en España, en Italia y también en Francia, creyendo haber descubierto una causa de conflicto entre dos naciones latinas y católicas, y pretendiendo que el Gobierno del Rey Humberto debía declararse ofendido por ciertas palabras del Sr. Pidal, que no es Presidente del Consejo, Ministro de Estado ni de la Guerra. Pero la presión ejercida por la prensa radical de Roma ha sido tan fuerte, aunque injustificada, que el Ministerio italiano creyó á propósito llamar el asunto á las vías de la diplomacia. El Gobierno español ha respondido á una cortés pregunta con una contestación más cortés todavía, repitiendo, lo que es verdad, que las opiniones del Sr. Ministro de Fomento acerca del poder temporal son puramente teóricas y que todo Mi-

nistro conserva en el poder el derecho de juzgar personalmente los hechos de la historia contemporánea, separando su política activa de sus juicios particulares.

Nadie hubiera dado importancia á un hecho en sí insignificante, sin la extemporánea algarada de una parte de la prensa radical con sus apasionados comentarios y caprichosas interpretaciones. Nos referimos principalmente á algunos periódicos de Italia, que ni conocían las palabras del Ministro español ni obedecían á otro móvil que al de una ciega oposición revolucionaria.

Decían los diarios oficiosos que las explicaciones dadas en el Senado por el Sr. Cánovas del Castillo eran de naturaleza á tranquilizar á los más exigentes. Y negaban los diarios de la oposición revolucionaria que el Sr. Cánovas diera ninguna clase de satisfacciones, toda vez que se limitó á hacer constar que no debían confundirse las opiniones personales del señor Pidal con las del Gabinete de que forma parte.

Ha servido de argumento á la prensa de la oposición revolucionaria un texto de *La Época* en que este periódico declaraba que «la restauración del poder temporal del Papa sería el único medio eficaz de resolver el problema de las relaciones entre la Italia oficial y el Vaticano.»

Lo que el *Popolo Romano* ha escrito á propósito de estas palabras de *La Época*, prueba que no han marchado de acuerdo en el asunto del incidente del Sr. Pidal, el Sr. Depretis, Presidente del Consejo de Ministros, y el Sr. Mancini, Ministro de Negocios Extranjeros.

Siempre resulta que ciertos sofismas no son más que la exposición desnuda de teorías hostiles á los conservadores y á los católicos; pero todo ello no será obstáculo alguno para que los pueblos renuncien á la evolución conservadora que en Europa se prepara, evolución que es ley de su existencia social y de su pacífico desarrollo. España y Bélgica obedecen á esta ley; la Suiza republicana está en buen camino, y quién sabe si de otras naciones también podrá decirse pronto otro tanto.

*
* *

La *Gaceta* ha publicado una circular del fiscal del Tribunal Supremo, dando instrucciones y resolviendo las dudas que se han presentado sobre si el Código penal vigente define y castiga como delitos ciertos actos contra la Constitución y las instituciones, sólo cuando se ejecutan por alzamiento y con violencia, ó si, por el contrario, define y pena también como tales delitos actos de aquella especie, aunque para su comisión no se hayan empleado medios de fuerza, ni se hayan traspasado los límites de una provocación directa á su ejecución.

He aquí algunos párrafos del notable documento de que se trata:

«Si las vacilaciones y dudas sobre inteligencia y aplicación de las leyes penales son siempre ocasionadas á conflictos que, en bien de los ciudadanos y por el prestigio de la administración de justicia, deben evitarse, todavía el peligro es mayor y las complicaciones pueden ser más graves, cuando las dificultades tienden, siquiera de propósito no se produzcan con tal objeto, á enervar la acción de la justicia y á sustraer del correctivo de la misma, delitos claramente definidos contra prerrogativas y derechos sancionados por la Constitución de la Monarquía.

»La duda, de varios modos suscitada, sobre si determinados hechos que afectan al orden público y al organismo constitucional, constituyen ó no delito, exigirá siempre del ministerio fiscal, encargado de velar por la fiel observancia de las leyes, viva atención á su estudio, y especialísimo cuidado en la manera de considerarla, ya se mire al atrevimiento y rareza de la cuestión, ya se atienda á sus efectos, interesantísimos para la ley y para el orden social, cualquiera que sea la resolución que en definitiva pueda prevalecer.

»..... Se ha dudado si el Código penal vigente define y castiga como delitos ciertos actos contra la Constitución y los Poderes constitucionales, sólo cuando se ejecutan por alzamiento y con violencia, ó si, por el contrario, define y pena también como tales delitos actos de aquella especie ó con aquel objeto ejecutados, aunque á su perpetración no hayan concurrido medios de fuerza ó la acción no haya traspasado

en ellos quizá los límites de una provocación directa á su ejecución.

»..... Cuanto no se halle comprendido en las disposiciones del Código penal es permitido al escritor. Pero todo aquello que sea una injuria ó amenaza á la sagrada é inviolable persona del Rey, *ó signifique una provocación directa á dicho delito, ó á un cambio en la forma de Gobierno ó á cualquiera de los hechos que constituyen la rebelión ó sedición*, y á los restantes delitos que se determinan en las indicadas disposiciones, *debe ser inflexiblemente objeto de persecución y castigo*.

»..... Las provocaciones directas á un cambio en la forma de Gobierno ó á cualesquiera de los hechos constitutivos de la rebelión están definidas y penadas como delitos por el Código penal; de igual manera lo están, y más gravemente por su mayor importancia, los hechos más adelantados que las provocaciones en el orden de la ejecución, que sin llegar á manifestarse en alzamientos ó actos de abierta hostilidad, tengan alguno de aquellos objetos, ya para cambiar el orden constitucional, ya para impedir el libre ejercicio de su acción á los poderes constituídos.

«.....Sabido es de cuantos conocen las leyes que el Código penal vigente definió en la sección 3.^a, cap. 1.^o de su título 2.^o, bajo la denominación de «Delitos contra la forma de Gobierno,» hechos que en el Código que reformaba no tenían esta denominación ni este sentido jurídico, ó no habían sido objeto de análoga penalidad.

»Los principios mismos en que el Código se inspiraba y el estado político, vigente á la sazón, así lo exigían; porque si la Constitución era reformable de continuo, por su propia expresa declaración, de algún modo había de defendérsela contra el diario embate de las pasiones que pudiera convertir aquel principio en incentivo de perpetua anarquía.

»Definió y castigó, en primer término, bajo este criterio, los hechos de fuerza ó ejecutados fuera de las vías legales (art. 181), encaminados directamente á conseguir, entre otros objetos, el de reemplazar el Gobierno monárquico constitucional por un Gobierno monárquico-absoluto, ó republicano; y después (art. 185) definió y castigó también como

delitos, si bien con pena menos grave, los mismos actos, aunque se ejecutaren sin alzarse en armas y en abierta hostilidad con el Gobierno. Es decir, que los actos ó hechos directamente encaminados á reemplazar la forma de Gobierno constituyen siempre delito, aunque de distinta importancia y gravedad, según que se ejecuten por la fuerza ó fuera de las vías legales (art. 181) ó sin alzarse en armas y en abierta hostilidad contra el Gobierno (art. 185).

»No necesitan interpretación preceptos tan terminantes, ni cabe admitir ni aplicar al caso la regla, ciertísima en su fondo, de que en la duda debe estarse por lo favorable al reo; porque esto ha de entenderse de las dudas razonables, pero no de las puramente caprichosas, merced á las que, si se admitieran, sería posible alcanzar, con aspiración á honores de justicia, la absoluta y completa supresión del Código penal, cuyos preceptos no han de parecer menos que dudosos á los que desgraciadamente incurren en su sanción.

»...Según el art. 182, «delinquen también contra la forma de Gobierno: 1.º, los que en las manifestaciones políticas, en toda clase de reuniones públicas ó en sitios de numerosa concurrencia dieren vivas ú otros gritos que provocasen aclamaciones directamente encaminadas á la realización de cualquiera de los objetos determinados en el art. 181; y 2.º, los que en dichas reuniones y sitios pronunciasen discursos ó leyeren ó repartiesen impresos ó llevaren lemas y banderas que provocaren directamente á la realización de los objetos mencionados en el artículo antes citado;» pues además de ofrecer nueva prueba las referidas prescripciones de la definición como delito de los actos enumerados en el art. 181, aun no ejecutándolos por la fuerza, debe tenerse muy presente la distinción que de los mismos resulta respecto á los hechos en los dos números del art. 182 definidos, según la cual, si para penar los vivas y gritos contra la forma de Gobierno se exige la concurrencia de las circunstancias previstas en el núm. 1.º, entre las cuales se advierte la de que el grito provoque aclamaciones de la reunión, bastan, respecto al 2.º, el discurso ó el escrito, la ostentación del lema ó de la bandera que provoque directamente á la ejecución de aquellos actos punibles,

para que se repute cometido el delito y sus autores y demás personas responsables incurran en la sanción de su penalidad.

»..... Pretendan, en buen hora, la impunidad en la esfera de la libre discusión los que crean en la prerrogativa de esta inviolabilidad. El ministerio público no está llamado á juzgar de esa ni de ninguna otra doctrina buena ni mala: su deber es velar por la ley, y la ley quedaría vulnerada y escarncida si por artificios más ó menos disimulados se lograra hacer triunfar la idea de la impunidad y de la irresponsabilidad por actos y provocaciones que para su triunfo no hubiesen apelado á la fuerza.

»Claro es que, en todos estos casos, la dificultad estriba en distinguir entre la libre emisión lícita de opiniones y doctrinas y la provocación reprobada á actos punibles. Dificultad no tan grave como á primera vista pudiera parecer; porque bien considerada, la distinción es de cosas que suelen darse á conocer por sí mismas, revelándose con perfecta claridad, aunque el reconocerla y declararla ofrezca de ordinario inconvenientes de menos fácil solución. A este propósito, y para disipar toda duda en materia de conducta, la fiscalía se limitará á recordar las instrucciones de su circular, al principio citada, de 2 de octubre de 1883.

»Las dificultades que en algunos casos puedan ofrecerse para distinguir cuándo procede el escritor dentro de la esfera de su derecho, y cuándo abusa de éste al efecto de ejercer la acción penal, serán vencidas por la ilustración de los funcionarios del cuerpo fiscal con el estudio del artículo, suelto ó noticia de que se trate, y la natural y sencilla aplicación de las prescripciones del Código penal en que pueda hallarse comprendido el caso.

»Aunque los delitos cometidos por medio de la prensa tienen la misma naturaleza jurídica que los restantes de que se ocupa el citado Código; y aunque no ha de tratarse aquí hoy de otro punto que el relativo á la aplicación del derecho constituido, es innegable que aquéllos presentan ciertos caracteres que en ocasiones exigen particular atención.»

.....

«Estudiando los términos del impreso, las audacias de la

hipótesis, las temeridades de la utopía, las reticencias irónicas, las alusiones más ó menos veladas, los caracteres empleados, las palabras subrayadas, las frases sin concluir ó en suspenso, y en resumen, cuanto conduce á demostrar el sentido que realmente se ha pretendido dar á lo escrito, podrá ser conocida la parte subjetiva del delito.

»A todo lo dicho convendrá agregar las comprobaciones extrínsecas que se funden en la conducta anterior del periódico, en las circunstancias de lugar y tiempo en que se publique el escrito, y cuanto además merezca especial meditación.

»Cuando el resultado que ofrezca ese trabajo lleve al ánimo del ministerio fiscal la convicción de que se encuentra ante un caso comprendido en las disposiciones del Código penal, porque todo ello establezca una presunción *juris tantum* de criminalidad, habrá de ejercitar la acción correspondiente en la forma y términos que dispone la ley de Enjuiciamiento criminal.

»Haciéndolo así el ministerio fiscal habrá cumplido con su deber.

»Innecesario parece añadir, por lo demás, que para el éxito en cada caso es rigurosamente preciso que el hecho se califique con exactitud, que la prueba ó demostración sean concluyentes, y que para la corrección se invoquen las disposiciones legales que correspondan.»

Ya las oposiciones han iniciado un rudo combate contra esta circular del Sr. Isasa, suponiendo en el partido conservador un criterio mezquino de escuela, cuando es un hecho que sus disposiciones suelen sobrevivir á las mudanzas ministeriales.

Lo que se trata es de colocarnos en la realidad, aleccionados siempre por los resultados que la experiencia presenta.

*
* *

El Ministro de la Guerra, inspirándose sin duda en las prácticas y en las leyes del Imperio alemán, ha abordado la

cuestión de conferir destinos civiles á los militares, dando vida á un proyecto de ley generalmente aplaudido.

La idea desarrollada en este proyecto ha de dar muy buenos resultados. El espíritu de la Monarquía prusiana y del Imperio alemán implantó, como la cosa más natural del mundo, la práctica de que sirvieran los militares destinos civiles. En Prusia, donde casi todos los ferrocarriles están en poder del Estado, los empleados se encuentran organizados militarmente, y no es raro caso encontrar un juez de primera instancia capitán de ejército é inválido en servicio de la nación.

En España, si no existe el militarismo en el sentido que tiene esta voz hablando de Prusia, existe algo más grave y origen de nuestras desdichas, cual es la deplorable frecuencia de los pronunciamientos.

Algo hemos adelantado en el camino de su extirpación; pero recientes y dolorosos sucesos nos muestran que el germen, aunque latente y sin el vigor que en otras pasadas épocas, aún vive y da muestras de su existencia.

El proyecto de ley será medio eficaz que ayude á concluir con tan vergonzosa plaga: porque si á otras causas que á la organización actual del ejército obedece, si á apetitos desordenados de medro se debe en gran parte, es preciso confesar que los jefes de los pronunciamientos encuentran en muchas ocasiones el terreno preparado en el porvenir que ven en lontananza los militares españoles. Ahora, que pasan por el ejército de uno ó de otro modo todos los ciudadanos, en España como en Prusia, el militar, dada la organización de los ejércitos permanentes en Europa, no es sólo militar, sino que además lleva otras aptitudes que en tiempo de paz pueden ser aprovechadas en servicio del Estado.

La administración pública no podrá menos de ganar con un proyecto que ha de dar entrada en las oficinas á hombres avezados á la subordinación y al rudo trabajo de los regimientos.

*
* *

Toda la política menuda del día gira en averiguación de la actitud del Sr. Alonso Martínez. El jefe del centralismo absorbe hoy la atención general.

La *Gaceta Universal* acaba de publicar una carta, de la que aparece que aquel hombre público no quiere ser solidario de las ideas y declaraciones expuestas por el Sr. Sagasta en el Círculo liberal, colocándose en una actitud y bajo unos puntos de vista que no son ciertamente los del veleidoso jefe del fusionismo.

Lo que todo ello nos dice es, que mientras el partido conservador sigue su marcha sin obstáculos serios, el fusionismo y la izquierda entablan cada día nuevos pugilatos, que amenazan convertirse en campal batalla, tanto más enconada, cuanto las fuerzas que se disputan el predominio aparecen más divididas por los rencores.

Por lo demás, la política anda de veraneo; y, aparte de ciertos preludios, las conversaciones giran sobre naufragios, incendios, pestes y otras desgracias que tienen el triste privilegio de preocupar infinitamente más á las gentes que las disidencias de los fusionistas.

También sigue siendo objeto de sensibles comentarios el atentado contra el Ministro de la Gobernación Sr. Romero Robledo. Interin hablan los tribunales, no puede menos de descorazonar en verdad el estado moral de nuestra sociedad perturbada.

A.





REVISTA EXTRANJERA



INTORESCAS y aparatosas manifestaciones se han presenciado en Londres en esta última quincena. Suspendida momentáneamente la lucha entre la Cámara popular y la de los Lores, hasta que llegue el momento de poderla continuar en las sesiones parlamentarias del otoño próximo, el pueblo y Lord Gladstone han querido que prosiguiese sin interrupción en las calles de la capital de Inglaterra.

El espectáculo fué por demás curioso. El *meeting*, que bien puede llamarse motín de Hyde-Park, ha sido una de las manifestaciones más características y singulares de la vida inglesa. En ningún país de Europa pudiera concebirse nada semejante, porque en ningún pueblo cabría una algarada tan colosal sin engendrar serios disturbios contra la legalidad existente y peligros de cuantía. No es posible que sea todo debido á la especial educación política del pueblo inglés, que tanto se nos encomia. Si es cierto que en la Gran Bretaña pueden realizarse agitaciones inmensas, sin excesivo menoscabo de la libertad individual y de la general, fuerza es suponer que la característica flema de los ribereños del Támesis forma uno de los principales factores del fenómeno que tanto sorprende.

Veamos, descritos á grandes rasgos, los sucesos de 21 de julio.

Se trataba de una manifestación contra la Cámara de los Pares, que se ha opuesto al *bill* de radical reforma presentado por Lord Gladstone. Formaron parte de los numerosos grupos que se dirigían á Hyde-Park, pasando por delante del palacio del Parlamento, ocho cuerpos de oficios con banderas y herramientas de trabajo, delegados de muchos clubs con sus músicas y diputaciones políticas de las provincias. Las banderas y estandartes de los manifestantes ostentaban los más singulares y revolucionarios lemas, como por ejemplo: «El Pueblo contra los Pares.»—«El Gobierno por el Pueblo.»—«¿Deben los Pares robar al Pueblo su voto?»—«El Marqués de Salisbury ha negado el voto y nosotros le queremos.»—«*Vox populi, vox Dei,*» etc., etc. El barrio de la Torre de Londres tenía escritos en su bandera las palabras Libertad, Igualdad y Fraternidad; hubo altas picas ostentando en la punta el gorro frigio, y la mayor parte de las músicas tocaban la Marsellesa. Una batería eléctrica llevaba la inscripción—«Medicamento de Gladstone para tratar á los Lores.»

La manifestación, en la que se dice tomaron parte unas 50.000 personas, obreros en su mayor parte, revistió uno de sus caracteres más graves en el Pall Mall, delante del Círculo de los Conservadores, ó sea el Carlton Club. Muchos Lores y miembros de la Cámara de los Comunes, entre ellos Lord Randolph Churchill, estaban en el balcón y en las ventanas del Club, asistiendo impasibles al desbordamiento de injurias que se les dirigían. La muchedumbre interpelaba con groserías, silbaba, insultaba y aullaba con vociferaciones inauditas, y las músicas tocaban, al pasar, una clásica marcha fúnebre, como si se tratase ya de los funerales de la alta Cámara.

Al llegar los manifestantes á Hyde-Park, se dividieron en siete grupos, y cada uno de ellos, presidido por un diputado radical, ocupó el punto previamente designado. En cada uno de esos *meetings* se pronunciaron calurosos discursos de protesta contra la votación de los Lores. Es la manifes-

tación más considerable y ruidosa que vió jamás Londres.

Sin embargo, nada más lógico que lo sucedido, si se atiende á que Gladstone no pudo llegar al poder sin un pacto con los radicales, habiendo luego tenido que aceptar actos de gobierno que antes reprobaba. La aceptación del principio de la ley agraria en Irlanda tomó hace dos años las proporciones de un atentado contra el derecho de propiedad; y la presentación del proyecto de ley que tiende á aumentar la influencia de la Cámara Popular con detrimento de la Cámara de los Lores, es hoy el segundo acto de la tragedia que llena las columnas de la prensa de Europa.

Hay en todo algo tranquilizador, y ese algo es que los Pares de Inglaterra no se atemorizan, ni ante un Ministro que se subleve contra la legalidad vigente, ni mucho menos ante la algarada popular de las calles de Londres.

El *meeting* es, al decir de los periódicos ingleses, obra del mismo Lord Gladstone. Dícese que en varias conversaciones particulares determinó la fecha precisa de tales manifestaciones, las describió preventivamente con un lujo de detalles que no dejan lugar á duda, y hasta muchos suponen que, al mismo tiempo que dirigía excitaciones á la *mob* para que se echase á la calle, se mostraba también dispuesto á reprimir los extravíos en el caso de que los manifestantes saliesen de los límites señalados á la efervescencia revolucionaria. Es decir, que al mismo tiempo que, como Ministro, disponía sus *policemen* y sus *horse-guards*, para proteger los edificios públicos y las casas particulares, vendía protección á los amotinados que allí maquinan abolir, con auxilio de la tolerancia y protección gubernamentales, las instituciones más seculares.

Han ocurrido hechos realmente notables. El Príncipe de Gales, asomado á una ventana del Hotel Carrington, no sólo no fué saludado por los manifestantes, sino que su presencia fué acogida por significativos murmullos. No hay duda que el reto á la aristocracia inglesa es terminante y que ésta se encuentra en el caso de defenderse sin contemplación alguna.

Las palabras de tranquilidad y firmeza que el Marqués de Salisbury, ilustre jefe de los conservadores ingleses, pronunciaba algunos días hace, son prenda de la resolución y virili-

dad de los Lores, que por nada se inquietan, creyendo de su parte la razón y el derecho.

Lord Gladstone se propone una reforma electoral, deseoso de anular las verdaderas mayorías en las circunscripciones que eligen á sus enemigos políticos, y parece pretender que la Cámara de los Comunes sea radical y se sobreponga á todas las fuerzas vivas, como preliminar de un drama que pudiera quizás más tarde llamarse en la historia *Convención inglesa*. Viendo obstruído el camino del Parlamento, apela al peligroso sistema de echarse en brazos de las turbas. No sabemos si sería profeta Lord Palmerston cuando en 1854 decía que si Gladstone subía al poder, podía muy bien la revolución desencadenarse en Inglaterra.



Los trabajos del areópago internacional reunido en Londres parecen difíciles por lo mucho que inquietan los ánimos y se prolongan.

Sabido es que Inglaterra ha formulado la pretensión de reducir los intereses de la Deuda egipcia, aplicando su importe á una disminución de impuestos. Objetan los franceses que el Egipto es todavía muy rico y que bien puede pagar sus deudas, si tiene paz en el exterior y en el interior un buen Gobierno.

Pero las hostilidades del Mahdí no han terminado todavía desgraciadamente, y las regiones del Sudán siguen siendo una amenaza constante. Por otra parte, el Gobierno egipcio es detestable, y muy poco interés manifiestan los ingleses en mejorarlo, calculando, sin duda, que cuanto peor vayan allí las cosas, más probabilidades tendrán de fijarse definitivamente en el codiciado Egipto.

Inglaterra es, como siempre, egoísta. Rechaza todas las consecuencias de la administración financiera y asume las responsabilidades políticas en el valle del Nilo. Quiere hacer sufrir el peso de sus propias faltas á los acreedores del Khe-dive, proponiendo, por una parte, la reducción del interés de

las deudas y exigiendo por otra una disminución de doscientos millones de libras sobre el impuesto y el pago de los intereses de las acciones del Canal de Suez.

Pronto sabremos á qué atenernos. Las potencias habrán de declararse oficialmente en uno ú otro sentido, si no se aplaza de una manera indefinida la resolución de tan debatido problema.

Hay quien alega que son sólo aparentes las disidencias, existiendo oculta una alianza anglo-francesa que supondría soluciones radicales en el terreno político, soluciones cuyas tendencias se transparentan ya en las algaradas de Hyde-Park.

Si así fuese, se comprendería que Lord Gladstone quiera ganar en cierta popularidad y con sus reformas electorales lo mucho que va perdiendo entre sus conciudadanos con su política desastrosa en tierra de Egipto.



Apesar del cólera, la República francesa ha querido celebrar su fiesta histórica del 14 de julio. Lo grave es el incidente que con tal motivo se produjo en el Hotel Continental.

Varios jóvenes de las sociedades gimnásticas pasaron delante del hotel, en dirección á la plaza de la Concordia, para depositar coronas al pie de la estatua de Strasburgo; pero, al ver dos banderas alemanas en el balcón, exigieron á voces que se quitaran y les fuesen entregadas.

En resumen, las banderas fueron arrancadas por un agente de policía, arrojadas á la multitud y pisoteadas.

El incidente de las banderas prusianas fué naturalmente vituperado por los franceses de verdadero patriotismo; pero el Gabinete de Berlín ha tenido la prudencia de contentarse con excusas, por el cometido ultraje, excusas que sólo pueden afectar á un imprevisor amor propio. Elocuente es en esta parte la *Gaceta de Colonia*, diciendo acerca de este suceso lo siguiente: «Si las naciones vecinas de Francia fuesen algo más desconfiadas y más inquietas, la manera de diver-

tirse que de ordinario tienen los franceses podría realmente engendrar inquietudes. Sin embargo, así como en la República francesa se predica sistemáticamente la violación de los tratados, todo el mundo sabe también de una manera indudable que nosotros los prusianos tenemos la pólvora muy seca, y tenemos además conciencia de nuestra fuerza, importándonos muy poco los aullidos de un populacho..... En París se ha desgarrado una bandera alemana y se ha quemado otra á los pies del ídolo de Strasburgo, lo que simboliza la violación de los tratados. ¿Qué hará Alemania? Alemania reflexiona y se calla; pero el pueblo alemán tampoco echa en saco roto las inconveniencias de sus vecinos.»

Imprevisión ha sido el desmán de las banderas, y motivo de serio, aunque pasajero disgusto para el Gabinete Ferry, ya tan preocupado ante sus dificultades con China, ante las complicaciones de su decaído presupuesto, la epidemia que tan rudos golpes da á la industria y las mil cuestiones políticas que por todos lados y cada día le asedian.

*
* *

De algún tiempo á esta parte, llama poderosamente la atención lo que da en llamarse política colonial de Alemania.

Es efectivamente digna de estudio é interesante la marcha que un hombre como Bismarck imprime á su política, y no puede negarse que los actos públicos del poderoso Canciller marcan á la situación de Europa sus derroteros. Es evidente que el porvenir de nuestro continente está más estrechamente que nunca ligado á las concepciones de aquel genio vigoroso que con tanta energía lucha con toda clase de preocupaciones, entrando ahora en un nuevo período de que es precursora la próxima renovación del Reichstag.

Los diversos elementos de la oposición se agregan; los grupos cuentan sus fuerzas, y ciertos periódicos atacan la política del Gobierno con más vivacidad que nunca ante la perspectiva de los proyectos coloniales y de los costosos medios que el gran Canciller se dispone á poner en práctica para realizarlos.

No son nuevos los planes de los Gobiernos de Alemania para la posesión de un vasto Imperio colonial, que corresponda á la importancia de la nación que representan. Estudiando el movimiento de emigración, ya antiguo en los principados del Norte y hasta en Prusia, á causa de la aridez del suelo y de las condiciones económicas del país, ha tenido Bismarck afanes, desde que se constituyó el imperio, por apartar de América la corriente de emigrantes germánicos y aprovechar su actividad y sus aptitudes agrícolas en provecho de la prosperidad de la patria. Bismarck, creador de la unidad alemana, no olvida que ya, desde 1848, la aspiración constante de toda la juventud universitaria, desde Maguncia y Francfort hasta Berlín, es la extensión de las fronteras alemanas hasta el mar. Ha impuesto grandes sacrificios á su país para crear el puerto de Wilhensafen, que el General Moltke fortifica por tierra, temiendo, sin duda, que los buques que contiene no basten á defenderlo.

Por la ocupación de Angra Pequeña, notificada á Inglaterra en términos enérgicos, ya hemos visto que no retrocedía Alemania ante golpes de fuerza, que le proporcionasen medios de fundar los anejos que considera como indispensables al Imperio. Ha elaborado un proyecto de ley acerca de transportes marítimos, creando líneas de navegación que exponen un plan político colonial, literalmente antitético al que en Francia desarrolla el Gabinete Ferry. Para Bismarck, conquistar con las armas un territorio apartado, establecer allí una burocracia y por consiguiente una centralización protegida por guarniciones permanentes, y luego llamar á comerciantes, agricultores é industriales, será siempre un procedimiento detestable para colonizar lejanas tierras, y Alemania debe seguir una marcha contraria.

El Gobierno alemán quiere incitar á sus nacionales á que tomen posesión de tierras vacantes, fundando allí establecimientos y creando verdaderos centros de soberanía. Hecho esto, enlazará al Imperio los puntos ocupados por alemanes, mediante varios vapores de servicio regular, protegiéndolos contra todas las agresiones, pero manteniéndolos en relaciones administrativas con la metrópoli únicamente

por medio del establecimiento, en Brema y en Hamburgo, de un tribunal marítimo encargado de fallar los litigios. Es decir, que Bismarck lo espera todo de la iniciativa privada, que estimulará generosamente en su día.

*
* *

Entre los hechos políticos que descuellan en esta quincena, pueden citarse: una modificación ministerial en Bruselas, otro complot contra la vida de Czar, y finalmente, una imprevisible tempestad que se forma en el Sudeste de Europa.

Dícese que el Ministro de Bélgica, Moreau, encargado de la cartera de Negocios extranjeros en el Gabinete Malou, será en breve reemplazado por el Príncipe de Caramán-Chimay, y que este cambio es debido á la intervención del Gobierno francés, que se ha formalizado por ciertas palabras pronunciadas por el Ministro, en un círculo católico.

La verdad en su lugar.

*
* *

La policía de San Petersburgo ha descubierto un nuevo complot tramado contra la vida de Alejandro III. Más de 90 personas han sido detenidas á consecuencias de la anterior conspiración de Varsovia, entre los cuales figuran varios búlgaros y servios.

Y al propio tiempo que Rusia sigue minada por el nihilismo, se reciben noticias de una reciente revuelta en Rumanía. Pero no es una revuelta del pueblo contra la autoridad la que en Bucharest aparece, sino de la autoridad contra una parte selecta de la nación misma.

La facción llamada democrática que se apoderó del poder, quiso eliminar del Gobierno á todos los elementos conservadores, procediendo hace diez meses á elecciones generales que diesen Cámaras dispuestas á una revisión constitucional y aprobasen un importante suplemento en la lista civil del Rey Carol.

El día en que las nuevas Cámaras se encontraron reunidas,

los pocos conservadores que se vieron allí, apesar de las intrigas y violencias de los agentes ministeriales, quedaron como asustados de su insignificante número. No queriendo permanecer en sus bancos, rehuyendo ser cómplices del mal que no podían impedir, presentaron sus dimisiones y abandonaron un Parlamento sin independencia.

La revisión ha sido, pues, votada según las miras de la facción democrático-absolutista, que está hoy en el poder. El partido conservador está perseguido, sin libertad de prensa, ni de reunión, por despóticos agitadores, sin que pueda acertarse qué tendencias son las que llevan unos llamados gobernantes que así soliviantan al país y lo desmoralizan, vejando de una manera absurda y provocando á los mejores y más pacíficos ciudadanos.

Bien podría ser que aquellas nubes que hoy aparecen y se amontonan en el limitado horizonte de la pequeña Rumanía, fuesen signos de una formal tempestad en el Sudeste de Europa.

La guerra de Crimea no tuvo otro objeto que la suerte de las provincias del Danubio.

S.





VARIEDADES



TEMPERATURA DEL SOL.—Se hallan los sabios tan discordes en este particular, que mientras algunos se afanan por sostener, tras largos y profundos razonamientos, que la temperatura solar es de unos 1.500°, otros, y á su frente el ilustre P. Sechi, fijan para aquélla la enorme cifra de diez millones de grados. Hirn opina que tal divergencia se debe más al modo de discutir que al de experimentar, y cree que hay motivos para suponer que si la cifra de 1.500° es de diez á quince veces menor que la verdadera, la de diez millones de grados es sumamente exagerada.

Sea cualesquiera el límite inferior de la temperatura de la superficie de la fotosfera—dice Hirn,—puede fijarse aproximadamente el límite superior. Del hecho mismo de que la luz y el calor emanen de partículas sólidas en estado continuo de precipitación en un gas incandescente, resulta, en definitiva, que la temperatura de liquefacción y volatilización de estos cuerpos constituye el límite de la temperatura más elevada admisible para la periferia. Ahora bien: partiendo de lo que sabemos tocante á los puntos probables de fusión para las materias más refractarias que se conocen y las combinaciones químicas más estables, puede considerarse como cierto que entre los 50.000 y 100.000° se rompen todas las combinaciones químicas y se reducen á vapor todos los cuerpos sólidos.

Y en tales condiciones, no existiría lo que denominamos fotosfera, y sería probablemente muy distinto el aspecto del sol.

Como en la teoría del sol, establecida por Faye, se admite que las partes sólidas, de donde radian la luz y el calor solar, se liquidan y volatilizan de nuevo á medida que se precipitan hacia las regiones inferiores, es indispensable que las capas subyacentes de la fotosfera se hallen á una temperatura muy superior á la de la periferia del astro.

Hirn toma como base para el método que ha de conducirle á determinar el precitado límite, un fenómeno observado por los astrónomos durante los eclipses de sol, á saber: los inmensos surtidores de gas lanzados con rapidez increíble á colossal altura, los cuales son tenidos por verdaderas erupciones. Aun cuando con arreglo á nuestras ideas sobre la constitución solar—añade—no puede existir bajo la fotosfera ningún depósito sólido en que se acumulen gases comprimidos, ni cráteres por donde en un momento dado escapen estos gases, y aun cuando se ignora el mecanismo exacto, según el que se producen aquellos surtidores de gas, no cabe duda de que el fenómeno se reduce á que un fluido elástico, cuya temperatura es excesivamente alta, pasa, elevándose en la superficie aparente del sol, de una presión muy considerable á otra muy débil.

Entra después Hirn en una serie de consideraciones termodinámicas, y concluye que si se admite que los repetidos surtidores de gas son lanzados, según hace suponer la altura á que llegan, con una velocidad inicial de 25 kilómetros, y que están constituídos por hidrógeno, la temperatura del centro del sol debe ser de unos 2.200.000°.

*
* *

MERIDIANO ÚNICO.—Hace ya mucho tiempo que los sabios y los marinos claman por que se adopte un meridiano único y desaparezca la especie de anarquía cronométrica y geográfica que hoy existe. No obstante las ventajas evidentes que produciría la reforma antedicha, ha seguido imponiéndose la rutina, si bien la idea se abre camino.

Nuestro compatriota el entendido General Ibáñez presidió en octubre de 1883 la comisión geodésica reunida en Roma, la cual discutió, entre otras, las dos proposiciones siguientes:

1.^a Determinación de un meridiano único que sirva de punto de partida para la geografía.

2.^a Propagación del sistema métrico.

Mr. Dallet ha expuesto en la *Revue scientifique* las consideraciones que ha tenido en cuenta la comisión geodésica para reclamar la reforma de antemano pedida por hombres eminentes. Resumiremos las principales consideraciones aludidas, omitiendo muchas más que nos sería fácil exponer.

La costumbre de medir el tiempo fundándose en la revolución aparente del sol—observa Mr. Dallet—es tan natural y por tan extraña manera se impone, que todos los pueblos han elegido para unidad de tiempo el día solar. Esto tiene la ventaja de que sea constante la unidad fundamental de tiempo y de que en cierto modo resulten acordes las relaciones de tiempo de que dependen nuestros trabajos. Pero el fijar la hora (1) con arreglo al curso del sol, presenta un inconveniente: que sólo para los puntos situados sobre un mismo meridiano es mediodía al mismo tiempo, mientras que sobre un paralelo, esto es, para igual latitud pueden contarse todas las horas en un mismo instante, desde cero á veinticuatro.

Puede inferirse la consecuencia que de aquí se desprende cuando se da la vuelta al mundo en uno ú otro sentido: si se camina de Oriente á Occidente, las horas son positivas; si en sentido contrario, son negativas. Cuando se llega á los antípodas se cuenta un día de más ó un día de menos, según que se llegue por el Este ó por el Oeste. De manera que sobre cada paralelo hay un punto cuyas fechas difieren en una unidad de tiempo, ó sea en un día.

La posición de estos puntos forma una curva cuyo Oeste adelanta un día al Este, que es la línea en que los navegantes cambian de fecha, motivo por el cual la conocen con el

(1) Nos referimos á la hora *media*, porque la hora *verdadera* varía diariamente, es decir, que el mismo meridiano no se encuentra nunca dos días seguidos exactamente en la misma posición frente del sol.

nombre de *línea del salto*. Esto hace que en las naciones como los Estados Unidos que se extienden mucho en longitud, varíe la hora hasta en seis horas de un extremo al otro, circunstancia que obliga á emplear más de un meridiano.

Los ferrocarriles que van de Este á Oeste al atravesar las fronteras y aun sin atravesarlas exigen, so pena de exponerse á graves accidentes, la adopción de una hora universal uniforme, que concuerde con la hora local del país.

Dificulta considerablemente el problema la precisión de encontrar un meridiano tal, que al elegirlo no se dé la preferencia á ninguna nación ni se las hiera en su amor propio, por lo que es probable que en la conferencia internacional que ha de celebrarse en Wáshington se decida adoptar un meridiano que pase por una línea del Pacífico donde no haya posesión alguna de ningún país importante.

Los meridianos que hoy día hay son en gran número.

Para las cartas terrestres, casi todos los países han adoptado el meridiano que pasa por su capital ó por su observatorio nacional. Así los ingleses han elegido el meridiano de Greenwich; los franceses y belgas, el de París; los alemanes, el de Berlín; los rusos, el de Pulkowa; los italianos el de Roma, y nosotros el de la isla de San Fernando.

No acontece lo mismo con las cartas marinas, pues que los rusos, ingleses y americanos del Norte han elegido á Greenwich; los belgas y los franceses á París, y los romanos y nosotros á San Fernando.

Debemos advertir que cualquiera que sea el meridiano que se adopte con el carácter de universal, nunca podrá servir de base para las divisiones del tiempo en la vida ordinaria y popular, porque dicho meridiano ofrecería inconvenientes, bastantes siempre para impedir su generalización.

La primera consecuencia de la adopción de un meridiano único será la división del día en veinticuatro horas sin subdivisiones; debiendo desaparecer del lenguaje los términos *mediodía* y *medianoche*, que, por otra parte, sólo tendrán razón de ser para los sitios situados en el meridiano que se elija. Pongamos un ejemplo: si se adoptara para meridiano único el de Wáshington, cuando fuera mediodía en esta ciudad se-

rían las diez y ocho y media, ó las cinco y media en París, según que se conviniera en contar el día desde mediodía ó desde medianoche; en Madrid serían al mismo tiempo la diez y ocho ó las cinco aproximadamente, puesto que la hora de Madrid difiere unos treinta minutos, en menos, de la de París.

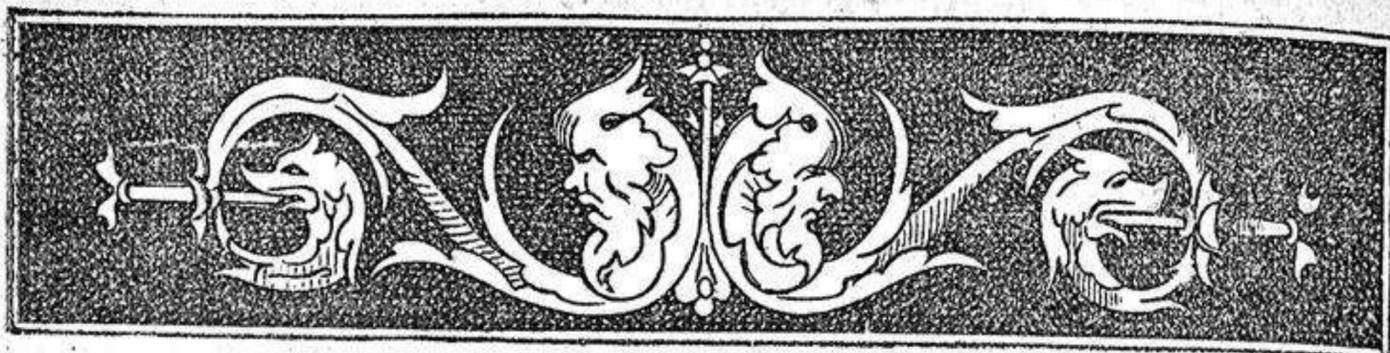
También deberían suprimirse del lenguaje las palabras *mañana* y *tarde*; porque no dividiéndose la revolución aparente del sol más que en veinticuatro partes iguales sin subdivisión en dos mitades, no hay horas de la mañana ni horas de la tarde, y la misma hora, la décimatercera ó la décimacuarta, por ejemplo, sería de la tarde en Pekín, y de la mañana en Madrid.

Había que modificar todos los relojes, disponiéndolos de distinta manera que actualmente se hallan. Nuestros lectores saben que la dicha división en 24 partes iguales sólo es posible en el día *sideral* (1) y que la adopción de este día como base de la división cotidiana del tiempo, entraña necesariamente la del año sideral como base de la división anual.

Por estos motivos, la reforma que reclama la comisión geodésica quedará restringida al círculo estrecho de los sabios y marinos, como ya lo está al de los astrónomos, pues que en todos los observatorios se mide el tiempo por péndulos siderales. Acaso fuera útil colocar en los almanaques, tan pronto como el meridiano universal sea un hecho, al lado de la columna en que se marque el día y hora correspondientes á la nación para que aquél se haya compuesto, otra en que se designen el día y hora con arreglo al meridiano único.

R. ALVAREZ SEREIX.

(1) Ocioso es recordar que el día *sideral* es el espacio de tiempo que transcurre entre dos pasos sucesivos de una misma estrella por el meridiano, mientras que el día *solar* es el intervalo comprendido entre dos pasos sucesivos del sol por el mismo meridiano. Estos dos días no tienen matemáticamente la misma duración, constando el año solar de trescientos sesenta y cinco días y veinticuatro mil doscientas veinticinco cienmilésimas, y el año sideral de trescientos sesenta y cinco días y veinticinco mil seiscientos treinta y ocho cienmilésimas.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

VOCES DEL ALMA. Poesías de *don José Velarde*. Un tomo en 8.º. Forma parte de la colección de escritores castellanos, y por tanto se hallará en la librería de Murillo, Alcalá, 7.

¡Cosa rara! Carece de prólogo, exordio ó epístola laudatoria, propia ó ajena, que le recomiende. Alabo en esto al autor por su delicado gusto. Si la obra es buena, para nada necesita padrinos; si no lo es, menguado será quien se deje fascinar con sutilezas lisonjeras.

Cierto es que hartó se recomienda un poeta que comienza diciendo á su musa:

No seas, no, la víbora maldita
Que muerde y deposita
Dentro del corazón letal veneno;
Ni la ebria bacante desgredada
Que arrastra desbocada
Honor y vestiduras por el cieno.

No sirena que llame engañadora
Con cántiga sonora
A las sirtes fatales de la duda;
Ni el pudor virginal mires esquiva,
Para ir provocativa
Buscando torpe meretriz desnuda.

No el oído del prócer empalagues,
Ni con bajeza halagues
Los instintos brutales de la plebe:
Cual la alondra remontate á la altura,
Conservándote pura
Como en el monte altísimo la nieve.

Con tales propósitos y tal manera de llevarlos á cabo, adquirido se tiene el Sr. Velarde el título de poeta, que tanto escasea; no de versificador, plaga brillante de orfebrería literaria.

Sirva de juicio crítico al libro del Sr. Velarde la incertidumbre en que por un rato me púso. Quise escoger cual muestra alguna de sus composiciones y topé la siguiente queja de Cervantes:

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

Después... Después escribía
 Para el sustento ganar,
 Teniéndome que igualar
 Al vulgo que me leía.
 Nunca en mis obras podía
 Libre el ingenio lucir.
 ¿Lo que puedo yo decir,
 lo puede el vulgo entender?
 ¡Escribir para comer
 Es no comer, ni escribir!

Sigo adelante, y encuentro:

Ya el árbol está seco, el monte cano,
 El vapor de la tierra humedecida
 Cual si fuese de tumba removida
 Habla á los hombres de su fin cercano;
 La luz que el sol en el ocaso vierte,
 Por la nube parduzca reflejada,
 la tierra tiñe de color de muerte...

.....
 Di, ¿cómo quieres encontrar belleza,
 generación menguada,
 donde todo es dolor, sombra y tristeza?

Llegando aquí no busqué más, convencido de que entre las composiciones que encierra el libro es imposible escoger la mejor cuando todas son excelentes.

*
 * *

NOCIONES DE GRAMÁTICA GENERAL, APLICADAS ESPECIALMENTE Á LA LENGUA CASTELLANA, publicadas por los Sres. D. C. Tomás Escriche y Mieg y D. Francisco Fernández Iparraguirre, catedráticos ambos en el Instituto de Guadalajara. Un tomo en 4.^o en pasta. Se vende á 5 pesetas en las principales librerías de Madrid y provincias.

No es este libro útil solamente para perfeccionar el conocimiento de la lengua española, sino indispensable para servir de introducción al estudio de cualquier otra.

Como del nombre de gramática general deducirá el versado en filología, los autores han considerado el lenguaje filosóficamente, estableciendo principios más ó menos comunes á los distintos idiomas, sin olvidar para el castellano el arte de expresarse correctamente, que constituye la gramática particular.

«Pudiéramos citar, dicen los autores, innumerables refranes, giros y modismos que son hoy de uso corriente en castellano, tomados al pie de la letra del francés, con absoluto y lamentable abandono de los equivalentes que usaban nuestros abuelos.

»Puesto que reconocemos superioridad en nuestros largos y rotundos períodos sobre el estilo cortado que caracteriza á otras lenguas, y en particular á la francesa; puesto que en nada aventajan á los nuestros sus modismos, locuciones y refranes, estamos en el caso de oponer una prudente resistencia á la corriente, para asegurar á nuestro idioma una estabilidad relativa y una vida menos efímera de la que de tan corruptora marcha puede prometerse.»

Tal es el fin que se proponen los Sres. Escriche y Francisco Fernández; es loable y patriótico, llevado á cabo con tanta inteligencia que hasta el prólogo es un modelo de conocimientos lingüísticos, apreciable para cuantos al estudio del lenguaje se dedican ó bien necesitan conocerle á fondo.

*
 * *

EL AÑO TRISTE, por Silverio Lanza. Así se titula una colección de historias terroríficas cuyo desenlace fatal viene á coincidir con los días más célebres del año. Todo ello compone un cuaderno en 8.^o de 100 páginas.

Es la tercera edición, según se expresa en la cubierta. Si el número de ejemplares corresponde á las muchas reimpressiones, tan satisfecho se hallaría el autor, si viviese, como el amigo que publica sus obras y no duda en calificarle «el más fecundo y original de los escritores contemporáneos.»

En cuanto á originalidad de género y estilo, hemos tenido la desgracia

de no encontrarla; que fué laborioso el autor no tiene duda, una vez que entre otras obras suyas están en vías de publicación más de cincuenta comedias y sainetes, y más de doscientos cuentos.

Sin cuentos y con solas cinco comedias se hizo famoso Moratín.

El discreto lector juzgará.

D. CH.

